

JON ROBINSON

SIN RUMBO

SIN MEMORIA, SIN PISTAS, SIN VERDAD

¿Qué misterio envuelve a Sin Lugar, esa prisión escondida en medio de un bosque, donde cien adolescentes de todo el país han sido recluidos? Decididos a averiguar la verdad, Alyn, Jes, Ryan y Elsa han emprendido una huida a ciegas, que los conduce al centro de una conspiración cuyo alcance supera la imaginación. Ha llegado la hora de tomar partido. De decidir quién miente y quién dice la verdad. De seguir adelante o liberar a los demás. De saber, por encima de todo, por qué los han escogido. Mientras tanto, solo están seguros de una cosa: la realidad nunca volverá a ser la misma.

Jon Robinson

Sin rumbo

Nowhere - 2

ePub r1.0

sleepwithghosts 03.02.15

Título original: *Anywhere*

Jon Robinson, 2014

Traducción: Ana Isabel Sánchez

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.2

Prólogo

La mariposa estaba envuelta en llamas. Revoloteaba como loca de un lado a otro dejando tras de sí las volutas de humo que brotaban de sus alas ardientes y ocres.

«¿Quién ha hecho algo así?». La chica estiró la mano para apagar el fuego, pero el insecto se le escabulló hábilmente entre los dedos. «¡Estoy intentando ayudarte!», la instó con desesperación. Volvió a intentarlo, pero la mariposa continuaba moviéndose demasiado deprisa para poder cazarla.

La joven la siguió con la mirada sin siquiera pestañear, y pronto se dio cuenta de que el animal trazaba la misma trayectoria una y otra vez, encerrada en un extraño bucle.

«La han atrapado».

Esperó y, anticipándose a su siguiente movimiento, se lanzó a por ella. En cuanto sus dedos rozaron la llama, se despertó sobresaltada.

—Pyra...

La chica miró a su alrededor y cogió aire con brusquedad. Los limpiaparabrisas del deportivo plateado chirriaban al desplazarse sobre el cristal moteado de lluvia.

Anton, un hombre negro de poco más de treinta años y con un único pendiente brillante en la oreja, le estaba tocando el brazo.

—Volvías a hablar en sueños —le aclaró.

—¿Ah, sí?

—Sí, gritabas. ¿Va todo bien?

—Eso creo —contestó Pyra.

Se frotó los ojos y se estremeció. Miró por la ventanilla. Una interminable espuma de nubes blancas salpicadas de gris asfixiaba la campiña escocesa.

—¿Cuánto queda? —preguntó, al tiempo que se arreglaba el cabello oscuro. Lo llevaba corto y peinado de punta.

—No sé. ¿Una hora? Tal vez un poco menos. ¿Quieres hablarme de ese sueño?

Pyra lo meditó durante un momento.

—No... La verdad es que no me acuerdo mucho.

Suspiró y, malhumorada, tiró de la parte superior del cinturón de seguridad, que le había dejado una pronunciada marca rosa en el cuello. Se retorció sobre el asiento del copiloto.

Anton rebuscó con la mano en la guantera y sacó una casete metida en una maltrecha funda de cartón.

—Pongamos algo de música —dijo, y la introdujo en el reproductor.

—Siempre y cuando no sea ese estúpido rollo de piano. Dios, odio el jazz.

—Ya —repuso él con tono de decepción—. Bueno, estoy trabajando en ello.

—Pues sigue haciéndolo. No lo cojo.

—Nadie coge el jazz —aseguró Anton con una sonrisa mientras ajustaba el volumen—. Él te coge a ti.

Pyra esbozó una sonrisa torcida.

—¿Quieres que te releve un rato?

—Todavía no. —Dio el intermitente y cambió de carril. Luego miró a la joven—. Si estás preocupada por el chico que se ha escapado —dijo—, no deberías estarlo. Lo encontraremos, Pyra.

Por delante de ellos, el tráfico se tornó más denso repentinamente. Pyra bajó la ventanilla y se estiró. El aire húmedo y frío le rozó la cara.

—Parece que se trata de algún tipo de control. ¿Crees que están intentando retrasarnos?

—Puede ser. Supongo que se habrán imaginado que estaríamos de camino.

Mientras el coche avanzaba con lentitud, Anton bajó su ventanilla y se dirigió a un operario ataviado con un chaleco fluorescente:

—¿Qué ocurre? ¿Cuándo podremos seguir?

El hombre se encogió de hombros y dejó escapar una bocanada de aire neblinoso de las mejillas sonrosadas.

—Es la policía. Un control aleatorio de vehículos. Les han dado un chivatazo sobre contrabando de mercancías ilegales o algo así.

Una cuchillada de pánico atravesó a Pyra; la chica sintió que le faltaba el aire.

—Las cosas del maletero —murmuró—. Ya sabes, los...

—No pasa nada. No lo encontrarán. Y, aunque lo hagan, ¿qué más da?

«No hará falta mucho para levantar sospechas», pensó Pyra.

—Tienes que relajarte —dijo Anton, pero la joven creyó distinguir también cierta preocupación en los ojos de su compañero cuando el coche que les precedía avanzó un poco.

Los policías estaban hablando entre ellos. Uno de los agentes, un hombre calvo con unos ojos azules autoritarios y penetrantes, movió la mano para que el siguiente vehículo se acercara. Un segundo agente provisto de una radio se acercó al maletero del coche y lo abrió. Al cabo de unos segundos, le hizo un gesto con la cabeza a su colega y este indicó al conductor que podía continuar.

El agente gesticuló para que Anton y Pyra avanzasen. La chica observó a la mujer uniformada que se acercó a su ventanilla.

—¿De qué va todo esto? —quiso saber Pyra.

—Solo es un control, señora —contestó la policía con calma ensayada—. Mi

compañero le echará un vistazo a su maletero y después los dos podrán seguir su camino, ¿de acuerdo? No queremos hacerles perder más tiempo.

La mujer se hizo a un lado y susurró algo por radio.

—Va a verlo —murmuró Pyra mientras estudiaba al agente con los ojos entornados.

Se sacó una ficha de dominó de marfil del bolsillo y comenzó a hacerla girar entre los nudillos.

—No necesitas la Habilidad —susurró Anton—. ¿Recuerdas lo que dijo Luthan sobre depender demasiado de ella?

—Sí, bueno, esto es diferente —le espetó la chica—. Se trata de una emergencia.

Anton la mandó callar con un gesto de la mano.

El policía abrió el maletero y escudriñó el interior. Allí no había nada más que una vieja manta harapienta.

Anton movió los dedos en torno al volante. Dirigió la mirada hacia el retrovisor lateral. Tan solo veía el codo de la chaqueta fluorescente del agente.

El hombre estaba a punto de cerrar el maletero cuando algo lo empujó a estirar la mano hacia la manta.

Anton sacó la cabeza por la ventanilla.

—Oiga, ¿cuánto van a tardar? Tenemos prisa...

La agente regresó junto a su puerta. Colocó una mano sobre el borde de la ventanilla bajada y se agachó.

—Por favor, intente tener paciencia, señor.

Anton miró por el retrovisor interior.

—No entiendo qué es lo que están buscando.

—Me temo que eso no es de su incumbencia, señor.

La mujer le dedicó una mirada furibunda y después se alejó del coche.

Pyra seguía jugueteando con la ficha de dominó, pasándosela entre los dedos una y otra vez. No estaba funcionando. Lo había dejado para demasiado tarde y ya no podía concentrarse.

—Ahí atrás no hay nada. Están perdiendo el tiempo —aseguró Anton.

El policía levantó la manta del maletero. Debajo había varias bolsitas de lona, del tamaño justo para ceñirse sobre una cabeza humana, varios trozos de cuerda y dos pistolas eléctricas.

La agente volvió a colocarse la radio en el cinturón y se acercó al coche.

—Lo siento, señor, pero me temo que voy a tener que pedirle que...

Anton apretó el acelerador con todas sus fuerzas. Los agentes que los rodeaban se apartaron de un salto de la trayectoria del coche. Entonces el vehículo atravesó una barrera y viró hacia una hilera de conos que salieron disparados como si de bolos se tratara.

Pyra miró atrás.

—Nos están siguiendo.

Anton tiró con fuerza de la palanca de cambios. El coche avanzó sobre los charcos. Tres sirenas empezaron a aullar como una sola. Anton dio un volantazo, y el deportivo giró a la izquierda para abandonar la carretera de dos carriles e internarse en una vía estrecha y serpenteante rodeada de helechos a ambos lados.

Pyra cerró los ojos y, ayudándose de la ficha de dominó para centrarse, se sumió en un estado de profunda concentración.

Momentos después, el coche de policía que los seguía derrapó sobre una placa de hielo. El conductor luchó por recuperar el control del volante, pero el vehículo se desvió hacia la maleza y bloqueó el paso al resto de los coches.

—Supongo que me equivocaba —admitió Anton—. Sí que la necesitábamos.

La chica de veintitrés años que iba sentada a su lado observaba la carretera en silencio. En sus ojos había una mirada que probablemente expresase alivio, pero que bien podría haber sido de entusiasmo.

—Soy consciente de que esto va a causarle cierta sorpresa, pero a pesar de todos nuestros esfuerzos se ha producido un... problema inesperado con el programa —dijo la voz de James Felix, el hombre más rico del país y el líder del Compromiso, a través del contestador automático—. Seis de los presos han escapado y están libres en el bosque. De momento no hay necesidad de preocuparse por nada, primer ministro. Esta es una de las razones por las que insistimos en llevarlo a cabo en un emplazamiento tan aislado, y no nos olvidemos de que tenemos a algunos de nuestros mejores hombres buscándolos... Y los presos no tienen ni la más mínima idea de adónde ir.

Se produjo una pausa momentánea mientras Felix organizaba sus ideas.

—Esperamos que este tema quede cerrado pronto, sin mucho escándalo, pero tanto yo como el resto de los miembros del Compromiso estamos deseosos de tener noticias tuyas, de saber que aún contamos con su apoyo. Me pondré en contacto con usted en cuanto tenga novedades sobre el asunto. No tiene forma de librarse de esto, primer ministro. Está tan involucrado en el proyecto como el Compromiso. No hay escapatoria —insistió.

Con aquellas palabras, el mensaje de voz llegó a su fin y el teléfono del compartimento secreto que había bajo la tarima del despacho del primer ministro emitió un último pitido.

—¡El arroyo termina aquí!

Elsa resopló y señaló hacia el punto en que el reflejo del hielo blanquecino se fundía con la maleza cubierta de nieve. Ambos corrían junto a la escarpada ribera. Las copas de los árboles se estremecían suavemente sobre sus cabezas y apenas permitían que los alcanzasen unos cuantos copos.

Elsa y Harlan se habían separado de Ryan y Jes y llevaban mucho tiempo siguiendo el hielo colina abajo.

—Deberíamos esperar a los demás —propuso Elsa, y se apartó el pelo

castaño y rizado de los ojos.

Sus facciones, habitualmente pálidas y cubiertas de pecas, estaban teñidas de rojo a causa del frío. «Estamos en medio de un bosque, a kilómetros de distancia de cualquier cosa, y no tenemos ni idea de adónde nos dirigimos», pensó.

Harlan, un chico indio alto y delgado, se apoyó contra un árbol.

—Los guardias no deben de estar muy lejos.

Miró hacia la distante columna de humo negro que se alzaba desde el camión accidentado que habían utilizado para escapar de la prisión y después se agachó para atarse el cordón de un zapato. Hacer una lazada con los dedos congelados e insensibles le resultó demasiado complicado, así que se metió los cordones en un lateral de la bota y se incorporó. Tenía el pelo negro aplastado contra la frente.

—Debemos seguir adelante. Pronto encontraremos algo.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé. Es difícil de explicar. Ya te lo contaré en otro momento.

—¿Por qué no me lo cuentas ahora? No pienso ir a ninguna parte.

El chico bajó la mirada.

—Venga, Harlan —insistió Elsa—. Soy todo oídos. No paras de decir cosas así... Que tienes presentimientos...

—Mira, Elsa, sé que estás de mal humor y que tienes miedo, pero pagarlo conmigo no va a hacer que mejoren las cosas...

—Lo estoy pagando contigo porque no tienes ni idea de nada, Harlan. ¡No sabes nada!

Él le lanzó una mirada furiosa y no dijo nada. Elsa comenzó a murmurar para sus adentros cuando un chasquido repentino rompió el silencio y retumbó en el aire durante unos segundos.

—Harlan..., ¿qué ha sido eso?

—Para pensar que soy una persona que no sabe nada esperas mucho de mí, Elsa.

Con cuidado, el chico sacó el ibis del interior de su abrigo. El arma era un cilindro de metal negro de unos treinta centímetros de largo. Con un diseño sencillo y elegante, el ibis era un arma extremadamente avanzada, capaz de disparar descargas paralizantes de sonido comprimido.

Harlan se dio cuenta de que la luz de encendido que había sobre el mango se había apagado.

—No funciona —dijo mientras apretaba el gatillo—. Prueba el tuyo.

—El mío tampoco funciona. Es como si los hubieran apagado...

Se produjo un segundo disparo. Elsa dejó caer su ibis sobre la nieve.

—¡Corre! —gritó.

Harlan miró una última vez hacia el lugar del que provenía el ruido y después echó a correr con Elsa pisándole los talones. Los dos avanzaron cuanto pudieron hasta que Harlan se tropezó, se tambaleó y cayó.

—Levanta —le suplicó Elsa al tiempo que le tiraba del abrigo—. Levanta, levanta antes de que nos cojan.

—Creo que estamos a salvo —resolló él, y se secó la cara con la manga.

Elsa se dobló junto a un árbol luchando por recobrar el aliento. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía estar a punto de escapársele del pecho. Exhaló y se llevó las manos al estómago.

—Ha sonado como una pistola —dijo—. ¿A ti también te lo ha parecido?

Harlan guardó silencio, pero sospechaba que Elsa podía estar en lo cierto. Cuando la chica volvió a erguirse al fin, divisó algo entre los árboles.

—Mira.

El muchacho siguió la trayectoria de su dedo hasta una pequeña cabaña gris.

—Cables —dijo, y se encaminó hacia ella.

—Harlan...

Ignoró a Elsa y se acercó de puntillas a la entrada. Le dio un empujón suave a la puerta y esta se abrió lentamente.

—Aquí dentro hay un generador eléctrico. Puede que sea una especie de apoyo para la cárcel —aventuró el chico. Entró y enseguida se fijó en unas tenues manchas de barro que cubrían el suelo—. Huellas. —Se miró las suelas de las botas y comparó las marcas—. Uno de los nuestros.

—¡Alyn debió de entrar aquí cuando se escapó! —exclamó Elsa.

Harlan sopesó la posibilidad.

—Deberíamos descansar aquí durante un par de horas, hasta que pase lo peor de la noche.

Se subió de un salto al escritorio y cruzó las piernas para quitarse la bota. Un montón de nieve cayó al suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Se agachó y le dio unos toquecitos a una pila de carpetas de papel que había sobre el suelo. Luego cogió una.

—No sé —contestó Elsa mientras escudriñaba la carpeta—. ¿Crees que este sitio forma parte de Sin Lugar? Parece estar bastante alejado de la prisión.

—Tal vez quieran mantenerlo en secreto para el resto de los guardias —respondió Harlan, que ojeó un par de páginas antes de volver a lanzar la carpeta al suelo—. No parecen más que un montón de números.

La chica volvió la cabeza y observó sus huellas sobre la nieve. No pasaría mucho tiempo antes de que quedaran ocultas.

—¿Y si miran aquí dentro?

—Solo nos queda esperar que se retiren a descansar antes de hacerlo —contestó Harlan, y cerró la puerta—. En cualquier caso, sé que no van a volver a

encerrarme ahí dentro sin que les plante cara.

2

—Déjenos marchar —rogó Ryan mirando a Jes, que permanecía tumbada de costado sobre la nieve—. Por favor... Si no consigues ayuda, morirá.

Rayner, un guardia alto y musculoso con barba de varios días, entornó los ojos y cerró el dedo en torno al gatillo.

Las palabras se apelotonaron en los labios de Ryan, pero el chico no consiguió articular ninguna. Jes balbuceó suavemente, con el rostro oscurecido por el largo cabello rojo.

—Claude —dijo el joven guardia que acompañaba a Rayner—. Venga, baja el rifle.

—Ella no es lo que cree... No es una mala persona —prosiguió Ryan. Entre sus rizos rubios se acumulaban masas de nieve—. Lo juro... Ninguno lo somos. Ninguno.

—Podrías haberme convencido si no lo hubierais matado, animales —le espetó Rayner.

—¿Matado? ¿Matado a quién? Espere, nosotros no hemos...

Rayner apuntó con el rifle al pecho de Ryan.

—A estas alturas ya deberías saber que hacerse el inocente no funciona conmigo, Farrell.

Ryan cerró los ojos y se preparó para el impacto.

El rifle disparó, pero lo desviaron hacia un lado, así que dejó un agujero

humeante en la nieve, a escasos centímetros de las piernas de Ryan.

El chico levantó la cara, con los ojos abiertos de par en par, justo cuando un hombre con barba golpeaba a Rayner en la cabeza con una rama. El guardia pareció quedarse momentáneamente desconcertado, y a continuación cayó al suelo desmadejado y en silencio.

El otro guardia levantó su ibis, pero el hombre de la barba se le adelantó y le atizó con la rama con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Después la soltó y se acercó a Jes a toda prisa. La chica parecía estar perdiendo la conciencia por momentos.

Se agachó y la cogió en brazos; luego miró a Ryan, que seguía de rodillas, demasiado impresionado para decir nada.

—¿Vas a quedarte ahí sentado?

El muchacho no necesitó que se lo dijeran dos veces y se puso en pie de un salto. El hombre de la barba trató de orientarse y después comenzó a trotar con la chica en brazos.

—¿Quién demonios eres? —preguntó Ryan.

—Me llamo Henry.

Jes gruñó y trató de palparse la herida del costado con los dedos. No conseguía enfocar la mirada de sus ojos verdes.

—Eh, todo irá bien —le gritó Ryan—. Vas a ponerte bien, Jes.

Henry serpenteó entre los árboles y llegaron a un pequeño claro.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Ryan, que miraba a su alrededor en busca de alguna pista de dónde podían estar—. No hay nada por ninguna parte, excepto...

—Excepto aquí abajo. Toma. Sujétala un momento. —Le pasó a Jes.

Cansado y dolorido, Ryan tuvo dificultades para sostenerla en brazos y se arrodilló, esforzándose al máximo por mantener la cabeza erguida. Esbozó una mueca cuando una punzada de dolor le atravesó el tobillo, que seguía resentido tras la huida.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Jes—. ¿Somos... somos libres?

Ryan le apartó delicadamente la nieve de la cara.

—Estamos fuera de ese sitio, si es eso a lo que te refieres.

Henry escarbó con ahínco en la nieve y pronto dejó al descubierto una trampilla circular de metal. Introdujo los dedos por los bordes y, con algo de esfuerzo, la levantó. Cogió a Jes de entre los brazos de Ryan y se la colocó con cuidado sobre los hombros. La chica gimió y apretó los dientes.

—Cierra la entrada detrás de ti —le dijo Henry a Ryan, y comenzó a bajar con paso inestable.

El chico se colocó en el primer peldaño y se agachó. Después estiró la mano y volvió a encajar la trampilla sobre ellos.

«Si no tengo que volver a encaramarme a otra escalera en la vida, estaré encantado», pensó al recordar el túnel que los había llevado hasta el patio de la cárcel. Era increíble que hubieran conseguido escapar de allí; habían tenido algo de su parte, pero la palabra «suerte» le parecía demasiado rotunda.

Henry llegó rápidamente al final de la escalera y una luz solitaria cobró vida.

Ryan lo siguió por un pasadizo estrecho. Cada uno de sus pasos retumbaba con estrépito contra las paredes.

—¿Qué es este sitio? —preguntó, y se dio cuenta de que se mareaba un poco al pensar que Henry podría estar llevándolos justo hacia el lugar donde todo había comenzado.

—Esta es mi casa —contestó el hombre.

Los tres llegaron a una puerta situada a la izquierda. Henry la empujó con una bota y entró en la pequeña habitación de costado, con Jes en los brazos.

Dentro, una única bombilla colgaba del techo. En el centro había una mesa, y otra contra la pared del fondo. Un saco de dormir arrugado descansaba en una esquina junto a un montoncito de libros deslucidos por la humedad. Henry acercó a Jes a la mesa y, con delicadeza, la depositó sobre ella, de espaldas. Luego se dirigió hacia el armario que había en la pared.

—Yo soy Ryan, y esta es Jes.

Henry asintió.

—Tío, ¿tienes idea de lo que estás haciendo? —preguntó Ryan.

—No, la verdad es que no. Pero si tienes alguna idea mejor me encantaría escucharla.

El chico negó con la cabeza y le apartó a Jes unos cuantos mechones de pelo apelmazados y húmedos de la frente.

—¿Por qué nos has salvado?

—Porque estabais metidos en un lío. —Henry abrió un botiquín y sacó un par de tijeras—. Y diría que seguís estándolo.

—Pero ¿por qué estabas...?

—Necesito concentrarme —lo interrumpió Henry.

«Y yo necesito respuestas», pensó Ryan, pero se mordió la lengua mientras el hombre agarraba entre el índice y el pulgar el tejido ensangrentado del uniforme gris de Jes y empezaba a cortar.

Henry abrió una botella que había sacado de la caja y vertió un líquido claro sobre la herida. Jes se retorció y gritó. Cuando Ryan miró al hombre de la barba blanca, se percató de que le temblaban las manos mientras alcanzaba un par de fórceps.

—Intentará resistirse, Ryan. Pero tengo que sacarle esa bala.

Henry respiró hondo y acercó los fórceps a la herida que Jes tenía en el costado. Ryan lo observó con los ojos medio cerrados.

Jes chilló y pataleó con fuerza.

—Ryan, que no se mueva.

—Jes, tienes que estarte quieta, tienes que estarte quieta —susurró el chico mientras contemplaba con horror los fórceps que se iban tiñendo de rojo—. No

pasa nada —dijo con un gesto de dolor—. Todo va bien.

Jes le apretó la mano con tanta fuerza que el muchacho notó que los dedos se le entumecían. Y luego la chica dejó de moverse.

—Se ha desmayado —dijo Henry al percatarse de la inquietud de Ryan—. Es lo mejor que podía pasarle.

Hurgó aún más con los fórceps en el interior de la herida y después se detuvo.

—Creo que la he encontrado.

Los sacó con cuidado. Sujeta entre las tenazas había una bala empapada en sangre.

3

Mientras corría a toda prisa por el bosque, se le llenaron los ojos de lágrimas. El paisaje que lo rodeaba fue nublándose progresivamente hasta que ya no pudo ver hacia dónde se dirigía.

«¡Asesino!», había oído gritar a Ryan a través de la radio, y lo había escuchado con incredulidad.

Se detuvo, se dobló y se apoyó contra un árbol. El negro flequillo le colgaba sobre los ojos.

«Ryan. Era culpa suya. Había involucrado a Jes y le había metido en la cabeza aquellas estúpidas ideas acerca de que él podría liberarlos».

Jadeando con fuerza, Alyn se arrodilló y rebuscó entre la nieve hasta dar con la rama más grande que pudo encontrar. La madera susurró cuando la agitó en el aire imaginando que la lanzaba contra la cara de Ryan.

—¡Eh!

Entre los silbidos del viento y el crujir de las hojas, a Alyn le costó unos segundos darse cuenta de que una voz lo había llamado.

Se dio la vuelta para encontrarse frente a una chica de poco más de veinte años con el pelo negro y de punta. Llevaba una cazadora de cuero y unos vaqueros rotos, y tenía los ojos oscurecidos por la máscara de pestañas.

—¿Quién... quién eres? —preguntó al tiempo que bajaba la rama.

La chica dio un paso hacia él.

—Me llamo Pyra. Te estábamos buscando. Formo parte de un grupo muy especial. Somos...

—¿Estás con ellos?

—Mira, no sé a quién te refieres —prosiguió Pyra—, pero tenemos que llevarte con nosotros.

—No voy a marcharme —aseguró Alyn—. Mis amigos me necesitan.

—Y nosotros también —dijo la chica, que sacó una pistola eléctrica y le apuntó sujetándola con ambas manos—. No puedo dejar que te vayas.

Alyn miró el arma y enarcó una ceja.

—¿Me estás amenazando?

—Sí. Y ahora tira la rama y ven aquí.

El joven aflojó la mano con la que sujetaba la madera.

—De acuerdo —dijo, y fingió que la dejaba caer justo antes de lanzarla contra la mano de Pyra.

La chica soltó la pistola eléctrica con un alarido al recibir el impacto de la rama en la muñeca.

Alyn cargó contra ella y la derribó sobre la nieve. Después se arrastró hasta

la pistola eléctrica, la cogió y apuntó a Pyra con ella.

—Muy bien, chaval. —Suspiró la joven, que levantó las manos en señal de rendición—. Tú ganas. Pero cálmate.

—¿Quieres volver a encerrarme ahí dentro? —jadeó Alyn sin dejar de mirarla.

—No.

Durante el tiempo que había pasado en la cárcel, Alyn se había topado con muchos mentirosos, así que no estaba dispuesto a dejarse engañar tan fácilmente. Toqueteó la pistola con el dedo en busca de un gatillo.

—Demuéstramelo —ordenó—. Demuéstrame que eres quien dices ser.

—No puedo demostrar nada —dijo Pyra mientras bajaba las manos—. Además, tú ya has tomado una decisión.

Alyn le acercó aún más el arma.

—Te juro que...

Pyra lo miró a los ojos un tanto reacia.

—No tienes ni idea de por qué estás aquí, ¿verdad?

El chico bajó la vista.

—No, pero tengo la sensación de que tú sí. Y de que yo estoy a punto de descubrirlo —contestó.

Pyra sonrió con frialdad.

—He dicho que «yo estoy a punto de descubrirlo...».

Las palabras de Alyn fueron interrumpidas por algo que aterrizó en su nuca, y de pronto todo se volvió negro.

Jes abrió los ojos poco a poco y le echó un vistazo a la habitación pequeña y oscura.

—¿Dónde estamos? —preguntó con la voz ronca y la mirada aterrorizada al verse rodeada por paredes de piedra—. ¿Hemos vuelto a Sin Lugar?

Ryan se puso en pie de un salto y corrió hacia la mesa con una gran sonrisa dibujada en la cara.

—No —contestó—. No volveremos allí jamás.

Jes giró la cabeza para intentar encontrarle un sentido a lo que había a su alrededor.

—Estamos en un búnker subterráneo, a kilómetros de Sin Lugar —le explicó Ryan para tratar de evitarle mayor confusión—. ¿Estás bien?

—Dímelo tú —respondió ella al tiempo que se llevaba una mano a la frente—. ¿Qué aspecto tengo?

—¿Quieres que te diga la verdad o...?

—Cuando una chica pregunta algo así, nunca quiere saber la verdad. —Sonrió y, exhausta, cerró los ojos—. Creo recordar que nos salvó un hombre de barba blanca...

—Henry.

—Así que no estaba soñando. ¿Quién es?

«Un viejo loco que vive en el bosque, por lo que parece», estuvo a punto de decir Ryan, pero la puerta se abrió y lo interrumpió.

—Él mismo puede decírtelo —dijo, y se irguió cuando Henry entró en la

sala.

Jes se palpó el costado. Esbozó una mueca de dolor cuando rozó el vendaje con los dedos.

—Gracias por salvarnos.

—Un placer. Pero nunca se me ha dado bien coser. Va a quedarte una cicatriz bastante grande.

—Supongo que es un pequeño precio que tendré que pagar.

Henry asintió, le acercó una lata de agua y la ayudó a levantar la cabeza para beber. Una vez hubo tomado un sorbo, le entregó una pequeña pastilla.

—Es para el dolor —dijo—. Así que los dos estabais encerrados ahí dentro... ¿Cómo ocurrió?

—Nos secuestraron —contestó Ryan, que a continuación se limpió la nariz con la manga.

—Nos dijeron que éramos delincuentes —añadió Jes—. Y que se trataba de un centro de detención.

—Necesito saber con exactitud qué os sucedió a ambos en ese lugar —dijo Henry.

—Tareas, trabajos... —Jes empujó la lata para devolvérsela—. Y unas clases muy extrañas.

Aquello pareció intrigar al hombre.

—Continúa —la instó.

—Había una mujer. Susannah. Decía que era profesora, pero sabemos que no es así. Nos hacía ver unas películas educativas muy raras. Parecían de los setenta.

—Se suponía que nos debían hacer mejorar como personas —agregó Ryan.

—¿Y?

Jes se encogió de hombros.

—Y eso es todo —dijo, y a continuación guardó silencio durante unos segundos—. Espera un momento, había algo más... Varios detectamos que en las películas introducían imágenes sobre cosas aleatorias, pero tan solo duraban milésimas de segundos.

—¿Sobre qué tipo de cosas? —quiso saber Henry.

—Solo eran destellos —contestó la chica, que se encogió con una punzada de dolor—. No lo sé. La verdad es que no me acuerdo muy bien.

—Inténtalo —insistió Henry. Podría darnos alguna idea de a qué se ha estado dedicando el Compromiso.

—¿El Compromiso? —repitió Ryan, que miró primero a Jes y después a Henry—. ¿Tú también has oído hablar de él?

—Ese nombre lleva mucho tiempo susurrándose por ahí. Nosotros no estábamos seguros de que existiera. Creíamos que no era más que otra teoría de la conspiración. Pero el Compromiso existe. Aunque sabe esconderse muy bien.

—¿Y por «nosotros» te refieres a...?

—Mi gente —respondió Henry ya de camino hacia la puerta—. La conoceréis muy pronto. Hasta entonces, tenéis que descansar un poco. —Miró a Ryan—. Y tú quédate quietecito. El bosque sigue siendo demasiado peligroso.

Ryan y Jes se mantuvieron en silencio hasta que las pisadas de Henry dejaron de oírse.

—Entonces —comenzó Ryan tras volverse hacia la chica sin dejar de prestar atención a la puerta—, ¿qué opinas de nuestro amigo Papá Noel?

—Bueno, nos ha salvado, así que no quiero hablar muy mal de él...

—¿Pero?

—Pero parece una de esas personas que han pasado demasiado tiempo solas —murmuró Jes, que levantó la mirada hacia su amigo—. Deberíamos tener cuidado.

Julian llevaba casi toda la noche caminando cuando se topó con la cabaña.

Cogió un mechero que les había robado a los guardias y rascó la piedra. La llama iluminó el suelo lo suficiente para que el chico pudiera ver un par de huellas de bota hundidas en la nieve.

Tras aferrar el ibis con la otra mano, avanzó sigilosamente hasta la puerta. La empujó con suavidad pero no cedió; algo la bloqueaba.

De entre la maleza surgió un crujido: un palo, quizás una rama. Julian apartó el dedo del mechero y la luz se desvaneció rápidamente en la oscuridad.

«Tal vez debería haberme quedado con los otros», pensó cuando echó a andar de nuevo, pero enseguida se reprendió a sí mismo. Elsa era demasiado pequeña, demasiado lenta..., un lastre. Ryan era demasiado audaz, ruidoso y descuidado. A Harlan le faltaba sentido común y daba prioridad a la intuición sobre la razón. La única que podría resultar digna de su compañía era Jes. Pero Alyn y ella eran pareja, y la idea de establecer una relación, por muy platónica que fuese, le parecía una enorme pérdida de tiempo y esfuerzo dado que las energías de la chica estaban inevitablemente dirigidas hacia otra parte.

Al cabo de una hora, los árboles se abrieron y Julian se encontró temblando al borde de un campo de cultivo. Con los ojos entornados mientras la nieve trepaba por sus botas y le empapaba los pantalones ya mojados, se dirigió hacia el terreno más firme. Algo que había a cierta distancia le llamó la atención. Era una señal.

Corrió hasta ella y rebuscó el mechero en su bolsillo. La señal rezaba:

ESTACIÓN DE TREN, 5 KILÓMETROS

Todos los componentes del Compromiso excepto uno estaban reunidos en torno a una mesa en el último piso de la Columna, el rascacielos más alto del distrito financiero de Londres. James Felix, el líder del grupo, cruzó una mirada con los otros miembros presentes, Antonia y Blythe, y luego se volvió hacia el reloj.

—Stephen llegará enseguida —apuntó Antonia al notar su inquietud.

Antonia tenía cuarenta y siete años y era la heredera de una de las familias de banqueros más importantes de Europa. Lucía una melena corta y oscura y tenía una expresión vacía, casi de geisha, que le habían otorgado años de cirugía plástica.

—No creo que venga —masculló Felix al tiempo que posaba una mano sobre la mesa de caoba—. Y el tiempo no juega a nuestro favor.

—Felix tiene razón —intervino Blythe, un aristócrata de cincuenta años. Su bigote gris se contoneaba cuando hablaba—. Deberíamos preparar algo, al menos, antes de que ese pequeño demonio interfiera. Y, hablando de interferir, ¿dónde está ese asesor tuyo, Felix? Esperaba verlo metiendo las narices en este asunto.

—Emmanuel está por aquí —contestó Felix—, pero el primer ministro no. Ya le he dejado tres mensajes.

—Un pajarito me ha dicho que se ha cogido unas vacaciones —dijo Blythe, que después se embutió un sándwich en la boca—. Se ha ido a Italia. Aunque, de todos modos, tampoco es que tenga ningún poder.

—Pero lo sabe —señaló Antonia.

Felix reflexionó en silencio sobre la situación y se alejó de la mesa para acercarse a la pared de cristal. Mientras lo hacía, la puerta se abrió y apareció Stephen Nover, un joven de veintiún años poseedor de la segunda mayor fortuna

del país. Esbelto y sereno, Stephen se pasó una mano pálida y delicada por el cabello rubio peinado con raya antes de entrar en la sala.

—¡Aquí está! —exclamó Blythe con la boca llena y dándole un palmetazo a la mesa—. ¿Qué horas son estas, niño?

Stephen pasó junto a Blythe y Antonia y se dejó caer sobre una silla. Desafiante, puso los pies encima de la mesa. Una vida llena de privilegios lo había dejado sin mucho que mostrar, aparte de un mohín petulante y engreído.

—He convocado esta reunión de emergencia por un motivo —dijo Felix, que se acercó de nuevo al grupo—. Como todos sabéis, uno de nuestros sujetos ha escapado. No estaba solo. Desde entonces otros cinco se han sumado a él. Es probable que todos formen parte del mismo grupo. Stephen, ¿me estás prestando atención?

El joven estaba mirando por la ventana, como embelesado.

—Una caza... —murmuró casi para sí sin desviar la mirada—. Los cazaremos.

—Eso sería lo más sensato —añadió Blythe mientras se mesaba el bigote pensativo—. Todavía están en el bosque, ¿verdad? ¡Necesitarán tener suerte para salir de ahí con vida!

—Pero no queremos mancharnos las manos de sangre —objetó una Antonia taciturna.

Stephen comenzó a reírse por lo bajo. El resto del Compromiso lo miró con sorpresa.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó Felix.

Stephen negó con la cabeza. Se recostó en su asiento e hizo bailar su corbata de seda con un dedo jugueteando.

Blythe volvió a acariciarse el bigote.

—Emplearemos a unos... caballeros para que se ocupen de la situación de inmediato. Mercenarios, como los que utilizamos para los secuestros. El tipo de hombres que harían lo que fuera si el precio es lo bastante alto.

—Cualquier hombre haría lo que fuera si el precio es lo bastante alto —dijo Stephen con una sonrisa de suficiencia—. No veo cuál es el problema. Yo digo que será divertido.

—¿Divertido? —Felix miró a los otros para verificar que había oído bien—. Hay seis sujetos que han conseguido escapar y están en libertad y ¿tú crees que podría ser divertido?

—Sí. Muy divertido. ¿Cuál es el problema? Debo asumir que nunca has ido de caza.

Antonia se cruzó de brazos.

—¿Así es como ves este asunto? ¿Como una caza, como un juego? Quienquiera que decidiese involucrarte en esto...

—Basta. —Felix golpeó la mesa con la mano. Un par de copas temblaron—. ¡Escuchaos, peleándoos como colegiales!

—Tal como yo lo veo, este colegial es el problema —le espetó Antonia.

Por el reflejo de la ventana, Felix se dio cuenta de que Emmanuel había entrado en la sala. Vestido con su acostumbrado traje gris oscuro y con el pelo oscuro peinado con el aire conservador de la raya al lado, permanecía tan inmóvil que resultaba inquietante.

—Tiene razón —dijo Emmanuel, y todas las miradas se volvieron hacia él—. Con esos chicos en libertad, existe la posibilidad de que todo aquello por lo que hemos trabajado se pierda. Tenemos que encontrarlos. Y, de entre todos ustedes, él —Emmanuel señaló a Stephen— es el más adecuado para encargarse de esto.

«Por las razones más equivocadas», estuvo a punto de decir Felix, que le dedicó al joven una mirada furibunda desde el otro extremo de la mesa.

Los rumores acerca de la crueldad de Stephen, provenientes de antiguos empleados suyos, eran curiosamente persistentes, y, por lo que él había visto del muchacho, Felix estaba dispuesto a aceptarlos como algo más que meros chismes.

—Me alegro de que al menos uno tenga cabeza —intervino Stephen con petulancia—. Reuniré una pequeña partida de caza. Los sujetos que han escapado no tienen dinero, ni cobijo, ni medio de transporte. Con los guardias pisándoles los

talones y nuestros hombres asediándolos, ¡estarán rodeados!

—Quiero que quede claro que deben regresar ilesos a la prisión —subrayó Felix.

—Tengo una idea mejor —repuso Stephen entusiasmado—. Tal vez deberíamos sacrificar a uno.

—¿Sacrificar? ¿De qué demonios estás hablando?

—Una advertencia —aclaró Stephen con los ojos muy abiertos—. A eso me refiero. Será un mensaje para que los demás no se muevan de donde están. Creo que debería ser ese tal Alyn Hart. Lo ven como a una especie de héroe, y no hay mejor símbolo con el que acabar.

—Espera, espera, granujilla, yo también trazo la línea en el asesinato —dijo Blythe mientras se sacudía las migas de los pantalones—. Pero, en cualquier caso, ya cruzaremos esa línea cuando llegemos a ella, si es necesario.

Felix miró en torno a la habitación.

—Si nadie tiene nada más que añadir, declaro esta reunión clausurada. —Le dio unos golpecitos a la mesa con el nudillo—. *Semper ad meliora*.

—*Semper ad meliora* —repitieron al unísono todos los demás excepto Emmanuel, que observaba a Felix con atención.

7

Después de haberle atado las muñecas a un Alyn apenas consciente y de haberlo arrastrado hasta el asiento trasero del deportivo plateado, Pyra se dejó caer sobre el del pasajero.

—La policía todavía estará buscándonos, Anton —la oyó murmurar Alyn—.

Supongo que deberíamos buscar un sitio donde pasar la noche. Hay un hostel a unos cuantos kilómetros dirección sur.

—Suenan bien —contestó Anton, que a continuación se sacó el móvil del bolsillo—. Voy a llamar a los otros.

—No digas demasiado de momento. —La chica dirigió la mirada hacia su prisionero—. No está preparado para saberlo.

—No me sorprende, después de lo que ha tenido que pasar. Solo espero que no intente nada.

—No voy a intentar nada —respondió Alyn. «Todavía no». Con el pulgar, tiró de la cuerda que le rodeaba las muñecas.

Anton se llevó el teléfono a la oreja.

—No contestan —dijo con un suspiro, y dejó el móvil en el posavasos que había junto al freno de mano.

Alyn lo observó con impotencia mientras el hombre se cruzaba el cinturón de seguridad sobre el pecho y arrancaba el coche.

¿Quiénes eran aquellas personas y qué querían de él? El hecho de que llevaran pistolas eléctricas no lo llenaba precisamente de optimismo. Alyn estudió el pequeño tatuaje que Pyra llevaba en la nuca, aunque apenas era capaz de mantener los ojos abiertos.

«Puede que si duermo luego sea capaz de pensar con claridad —pensó—. Solo unos minutos. Es lo único que necesito, luego decidiré qué haré a continuación».

Miró hacia el cielo gris que se vaciaba tras la ventanilla del coche y antes de que pudiera darse cuenta ya estaba dormido. Sus sueños fueron oscuros y pesados y lo arrastraron en todas direcciones.

Harlan y Elsa se habían puesto de nuevo en marcha con las primeras luces de la mañana.

Después de una hora caminando, Elsa divisó una mancha metálica en la nieve que reflejaba el sol invernal.

—¡Una vía de tren! —exclamó, y tiró de la manga de Harlan—. ¿Sabes lo que quiere decir eso?

El chico se colocó una mano a modo de visera sobre los ojos, pero Elsa ya había comenzado a correr hacia la vía. La siguió entre risas y avanzando torpemente sobre la nieve a causa del cansancio.

—¡Venga, Harlan! —La chica volvió la cabeza para mirarlo y le hizo un gesto de impaciencia con la mano para que se diera prisa.

Elsa pasó por encima de una valla de alambre medio vencida. Harlan la imitó y aterrizó sobre las huellas de la muchacha. Se agachó y recogió el ibis, que se le había caído del bolsillo.

—Mira —dijo, y le enseñó a Elsa la luz azul que había junto al gatillo—. Creo que ya funciona otra vez.

—Una pena haber tirado el mío. Habría sido un recuerdo bastante chulo.

—¿«Un recuerdo bastante chulo»? ¿Ya te has olvidado de cómo era recibir el disparo de uno de estos chismes?

—Nadie volvería a meterse conmigo en el colegio —contestó ella, y fingió disparar a un enemigo imaginario. Una parte de Elsa casi echaba de menos las batallas de ibis que habían disputado contra los guardias en la prisión.

Harlan parecía preocupado.

—¿Quién se mete contigo en el colegio?

A Elsa se le sonrojaron las mejillas.

—Nadie —respondió—. Era solo una forma de hablar, nada más.

Los dos fueron siguiendo las vías, uno al lado del otro, durante el resto de la mañana. El paisaje parecía repetirse una y otra vez. Cada vez que pasaban junto a un poste o un pilar, Elsa pensaba que tal vez estuvieran un poco más cerca de algo, pero continuaron avanzando con dificultad, sin cruzarse con nadie, helados de frío y débiles a causa del hambre.

—Me está entrando un dolor de cabeza terrible —dijo Harlan, que se llevó

una mano a la frente.

Ambos descansaron junto a un árbol. Aunque estaba sentada, Elsa continuaba notando el ritmo de la caminata palpitando bajo sus párpados.

Observó a Harlan mientras el chico rebuscaba en su bolsillo y sacaba una moneda de plata que inclinó hasta que la luz destelló contra el canto.

—¿Vas a contarme alguna vez qué quiere decir eso, Harlan?

—Es una moneda —dijo él—. No significa nada. Venga, tenemos que seguir.

No habían caminado más de cien metros cuando más adelante, en un claro que había junto a la vía, divisaron el tejado cerámico e inclinado de una estación de tren.

—¡Mira, gente! —exclamó Elsa cuando vio a un hombre y una mujer vestidos con ropa térmica de hacer senderismo—. Deberíamos contárselo todo..., deberíamos contarles lo que nos ha pasado.

—¿Tú nos creerías? No vamos a contárselo a nadie, es lo que todos acordamos. Tenemos que salir de aquí sin llamar la atención.

Anduvieron deprisa sobre la nieve, dejaron atrás la maleza y subieron de un salto al andén de piedra elevado.

—Nos vamos a casa de verdad, ¿no? —susurró Elsa, y sus palabras parecieron confusas, desarticuladas.

—No nos vamos a casa —repuso Harlan—. Tenemos que esperar a Ryan y Jes en Londres, como dijimos. ¿Te acuerdas?

—Sí, si es que alguna vez aparecen... Ese disparo no sonó bien.

Agradecidos por el hecho de que sus abrigos ocultaran los uniformes grises de la prisión, los dos sonrieron educadamente a los excursionistas y analizaron el horario de los trenes que se mostraba tras un expositor de cristal.

—Parece que vamos a tener que hacer unos cuantos transbordos —dijo Harlan en voz baja tras limpiar la escarcha—. Nunca he oído hablar de la mitad de estos sitios.

—Y ¿qué hay del dinero? —susurró Elsa—. ¡No tenemos nada!

—Ya se nos ocurrirá algo —aventuró Harlan con poca seguridad—. Ahora subámonos a un tren.

Un cuarto de hora más tarde, se habían alejado de la estación y el paisaje blanco y desnudo se deslizaba ante ellos con suavidad.

—He estado pensando en ese ruido —dijo Elsa mientras trazaba garabatos distraídos con la uña sobre la ventanilla empañada—. El de la pistola. ¿Crees que podríamos ser los únicos que quedan?

Harlan negó con la cabeza lentamente y se encogió de hombros. Elsa pareció hundirse en su asiento ante la incertidumbre del muchacho.

—No intento asustarte.

—Bueno, pues lo has hecho. Se supone que tienes que decir: «Claro que no, todo el mundo está perfectamente. No fue un disparo; fue Rayner, que se cayó colina abajo y se rompió una pierna de patán».

Harlan esbozó una gran sonrisa.

—Esperemos que tengas razón. Solo quiero que te des cuenta de lo importante que es esto. No podemos cometer ningún error...

—Mirad quién hay aquí —dijo una voz tras ellos—. Pensé que tal vez os encontraría aquí.

Tanto Elsa como Harlan dieron un respingo cuando Julian se acercó por el pasillo.

—¿Julian? —Elsa se emocionó al ver una cara conocida—. Podría darte un abrazo.

El chico levantó una mano para detenerla.

—Preferiría que no lo hicieras. —Se sentó junto a Harlan—. Supongo que lo oísteis...

—Sí —dijo Harlan—, lo oímos.

—Debió de ser Ryan. —Elsa parecía alarmada—. O Jes...

—O Alyn. Puede que al final Adler lo atrapase —señaló Harlan.

—La última vez que vi a Adler no tenía pinta de poder atrapar a nadie —masculló Julian al recordar que Jes había golpeado y disparado una y otra vez al guardia indefenso con su ibis hasta que el hombre comenzó a temblar y finalmente se quedó inmóvil.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —Elsa, confusa, miró a Harlan, y a continuación detectó a un viejo revisor que avanzaba despacio por el pasillo en dirección a ellos—. Un revisor —murmuró—. Nos echará del tren si nos pilla sin billetes. ¿Qué hacemos?

Julian sonrió con suficiencia.

—Seguidme —dijo, y se levantó de su asiento.

Harlan volvió la cabeza y miró al revisor que se aproximaba arrastrando los pies. El hombre le dio unos golpecitos en el hombro a la excursionista, que se despertó un tanto alarmada y comenzó a hurgar silenciosamente en su mochila en busca de su billete.

Julian abrió la puerta del baño y se apresuró a meterse dentro. Harlan lo siguió y apenas consiguió entrar antes de que el otro cerrara de golpe.

—Elsa sigue fuera —protestó Harlan—. Si la echan del tren, me voy con ella.

Intentó abrir la puerta, pero Julian le agarró la mano.

—Por muy pequeña que sea, aquí no entramos los tres.

—No pienso dejarla sola —siseó Harlan.

Julian le asestó un codazo en las costillas.

—¡Y yo no pienso dejar este tren, así que cállate!

Esperaron un momento. Luego oyeron una débil tos al otro lado de la puerta.

—Salgan, por favor.

Julian y Harlan intercambiaron una mirada.

—Después de ti —dijo Julian, e hizo un gesto para que su compañero saliera.

Harlan abrió la puerta dubitativo y se topó con la mirada paciente del revisor.

—Lo siento —dijo aturullado—. Solo estaba... Yo...

—Billete, por favor —exigió el hombre con la mano extendida.

—Eso es lo malo —repuso el chico—. Acabo de perder mi billete, yo...

Desesperado, miró a su alrededor y vio algo en el suelo, junto a su pie. Era un trozo de papel. Sin más opciones, Harlan se agachó y se lo dio al revisor, deseoso de que el hombre no se diera cuenta de que no era más que una factura vieja. En aquel instante, se notó un poco mareado. Se llevó la mano a la cabeza cuando el tren dio una sacudida y el revisor salió despedido contra la pared.

Tambaleándose, el hombre masculló algo entre dientes y miró por la ventanilla.

—Debe de haber sido algo que hubiera en la vía —murmuró—. Estos trenes viejos notan todos los baches.

Le devolvió el trozo de papel a Harlan y deshizo sus pasos por el vagón al tiempo que se frotaba el hombro. El muchacho soltó el aire que no se había dado cuenta que tenía retenido.

—¿Qué probabilidades había de que ocurriera algo así?

—¡Qué suerte has tenido! —ronroneó Julian aún dentro del baño—. Vaya, no veo a Elsa por ningún sitio, supongo que al final han cogido a esa enana.

Harlan levantó la mirada cuando una cara llena de pecas y ansiedad se asomó desde el compartimento de equipajes superior.

—¿A quién llamas tú «enana»? —dijo.

A Alyn le costó unos cuantos segundos de aturdimiento darse cuenta de que estaba tumbado bocabajo sobre la sucia moqueta de una habitación de hotel barata y con las muñecas atadas.

Sentía la cabeza espesa y lenta, como si se moviera bajo el agua. «¿Qué ha pasado? —pensó mientras intentaba resolver el rompecabezas de lo ocurrido a lo largo de aproximadamente la última hora—. ¿He estado dormido? ¿Me he desmayado?».

—¿Crees que deberíamos preguntarle al crío qué sabe sobre el Compromiso? —oyó que decía Pyra al otro lado de la habitación.

—Todavía no —contestó Anton—. Un poco de conocimiento es peligroso. No queremos asustarlo, ¿verdad?

Alyn se mantuvo inmóvil, con la mirada clavada en el papel de pared destrozado que rodeaba el radiador que tenía al lado. La pared estaba llena de manchas de humedad.

—Bueno, voy a acostarme —dijo Pyra—. Luego te veo.

Sus pisadas resonaron con suavidad sobre la moqueta.

—Podrías haberme dado una almohada —dijo Alyn débilmente unos instantes después de que la puerta se cerrara tras ella.

Anton se levantó.

—Lo siento, tío, aquí tienes —dijo, y colocó un cojín bajo la cabeza de Alyn.

—También podrías desatarme. No voy a escapar.

Anton se echó a reír.

—Debes de pensarte que soy tonto, Alyn.

—Casi no siento las manos —insistió el chico—. Solo cinco minutos.

El resuello de Anton sugirió que tal vez estuviese considerando su petición. Al final hizo un leve gesto de asentimiento y se acercó a su prisionero.

—Tengo un arma. Solo para que lo sepas.

Alyn escudriñó la pistola eléctrica plateada.

—No quiero escaparme. Podría habértelo dicho antes. Vais hacia el sur, ¿verdad? Allí es justo donde necesito estar. Es o esto... o congelarme hasta morir ahí fuera. Así que creo que me quedaré con la habitación calentita y el coche deportivo, muchas gracias.

Anton manipuló la cuerda. Alyn notó que se aflojaba y exhaló.

Examinó las profundas marcas rosas que le recorrían las muñecas.

—Entonces, ¿quién os ha encargado esto? ¿Ha sido ella? ¿Susannah?

—¿Susannah? —Anton frunció el ceño—. No conozco a ninguna Susannah.

—Pues yo creo que sí. La profesora, prácticamente dirige la prisión...

—Ya te lo he dicho, no la conozco.

Alyn suspiró. «Esto va a ser más difícil de lo que esperaba».

—Cuando Pyra te encontró no parabas de hablar de una chica. ¿Una amiga tuya?

Alyn se mordió la lengua y se encogió de hombros.

—Estaba... estaba confuso, eso es todo.

Anton lo observó con cierta suspicacia.

—¿Y ahora?

—Sigo estándolo — admitió sin faltar a la verdad—. ¿Para quién trabajáis?

—Somos miembros de un grupo. Nos llamamos el Gremio.

—Y ¿qué hace vuestro grupo?

—Somos una orden de entrenamiento. Realmente no tienes ni idea de por qué estabais en ese sitio, ¿verdad, Alyn?

El chico negó con la cabeza.

—A estas alturas ya ni siquiera estoy seguro de que me importe — contestó—. Solo me alegro de haber salido de allí.

Anton se acercó a la mesa y sirvió un vaso de agua de la jarra. Se lo dio a Alyn, que se lo bebió derramando la mayor parte sobre su uniforme gris hasta que estalló en un violento ataque de tos.

—Las personas que te metieron allí también son nuestros enemigos.

«Qué oportuno», pensó Alyn. No podía evitar pensar que la historia de Anton tal vez escondiera más de lo que él estaba dispuesto a revelar.

—¿Quiénes son?

—¿Has oído hablar de esas locas conspiraciones sobre el Gobierno? —dijo Anton—. Bueno, pues no son tal. Por lo que sabemos, el Compromiso es más poderoso que el Gobierno. Me apuesto lo que quieras a que el Gobierno no tiene ni idea de lo que está pasando. O a que, si lo saben, no pueden hacer nada para detenerlo.

Alyn no logró ocultar su escepticismo.

—Ya. O sea que hay dos grupos secretos por ahí sueltos: el Compromiso y vosotros. El Gremio.

—Sí.

Anton le lanzó una toalla y recogió el vaso de agua.

«Estas cosas no pasan en la vida real», pensó Alyn.

—¿Qué es eso? —preguntó Anton al fijarse en la carpeta que asomaba bajo la cremallera del abrigo de Alyn. Se la arrebató y ojeó un par de páginas para mirar los nombres y las fotografías—. ¿Dónde la has encontrado?

—En una cabaña, cerca de la cárcel. Devuélvemela.

Anton sonrió.

—Imposible.

Derrotado, Alyn volvió a apoyar la cabeza sobre la moqueta.

—Es una lista de todos los que hay —murmuró Anton para sí. Pasó un dedo por el directorio de direcciones postales—. De todos los que están ahí dentro. Esto nos será muy útil, Alyn. Gracias.

Se puso en pie, se metió la carpeta bajo el brazo y le dedicó una sonrisa a su prisionero antes de salir de la habitación y cerrar la puerta con llave a sus espaldas.

9

—Arriba, arriba —dijo Julian mientras observaba a la pareja dormida.

Harlan y Elsa abrieron los ojos con lentitud. Después de varios transbordos, el grupo había tenido la suerte de no toparse con más revisores hasta que un empleado preocupado se acercó a ellos en la última estación. Un Julian ocurrente le aseguró que iban de excursión a Londres con el colegio, pero que se habían separado del resto de la clase y estaban buscando un teléfono. Cuando el hombre se encaminó hacia el interior de las instalaciones para hacer la llamada en nombre de los chicos, Harlan, Elsa y Julian se subieron corriendo al tren para realizar la última etapa del viaje.

Harlan había pasado la última hora ligeramente traspuesto, dando cabezadas cada pocos minutos, pero no se sentía mejor por ello. Elsa había pasado profundamente dormida la mayor parte del viaje y roncaba con suavidad. Para cuando entraron en Londres, el tren estaba lleno de pasajeros.

El convoy se detuvo y se oyó el estrépito de los equipajes y el clic de las cerraduras de las maletas.

Julian se puso en pie y salió al pasillo.

Elsa se frotó los ojos y bostezó.

—¿De verdad hemos llegado?

—Míralo tú misma —contestó él, y señaló el letrero de la estación de Euston que había en el exterior.

Las puertas se abrieron y los tres arrastraron los pies por el andén abarrotado, pronto engullidos por un enjambre de pasajeros que avanzaban a empujones.

Elsa recorrió la estación con la mirada. Aquel sitio parecía latir de ruido. Se subió la cremallera del abrigo con capucha hasta la garganta para esconder el uniforme gris de la prisión que llevaba debajo.

—Ha llegado el momento de que tracemos un plan —propuso Harlan—. Se supone que tenemos que esperar a Jes y Ryan...

—Espera —lo interrumpió Julian—. ¿Tenemos?

—Sí. Todos. Estás con nosotros en esto, te guste o no.

—Eso no quiere decir que responda ante ti —le espetó Julian—. O ante ti —añadió dándole un golpecito en la frente a Elsa—. O ante cualquier otra persona.

—Pero no puedes hacerlo solo —replicó Elsa al tiempo que le apartaba la mano—. Tenemos que estar unidos, ¡por eso vamos a esperarlos!

—Yo esperaré sentado —masculló Julian mientras miraba los trenes—. Sobre todo después de lo que oímos en el bosque.

—Les daremos tres días —dijo Harlan—. Si para entonces no nos hemos reencontrado, daremos el siguiente paso. Pero no podemos volver a casa. Sabéis que terminaríamos poniendo a todo el mundo en peligro. Será al primer lugar al que vayan a buscarnos.

—Podríamos hacerlo con mucho cuidado —dijo Elsa—. Es decir, podríamos colarnos en casa por la noche y contárselo a nuestras familias y...

Harlan hizo un gesto de negación.

—No, Elsa. Ni siquiera aunque tengamos cuidado.

—Tres días —murmuró la chica. Le parecía mucho tiempo para quedarse solos y sin ningún sitio donde dormir—. ¿Qué vamos a hacer? No tenemos dinero...

Julian se aseguró de que nadie los miraba y les mostró una cartera de piel. Dentro había un montón de billetes.

Harlan abrió los ojos de par en par y le lanzó una mirada de decepción.

—La has robado.

—Prácticamente se le estaba cayendo del bolsillo. —El muchacho se encogió de hombros—. Si no la hubiera cogido yo, lo habría hecho otro.

—Sigue repitiéndotelo hasta que te lo creas —lo reprendió Harlan con un gesto de desdén—. ¿Es que no tienes moral?

—Cuando tengo la barriga llena y un techo sobre la cabeza, muchísima...

—Préstanos algo, Julian —lo interrumpió Elsa—. Lo justo para que podamos conseguir algo de comer. Para salir adelante. ¡Estoy muerta de hambre!

—Si queréis dinero, vais a tener que encontrarlo por vuestra cuenta.

—No vamos a robar —le aseguró Harlan con tono acusatorio.

—Buena suerte en vuestra búsqueda de empleo. —Julian miró a Elsa—. Estoy seguro de que alguien busca un deshollinador, y al menos tú tienes el tamaño adecuado para...

—Eres bazofia, ¿lo sabes, Julian? —le espetó Harlan.

—¿Por qué? ¿Porque he robado una cartera... o porque no pienso compartir su contenido con vosotros? Además, no es responsabilidad mía manteneros. Vais a

tener que pensar vosotros solos, sobrevivir gracias a vuestro ingenio. Estoy seguro de que entre los dos algo tendréis...

—Julian...

El chico le dio unas palmaditas a Elsa en el brazo y se subió la cremallera del abrigo.

—Nos veremos aquí mañana a la misma hora. Si no estáis, me pondré en lo peor.

Les hizo un gesto con la cabeza a modo de despedida y siguió a un hombre vestido de traje hasta los tornos de seguridad. Los superó caminando a toda prisa tras él.

10

La nieve asfixiaba la prisión. Varios grupos de niños, todos ataviados con los mismos uniformes grises y abrigos con capucha, permanecían de pie en el patio mientras contemplaban a los tres guardias que reparaban la valla. Unos cuantos cuchicheaban entre sí —«¿Crees que se han escapado de verdad?»— y miraban a su alrededor para comprobar que ningún guardia los estaba escuchando.

—Este silencio resulta un tanto desconcertante, Claude —dijo Susannah.

Rayner y ella estaban sentados en la enfermería.

El hombre presionaba una gasa contra el corte que tenía en la frente.

—Son todos inocentes —dijo Rayner—. Hemos secuestrado a un centenar de niños. Les decimos que son delincuentes, pero no lo son. Son inocentes.

—Inocentes —repitió ella como si estuviera sopesando la palabra—. Es extraño utilizar esa palabra teniendo en cuenta que tu amigo yace muerto en un pasillo...

Rayner estampó el puño contra la pared con tanta fuerza que la mujer se

sobresaltó.

—No han cometido los delitos que nos dijisteis que habían cometido.
¿Correcto?

Susannah asintió.

—Correcto.

—No me lo creo. —Las palabras de Rayner quedaron a medio camino entre una carcajada y un gruñido—. No me creo que un Gobierno pueda salirse con la suya en algo así.

—Un Gobierno no podría salirse con la suya en algo así. La gente siempre piensa que están involucrados en este tipo de cosas. Se lo contaron al primer ministro como gesto de cortesía, según ellos, pero creo que la verdadera razón por la que lo informaron fue para mostrarle el poco poder que tiene. Aunque quisiera pararlo, no podría.

Rayner resopló.

—Y ¿dónde está, por cierto?

—Se ha tomado unas vacaciones prolongadas —contestó Susannah.

—¿Así que de verdad me estás diciendo que existe una especie de grupo maligno que está por ahí sentado tramando la destrucción de todo el mundo?

—No, lo contrario. Existe ese grupo, pero les preocupa cómo va el país: extremistas, anarquistas..., ruina moral, social y económica. Ya no representamos el papel protagonista en el escenario del mundo, somos más bien el bufón que olvidó su texto. El país se está desmoronando, y el Compromiso es consciente de ello. Está dispuesto a llegar a extremos que otras personas rechazarían. Si eso los convierte en «malignos»...

—Suele ser así —gruñó Rayner—. ¿No están dispuestos todos los maníacos a cruzar la línea?

—Has visto los recientes ataques terroristas, ¿verdad? Las amenazas de bomba, la violencia, el caos. El Compromiso está intentando construir un mundo mejor, Claude.

—¿Utilizando a estos niños para cambiar el que tenemos ahora? Y los niños no tienen ni idea de lo que están haciendo, ¿no es así?

—Para eso sirven las clases. Empleamos imágenes subliminales de cosas que queremos cambiar. A nivel consciente ellos ni siquiera las ven, pero eso es lo maravilloso de su habilidad, que puede utilizarse inconscientemente. Estos críos son especiales, pero si supieran lo que son capaces de hacer podrían hacerse muy poderosos..., demasiado poderosos.

Rayner no mostraba ninguna señal de estar escuchándola siquiera.

—Un mundo mejor —rugió.

—Una utopía.

—Una fantasía —corrigió el guardia—. Y ¿quién más lo sabe?

—Ahora solo nosotros —contestó Susannah—. Ninguno de los demás guardias tiene ni la más mínima idea. No son más que peones. Y los noventa y cuatro niños que quedan... tampoco lo saben.

—¿Por qué hay que decirles que son delincuentes? —preguntó Rayner—. ¿Qué sentido tiene?

—Si los hubiéramos secuestrado y encerrado aquí sin más, harían preguntas. Se resistirían —respondió Susannah, y señaló por la ventana hacia un grupo de prisioneros uniformados que había en el patio—. Les dimos una historia, una narración que completar. Los recuerdos se manipulan con facilidad. Todo el mundo necesita representar un papel. Si se le dice a alguien que es malo durante el tiempo suficiente, comenzará a creérselo. Es más sencillo de lo que te imaginas.

Susannah se metió una mano en el bolsillo y le pasó un trozo de papel a Rayner. Él se lo arrebató de las manos.

—Es una recomendación... para que tú ocupes el puesto de Martin Adler como jefe de los guardias en caso de que le ocurra algo... —Se detuvo mientras Rayner ojeaba la carta moviendo los ojos de un lado a otro con rapidez—. Sea como sea, Adler está muerto. Si lo quieres, el trabajo es tuyo, Claude. La cárcel, los guardias..., los presos. Te harás cargo de todo. El resto de los arreglos son cosa mía.

Rayner le dio la espalda.

—Es lo que siempre has querido —continuó la mujer—. Ser alguien importante. Ser valorado. Ser respetado.

Rayner observó cómo caía la nieve. En el patio los guardias se esforzaban por arreglar la alambrada.

—Existe otro grupo que está ayudando a los prisioneros —prosiguió Susannah—. Hace un tiempo que soy consciente de su presencia y de su interés por lo que estamos haciendo. Se autodenominan el Gremio. Van a intentar destruir todo aquello por lo que hemos trabajado. He tratado de frenarlos, pero creo que podría ser demasiado tarde.

—El hombre que nos atacó, ¿crees que podría formar parte de ese grupo?

Susannah asintió.

—Sí. De hecho, sé que es así.

Rayner seguía apretándose la gasa contra la cabeza.

—Me llevaré a otro equipo al bosque de inmediato —dijo.

Cuando Rayner salió de la enfermería, aturdido y aún incrédulo, sonó el teléfono del despacho. Susannah titubeó, y luego caminó despacio hacia él. El aparato continuaba sonando. Finalmente lo descolgó.

—¿Sí? —dijo en voz baja y con la mirada fija en dos guardias que pasaban por el pasillo.

—Señorita Dion —dijo Stephen—. Necesito que me ponga al día sobre el trabajito relacionado con la empresa de Felix que está haciendo para mí.

—Todo va según lo planeado, señor Nover —contestó ella.

—Tiene que ocurrir rápida y discretamente, tal como le expliqué. Necesito que JF Industries se dé un batacazo espectacular, pero sobre todo que él no se dé cuenta de nada.

—Estoy segura de que en estos momentos está demasiado ocupado con

otras cosas — comentó Susannah —, pero haré lo que pueda.

Stephen soltó una risita.

—Hágalo y recibirá una generosa gratificación.

11

—Despertad —ordenó Henry en cuanto abrió la puerta.

Ryan, que estaba acurrucado en un rincón dentro del caparazón de un saco de dormir enmarañado, se revolvió y se hundió aún más entre los pliegues de la tela.

—Cinco minutos más. Solo cinco... —La voz del joven se apagó.

—Tenemos que comer —continuó Henry—. Ya que de momento los dos sois invitados míos, vamos a necesitar más comida. Y eso implica más trabajo.

Ryan gruñó algo y se tapó la boca con el saco de dormir.

—¿Estás enfermo acaso? —preguntó Henry.

Aún bocabajo, Ryan intentó negar con la cabeza.

—Mejor. Porque los dos necesitaréis estar fuertes.

Ryan cerró los ojos.

—Yo soy fuerte —masculló.

—No tanto —lo corrigió el hombre de la barba—. El bosque es inmenso. ¿Tienes idea de lo duro que es caminar durante kilómetros sobre la nieve? Ambos estáis débiles. Necesitáis comida. Mi gente os estará esperando en el límite del bosque. Pero primero tenéis que llegar hasta allí.

—Sí, lo que tú digas. Solo cinco minutos más...

Henry se acercó a él y bajó la cremallera del saco de dormir.

—Bienvenido al mundo real, Ryan —le espetó—. Y ahora levántate.

Ryan se dio la vuelta, con el antebrazo sobre los ojos.

—Eres incluso peor que esos condenados guardias...

A regañadientes, se sentó en el suelo con la cabeza entre las manos. Luego miró a Jes, que estaba tranquilamente dormida en su saco. Ryan se puso el abrigo y siguió a Henry por el túnel y escaleras arriba.

—Y ¿dónde se supone que vamos a encontrar comida? —preguntó tiritando cuando alcanzaron la superficie.

—Tengo unas cuantas trampas —respondió Henry—. Pero tendremos que ser cautelosos. Es probable que todavía haya guardias buscándoos por ahí.

El hombre hizo un gesto con la cabeza y luego se fijó en el abrigo de Ryan.

—¿Eso es un ibis?

El chico bajó la mirada hacia el arma. La había cogido justo antes de escaparse junto a Jes, pero no había vuelto a pensar mucho en ella hasta entonces.

—Se la quité a uno de los guardias. ¿Habías visto alguno antes?

—Había oído rumores de que se estaba desarrollando este tipo de armamento. Sin embargo, siempre pensé que no eran más que invenciones. —Examinó el arma con detenimiento y se la devolvió a Ryan—. Cuídala. Nunca se sabe cuándo podremos necesitarla.

Ambos caminaron despacio, sin apenas hablar excepto cuando Henry advertía a Ryan de que tuviera cuidado con alguna rama u hoyo en el suelo. Se habían internado más de un kilómetro y medio en el bosque cuando Ryan se detuvo, mareado y sin aliento.

—Tienes que comer —dijo Henry—. Las trampas ya no están lejos. Llegaremos enseguida.

Un cuarto de hora después, encontraron la primera trampa de Henry. Una

liebre se retorció en ella y escarbaba en la nieve.

—Si eres escrupuloso, tal vez quieras mirar hacia otro lado.

—No lo soy.

Henry le asestó un golpe rápido al animal en el cuello y le quitó una capa de nieve de la piel con la manga.

—Podemos cocinarla una vez volvamos al túnel. Si encendemos un fuego aquí podría alertar a los guardias. Jes tiene que comer.

—Entonces, ¿crees que se pondrá bien? Es que con la herida y todo lo demás...

Henry le dio la vuelta al animal entre las manos.

—La gente ha sobrevivido a cosas peores. La bala está fuera y la herida limpia. Y, en cualquier caso, tengo analgésicos suficientes para unos cuantos días más. ¿Tú vas al colegio, Ryan?

—Iba. Antes de todo esto.

—¿Qué te parecía?

—Lo odiaba. Me moría por salir de allí. Sé que vas a decirme que son los mejores días de mi vida, me apuesto...

—No —lo interrumpió Henry con una sonrisa—. De hecho, a mí tampoco me gustó mucho nunca.

Ryan asintió y apoyó los codos en las rodillas. Echó un vistazo a los árboles, medio esperando detectar indicios de movimiento.

—No sé por qué te has sentado —continuó Henry—. Necesitaré ayuda para recoger leña para el fuego. Coge unas cuantas ramas. De las grandes.

Ryan se puso en pie de mala gana y sacó unas cuantas ramas de entre la nieve suspirando cada vez que se agachaba.

—¿Por qué no me cuentas más cosas de Sin Lugar, Ryan?

Ryan apartó un trozo de nieve de una rama con la manga del abrigo.

—No hay nada que contar. Allí no hay más que malditos actores.

—¿Qué hacíais allí dentro exactamente?

—Tareas. Trabajo. Esas clases estúpidas de las que ya te hemos hablado. Había una mujer... Decía que era profesora y que quería ayudarnos, pero solo era una mentirosa más.

Ryan bajó la mirada hacia las tenues marcas que le habían dejado en la mano los cortes que Susannah había obligado a Jes a hacerle con un papel.

—En cuanto Jes esté mejor, nos largamos de aquí. Lo más lejos de Sin Lugar que podamos —murmuró Ryan—. Vamos a ir a por ellos.

Henry lanzó otra rama al montón y negó con la cabeza.

—Estás enfadado. Lo comprendo.

«No sabes ni la mitad», rugió internamente Ryan, que sintió que la rabia lo embargaba. Golpeó una rama con el antebrazo, la partió en dos y lanzó los fragmentos sobre los demás.

—El Gremio estará de camino —afirmó Henry—. Se asegurarán de que estéis protegidos.

—¿Van a ayudarnos a ir a por el Compromiso? —preguntó Ryan.

—Se asegurarán de que estéis protegidos —repitió Henry evasivamente. Le dio unas palmaditas en el brazo al chico—. Venga. Regresemos y cocinemos esto. Debes de tener hambre.

12

Pyra le lanzó un fardo de ropa a Alyn, que dormía plácidamente.

—Tienes cinco minutos para quitarte ese uniforme... Sigues pareciendo un preso. Luego nos largamos.

Alyn se frotó los ojos. Tenía las marcas del tejido de la moqueta barata grabadas en la mejilla y sentía la cara entumecida.

—¿No estás acostumbrado a levantarte cuando te lo ordenan? —se burló Pyra.

—No estoy acostumbrado a cambiarme delante de mujeres desconocidas — aclaró Alyn mientras se ponía en pie con cautela.

La chica suspiró y le dio la espalda. Alyn se quitó el uniforme gris, manchado y empapado a causa de la nieve y el sudor, y lo tiró a la papelera que había en una esquina de la habitación. «Me alegra no tener que volver a ponerme eso en la vida», pensó.

Se embutió torpemente en los vaqueros, se puso la camiseta y después se abrigó con la cazadora de cuero.

—¿Puedo confiar en que llegues caminando hasta el coche, Alyn? — preguntó Pyra.

—Sí, caminaré.

La joven cogió una mochila de la mesa, se la echó al hombro y salió de la habitación tras agarrar a Alyn del antebrazo y tirar de él. El chico lanzó un último vistazo a la televisión situada en el otro extremo de la estancia, que mostraba imágenes de las consecuencias de una revuelta en una calle de los suburbios.

Los tres dejaron el hotel rápidamente y avanzaron por el asfalto hacia el coche.

Pyra abrió la puerta trasera.

—Vamos —dijo—. Métete dentro.

—Deberíais tener vuestro propio programa de televisión —comentó Alyn al tiempo que se agachaba para pasar bajo el brazo de la chica—: «Secuestradores viajeros».

—No somos secuestradores.

—¿No? Entonces, ¿por qué me siento como si fuera vuestro prisionero?

—Porque estás acostumbrado a serlo —contestó Pyra cuando el coche arrancó—. En ese lugar no has conocido otra cosa. Probablemente no estés acostumbrado a confiar en la gente.

—Y, a menos que quieras terminar atrapado otra vez, tendrás que confiar en nosotros —dijo Anton, que colocó la pistola eléctrica plateada junto a su asiento.

Alyn no dijo nada y se cruzó de brazos. A través de la ventanilla del coche, observó una bandada de aves migratorias que zigzagueaba con fluidez y habilidad por el cielo blanco y desolado.

—Y ¿ahora qué? Vais a por el Compromiso, ¿verdad?

—Lo haríamos —contestó Pyra— si supiéramos quiénes son.

—¿O qué están haciendo?

—Sabemos lo que están haciendo. —Pyra se volvió para mirarlo—. Os estaban manipulando a todos. Utilizando algo que poseéis.

Alyn miró a Anton a los ojos por el espejo retrovisor con la esperanza de que él se lo explicase.

—Tienes un don, Alyn —dijo—. Como nosotros. Eso es lo que somos nosotros, el Gremio, una orden de entrenamiento. Te enseñaremos a usarlo.

Aún más confuso, Alyn se volvió hacia Pyra.

—¿Nunca te has sentido rodeado de coincidencias? —preguntó la joven.

—Me siento rodeado de locos, si es que eso cuenta.

Anton giró hacia una carretera desierta, pero se la encontró bloqueada.

—Ayer la policía, ¿y ahora esto? Parece que alguien está empeñado en retrasarnos —protestó Pyra.

—Entonces ¿me estáis diciendo que nosotros...?

—Espera un minuto —lo interrumpió Anton.

Un segundo coche surgió de entre los árboles y aparcó en medio del pavimento cerrándoles el paso.

—Estamos rodeados —susurró Pyra—. Alyn, agáchate. Te están buscando.

—¿Que me agache?

—¡Hazlo!

Un hombre corpulento salió del coche que tenían delante. Llevaba unos guantes sin dedos y un abrigo de estilo militar.

Anton miró por el retrovisor. Otro hombre vestido de manera similar salió del coche que tenían detrás y se apoyó contra el capó con los brazos cruzados. Les dedicó una sonrisa.

Pyra sacó la cabeza por la ventanilla.

—¿Por qué están bloqueando la carretera? ¿Quiénes son?

El hombre se acercó lentamente a ellos.

—No es más que un rápido control para comprobar que no esconden nada. Luego podrán marcharse.

Alyn se apretó aún más contra el suelo. Le costaba oír lo que decían.

—No escondemos nada, amigo. Tenemos prisa —intervino Anton—. Nos están esperando en un sitio.

—¿Ah, sí?

—Tenemos que marcharnos. ¿Puede apartar su coche, por favor?

—Enseguida —contestó el hombre—. Solo un control rápido, como ya le he dicho.

Rodeó el vehículo hasta situarse junto a la ventanilla del conductor y atisbó

el interior del coche.

Alyn dio tal respingo que se golpeó la parte de atrás de la cabeza contra el asiento.

El hombre se enderezó con una sonrisa dibujada en la cara.

—Vaya, vaya. ¿Son conscientes de que hay una persona en el asiento trasero de su coche?

—Sí, es mi hermano pequeño —respondió Pyra.

—¿Por qué está en el suelo?

—Porque es idiota. Como la mayor parte de los adolescentes. ¿Podemos irnos ya?

El hombre colocó una mano sobre el techo del deportivo y se agachó.

—Imposible.

—Supongo que nos ha pillado. —Anton miró a Pyra—. Yo saldré primero.

Obedientemente, se desabrochó el cinturón de seguridad y acercó la mano a la manilla de la puerta. Luego cerró los ojos y murmuró algo deprisa y en voz muy baja. Justo cuando el desconocido estaba a punto de meter la mano en el interior del deportivo, una mosca minúscula, casi insignificante, se desvió de su rumbo e impactó contra las pestañas del hombre. Anton aprovechó el gesto de dolor que lo hizo doblarse para abrir la portezuela y golpearlo con ella en la frente.

El hombre cayó al suelo, aturdido, y aterrizó sobre una rodilla. Anton salió del coche de un saltó y esquivó un puñetazo procedente del otro desconocido.

Alyn se incorporó con los ojos como platos para ver a Pyra saltar sobre el capó y darle una patada en un lateral de la cabeza.

Anton detuvo un segundo puñetazo con el antebrazo y giró sobre sí mismo para asestarle un codazo en la cara a su atacante.

El hombre cayó al suelo, casi inconsciente, y Anton giró en el otro sentido para darle con el otro codo en la boca.

Alyn esbozó un gesto de dolor al oír el crujido y ver a su desplomado atacante balbucear con la boca llena de dientes rotos.

Pyra y su compañero se apresuraron a entrar de nuevo en el coche. Él pisó el acelerador a fondo y giró el volante hacia la hierba.

A través de la luna trasera, Alyn observó a los dos hombres caídos. Uno apenas estaba consciente; el otro, vacilante, intentaba ponerse de rodillas.

—Oye, lo que os comentaba acerca de estar rodeado de locos... —dijo con los ojos abiertos de par en par mientras el coche se alejaba—. Solo para que lo sepáis: estaba de broma.

13

Eran casi las diez de la noche. Elsa y Harlan llevaban unas cuantas horas sentados en el suelo, apoyados en silencio contra la pared de la estación y contemplando con envidia las lentas colas que se formaban en la zona de restauración.

Elsa se rodeó el estómago rugiente con los brazos.

—¿No podemos buscar otro sitio donde sentarnos, Harlan? Es como si nos estuviéramos torturando...

El chico hizo un gesto de negación.

—Tenemos una buena perspectiva del andén. Si Jes y Ryan han cogido el tren, los divisaremos de inmediato. O ellos mismos nos verán. Por eso estamos aquí, ¿lo recuerdas?

—Espero que tengas razón —masculló ella, y después enterró la boca en el interior de su abrigo.

Celosa, observó a una chica joven que pasó delante de ellos devorando una hamburguesa, lamiendo la salsa que se le había derramado por los dedos.

—La tengo. Pero ¿sabes quién está también en lo cierto, Elsa? Julian. Tenemos que adaptarnos.

—Pero entonces seremos tan malos como ellos dicen...

—No nos han dejado muchas opciones, ¿no?

Mientras pronunciaba aquellas palabras, un hombre lanzó un par de monedas al suelo delante de ellos.

Elsa cogió el dinero con avidez.

—¡Una libra! —exclamó emocionada—. Podemos utilizarla para llamar a nuestros padres, Harlan. Me da igual lo que dijeran los demás. No podemos conseguirlo solos. Tenemos que llamarlos. Podrían venir a recogernos. Te juro que todo iría bien...

Harlan cerró los ojos.

—Ya hemos hablado de esto. ¿De verdad quieres ponerlos en peligro?

—Y ¿qué hay de nosotros? —gritó la chica con los ojos llenos de lágrimas—. Nosotros ya estamos en peligro. Estoy cansada y muerta de hambre. ¡Quiero irme a casa!

Harlan le dio unas palmaditas compasivas en el hombro y se puso de pie.

Elsa quiso imitarlo.

—¿Adónde vas? No quiero quedarme aquí sola...

El chico forzó una sonrisa.

—Espérame aquí.

Harlan apoyó los antebrazos sobre una barandilla que había al otro lado de la calle, frente a la estación. Lo máximo que había conseguido había sido parar a alguien para preguntarle la hora. Pero incluso entonces había levantado la mano con pesadez y se había quedado paralizado. Mientras se alejaba tratando de pasar desapercibido, Harlan aceptó, con cierto pesar, que carecía de la fluidez manual que parecía resultarles tan sencilla a los carteristas y ladrones.

— Eh.

Harlan se sobresaltó.

— Elsa. Creía que te había dicho que me esperaras en la estación.

La chica se rodeó el torso con los brazos y se apoyó de espaldas contra la barandilla.

— No iba a quedarme allí sola. ¿Qué estás haciendo?

— Nada — contestó él al tiempo que bajaba la mirada —. Solo... esperar.

— Ibas a robar a alguien — afirmó Elsa —. Como Julian.

El chico se llevó las manos a la nuca.

— No puedo hacerlo, Elsa. Debe de haber algún otro modo...

— No lo hay — repuso ella —. Excepto que aemos una paloma o algo así. Y puede que eso no sea tan mala idea. — Con la mirada fija en una paloma cercana, Elsa comenzó a avanzar de puntillas hacia ella —. Palomita, palomita — la arrulló.

La muchacha se agachó y se lanzó a por el animal. El pájaro levantó el cuello y se alejó un poco. Se posó en el toldo de una tienda y ladeó la cabeza para mirar a la niña con gran curiosidad.

— ¡Al menos lo he intentado! — gruñó ella —. Puede que Julian tuviera razón respecto a lo de no esperar a los demás. — Elsa rascó el suelo con la bota —. Es decir, ¿qué probabilidades hay de que los encontremos? ¿Y si han hecho autoestop? ¿Y si ni siquiera vienen? ¿Y si están muertos? Puede que no volvamos a verlos jamás, y, antes de que nos demos cuenta, tal vez alguien dé con nosotros primero.

Harlan miró hacia el otro lado y asintió.

— ¡Se supone que no tienes que darme la razón! — exclamó la chica, y le asestó un empujón —. Se supone que tienes que decirme que todo va a ir bien, que vamos a volver ahí dentro y los demás estarán esperándonos, y que encontraremos al Compromiso y todas las respuestas que necesitamos y nos iremos a casa. ¡Eso es lo que se supone que tienes que decirme!

Harlan sonrió débilmente.

—De momento necesitamos comida. Y cobijo. Necesitamos dinero. Y solo hay una forma de conseguirlo, pero... pero soy incapaz de hacerlo.

Elsa vio a un hombre que pasaba ante ellos y se detenía.

—Tal vez yo sí pueda.

Ambos lo estudiaron mientras el hombre se guardaba distraídamente la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y echaba andar con rapidez por la acera.

—Espérame allí —susurró Elsa, y señaló un callejón.

Harlan se dirigió hacia la bocacalle y se dispuso a observarla desde detrás de la pared.

La chica apresuró el paso, comprobó que no había levantado las sospechas de nadie y acompasó su ritmo al de los pies del hombre. Se movía con ligereza, casi como un gato, pisándole los talones al desconocido. En la esquina de la calle siguiente, un grupo de músicos tocaba delante de una tienda cerrada. En medio de ellos, un hombre enjuto y lleno de tatuajes aporreaba eufóricamente un tambor tribal sentado en la acera.

Espoleada por el golpeteo regular del tambor, Elsa estiró la mano con la mirada clavada en la voluminosa cartera.

«Cógela —se ordenó a sí misma—. Él ni siquiera se dará cuenta».

Acercó aún más la mano, con los dedos preparados para la acción. Cuanto más se aproximaba, más atronadores le parecían los sonidos del tambor y la canción. Elsa volvió la cabeza para mirar hacia atrás, pero no había ni rastro de Harlan.

Estiró más el brazo y en aquel momento se produjo un estruendo repentino. Cesó el golpeteo. El hombre de los tatuajes sudaba profusamente y había atravesado de un golpe la piel del tambor tribal. El resto de los músicos se detuvo de golpe y los espectadores reunidos en torno a ellos aplaudieron con ironía.

El objetivo de Elsa se paró y se volvió en dirección al tumulto. La chica siguió adelante, le birló la cartera con rapidez y la abrazó contra su pecho. «¡La

tengo!».

Se dio la vuelta para regresar de inmediato junto a Harlan, pero notó que una mano firme se posaba sobre su hombro.

—Creo que eso es mío —le dijo el hombre con tono amenazador. Le arrebató la cartera de las manos—. ¡Policía!

Intentó agarrarla con la otra mano, pero Elsa se apartó justo a tiempo.

—¡Corre! —gritó mientras se dirigía hacia el lugar donde la esperaba Harlan—. ¡Corre!

14

Julian hizo girar la llave en la cerradura de la habitación del hotel y se coló en su interior como si fuera humo.

Sin quitarse el abrigo, se dejó caer de espaldas sobre la cama con los brazos estirados hasta que los dedos le quedaron colgando a ambos lados. El ruido del tráfico se filtraba por la ventana mientras el chico contemplaba la rotación del ventilador del techo, que proyectaba siluetas y sombras sobre su cuerpo.

Julian gruñó con irritación. Ya hacía suficiente frío en la estancia. Bajó de la cama a regañadientes y tiró de la cuerda que lo apagaba, pero el ventilador continuó dando vueltas sobre su cabeza.

Tiró con más fuerza y la cuerda se rompió.

Estaba a punto de llamar a recepción para informar de la avería del ventilador, pero se detuvo tras pensarlo mejor. «No quiero llamar la atención innecesariamente».

Ya había tenido la suerte de que no le pidieran identificación alguna a la hora de reservar la habitación; el empleado del hotel le había lanzado una mirada suspicaz, pero no le había dicho nada y había aceptado su dinero tranquilamente.

Julian se vació los bolsillos del abrigo y examinó el cilindro negro del ibis y la cartera robada. Probablemente tendría dinero para sobrevivir unos cuantos días..., tal vez una semana. Tiempo suficiente para comenzar a investigar a sus captores. Escondió la cartera detrás de la mesa y el ibis bajo la cama y se volvió para mirar por la ventana.

Al otro lado de la calle estaba la estación. Sus pensamientos vagaron hacia Elsa y Harlan; se los imaginó helados y hambrientos, rogando por un poco de comida.

—La compasión está sobrevalorada —dijo mientras tiritaba bajo la manta tumbado de costado.

15

—Buenos días, he venido a ver a Antonia —le dijo Felix a la desconcertada ama de llaves—. ¿Puedo entrar?

La mujer miró a su espalda y luego asintió. Se hizo a un lado rápidamente. Felix sonrió, sacudió su sombrero mojado contra su abrigo y entró en el vestíbulo.

—James —dijo Antonia desde el pie de la escalera—, ¿ocurre algo?

—Ha surgido un imprevisto —contestó.

Se volvió hacia el ama de llaves y esta, tras interpretar la mirada del hombre como una orden para que desapareciese, se escabulló por el pasillo.

—Ven —dijo Antonia.

Felix la siguió escaleras arriba hasta el descansillo.

Una niña de no mucho más de cuatro años salió de una de las habitaciones arrastrando una muñeca tras ella. Levantó la mirada hacia Felix y lo saludó con timidez.

—Esta debe de ser Sophia —dijo el hombre, y se arrodilló—. He oído hablar

mucho de ti.

La niña lo observó un tanto sorprendida y después le ofreció su muñeca.

—Por aquí, James —indicó Antonia.

La mujer fulminó a su hija adoptiva con la mirada y en cuanto Felix se incorporó echó a andar hacia una habitación con enormes ventanales dobles.

Antonia tomó asiento. Su melena negra brillaba bajo la luz de la mañana.

—La fortuna de Stephen está aumentando —empezó Felix—. Y de prisa. Creo que sería una buena idea que lo expulsáramos del Compromiso antes de que me supere. Y se haga con el mando.

Antonia levantó una mano enojada.

—No, James. Tal vez sea precisamente algo de sangre joven lo que necesitamos.

—Sangre es justo lo que conseguirás si él está al frente —bromeó Felix—. El proyecto estará prácticamente en sus manos. ¿Confías en él para ostentar tanto poder?

—James —dijo Antonia—, no confío en nadie que ostente tanto poder. Pero, si recae sobre Stephen, lo único que podemos hacer es ofrecerle nuestro apoyo. Y orientación..., tal como acordamos hace muchos años cuando formamos el Compromiso.

Felix esperó un momento antes de retomar la palabra.

—Siguen sin encontrarlos. Lo cual quiere decir...

—Que vendrán aquí —murmuró Antonia—. A buscarnos. Si es que no han llegado ya.

—No, a buscarme a mí —corrigió Felix—. Me encontraron en el teléfono de Susannah, ¿lo recuerdas? He intentado restarle importancia ante el resto de los miembros del Compromiso, pero...

—Estás preocupado.

—Sí —concedió Felix—. Estoy preocupado. Tomamos muchas precauciones, Antonia. La cárcel, los guardias, el bosque... Estaba convencido de que el proyecto llegaría a su conclusión sin el más mínimo percance.

Felix negó tristemente con la cabeza.

—Puede que fuéramos unos ingenuos al pensar que el proyecto podía llegar a funcionar de verdad, James.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo el hombre—. Pero comunícamelo si en algún momento cambias de opinión respecto a Stephen, ¿de acuerdo?

Antonia sonrió.

—La única forma de que cambie de opinión es que utilices la Habilidad de esos chicos para que lo hagan por mí.

Felix le devolvió una leve sonrisa mientras reflexionaba sobre lo que acababa de decirle.

—No hace falta que me acompañes a la salida —dijo.

16

Jes se incorporó con lentitud y, una vez sentada, giró sobre sí misma hasta que las piernas le quedaron colgando del borde de la mesa. Apoyó los pies en el suelo con cuidado y, cojeando y encogida, llegó hasta la puerta y la abrió de un empujón.

El túnel era parecido —prácticamente idéntico— a aquel en el que ella había matado a Adler. Tocó la pared y exploró la piedra fría con los dedos.

Continuó caminando un rato hasta que se topó con un charco oscuro.

Bajó la mirada y se puso en cuclillas. Su rostro era un reflejo pálido y flaco sobre el líquido. Colocó la mano en el charco y acarició su reflejo. «Lo siento», murmuró cuando sus lágrimas alteraron el agua oscura. Recordó la noche de la

fuga y sus repetidos disparos contra el jefe de los guardias, sus ganas de matarlo. La rabia había sido como un peso negro sobre su pecho.

Cuando abrió los ojos, durante un instante pensó que el rostro de Adler le devolvía la mirada.

Desde el final del pasillo le llegó un ruido y Ryan apareció en la escalera. Jes se puso de pie muy despacio.

—Muy bien —dijo Ryan dedicándole una gran sonrisa—. Vine a verte antes, pero aún estabas dormida.

Orgulloso, le entregó un trozo de carne chamuscada.

—Hemos encendido una hoguera en el hueco de la escalera. Tuvimos que esperar a que anocheciese, porque si no los guardias habrían visto el humo. Aun así, mejor tarde que nunca, ¿no?

—¿Lo has cazado tú mismo? —preguntó Jes al tiempo que le daba vueltas entre las manos.

—Sí.

Jes lo miró con socarronería.

—¿En serio?

—Bueno, la trampa era de Henry. Yo solo ayudé a encender la hoguera. Pero hice un trabajo condenadamente espectacular.

Jes se acercó la carne a la boca y le dio un mordisco cauteloso. Antes incluso de haber terminado de masticarlo, le dio un segundo bocado, y después un tercero.

No pasó mucho tiempo antes de que la carne desapareciese y Jes mirara a Ryan con la esperanza de que tuviese más.

—Es lo único que conseguimos —dijo con tono de disculpa.

—La próxima vez iré con vosotros —repuso ella con una sonrisa—. Me buscaré mi propia comida.

—No, al menos durante una temporada no lo harás. —El chico hizo un gesto con la cabeza en dirección a su herida.

—Estoy bien —le aseguró Jes, e intentó ponerse erguida, pero enseguida tuvo que encorvarse de nuevo.

Ryan estiró un brazo para ayudarla.

—Henry ha dicho que tenemos que quedarnos aquí hasta que estés mejor.

—No quiero quedarme aquí. Solo quiero largarme lo antes posible — protestó la chica—. Quiero encontrar a los demás. Quiero... —se detuvo y señaló la oscuridad que los rodeaba— luz.

Se quedó callada cuando la trampilla se cerró y Henry comenzó a bajar las escaleras.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Jes una vez llegó al final.

—Mejor después de haber comido. Ryan me ha contado que ha encendido una hoguera.

El hombre rompió a reír.

—Ryan sería incapaz de encender un fuego en una habitación llena de cerillas. Ha apagado el nuestro más o menos tres veces.

—¡Eh! No se me ha dado tan mal —dijo Ryan al tiempo que le lanzaba a Henry una mirada asesina. Se volvió hacia Jes—. Es que hacía frío y había humedad...

—Creía que todos los chicos sabían encender un fuego.

—Sí, puede que en tus tiempos —gruñó Ryan—. ¿Tengo yo pinta de haber sido *boy scout*? —Empezó a alejarse.

Henry se volvió hacia Jes.

—Ahora que estás despierta, creo que Ryan y tú necesitáis saber qué está ocurriendo con exactitud.

El chico frenó en seco y volvió la cabeza para mirar hacia atrás.

—Creo que ambos tenéis que saber por qué os secuestraron —añadió Henry.

—Todos los presos de esa cárcel tenéis una cosa en común —explicó Henry cuando los dos se sentaron muy juntos y cerca de él. La titilante llama de la vela danzaba con sus palabras—. Podéis hacer que sucedan cosas..., cosas que podrían parecer altamente improbables. Y no sois los únicos. Hay toda una comunidad de personas, el Gremio, personas idénticas a vosotros... Personas que llevan años entrenando, desarrollando la Habilidad..., aprendiendo a manipular e influenciar la realidad.

—¿Eh? —dijo Ryan tras varios segundos de silencio.

Henry le dio unos golpecitos con el dedo en la sien a su incrédulo invitado.

—Aquí dentro están todos tus pensamientos, miedos y deseos... Y también tu imaginación. De alguna manera, por medio de una sucesión de coincidencias bastante improbables, puedes emplear esa imaginación para hacer que las cosas que hay aquí dentro —volvió a darle unos toquitos en la cabeza— ocurran aquí fuera. En el mundo real.

Ryan notó que empezaba a dolerle la cabeza.

—Te refieres a...

—Magia. —Jes acabó la frase por él sin apartar la mirada de la llama temblorosa.

—Yo no lo llamaría «magia» —objetó Henry—. Creemos que funciona gracias a las coincidencias, el azar y la probabilidad.

Ryan bostezó y se frotó los ojos con el antebrazo. Miró a Jes, que parecía seguir las desconcertantes afirmaciones de Henry.

—Aunque eso sea cierto, y ni siquiera estoy segura de creérmelo —dijo la chica—, sigue sin ser una explicación a por qué nos han hecho pasar por todo esto... —Jes señaló su uniforme de presa—. ¿Por qué nos han metido en ese sitio? ¿Por qué tantas mentiras?

—Esta destreza es mucho, muchísimo más escasa entre los adultos que entre

los jóvenes. Por separado podéis conseguir que ocurran pequeñas cosas. Pero con un centenar de vosotros, todos juntos, podéis cambiar la realidad a gran escala. No sabemos qué tipo de cambios buscan... Pero, si los miembros del Compromiso son el tipo de personas que secuestran a niños y adolescentes de sus casas, solo puedo imaginar...

—Oye, no pretendo ofenderte, tío —lo interrumpió Ryan con una carcajada—, pero suena como la típica cosa que Harlan se tragaría. Pero ¿yo? Para nada.

—Tienes que darte cuenta de que suena muy raro —lo apoyó Jes.

—¿Queréis pruebas? —preguntó Henry mirándolos alternativamente—. Apagad la vela.

—Eso es fácil —dijo Ryan, y cogió una bocanada de aire.

Henry levantó la mano.

—Así no.

Jes cerró los ojos e intentó extinguir la llama con su voluntad. Pero cuando volvió a abrirlos el fuego seguía titilando suavemente.

—¿Cuándo fue la última vez que te funcionó la fuerza del deseo? Utiliza la imaginación. Cuando lo hagas bien, notarás que algo cambia en tu mente.

—¿Crees que apagar una vela va a demostrar algo?

—Si podéis hacer esto —respondió Henry, que señalaba la vela—, podéis hacer cualquier cosa.

Se puso en pie despacio y se encaminó hacia la puerta.

—Espera, ¿adónde vas?

—No me necesitáis aquí. Yo no poseo la Habilidad. Tenéis que intentarlo los dos juntos, sin distracciones.

Dejó a los chicos con la llama menguando serenamente la vela.

—Sigo creyendo que está chiflado —masculló Ryan—. ¿Sabes lo que estaba haciendo la noche que me secuestraron? —prosiguió Ryan—. Habíamos robado el coche del padre de mi mejor amigo para ir a dar una vuelta.

—Yo estaba en una fiesta —dijo Jes en voz baja, mirando aún la llama con fijeza—. Debían de llevar muchísimo tiempo siguiéndome. Esperando el momento adecuado.

—No tienes pinta de ser de esas... De las que salen de fiesta, quiero decir. Creía que eras una buena chica. —Guardó silencio—. Aquí es donde se supone que dices que tú también te has sorprendido con mi historia... Que yo tampoco parezco de esos.

—Ya, pero es que sí lo pareces.

—¡Vaya! —exclamó Ryan con sarcasmo—. Eres una niña rica, ¿verdad? Apuesto a que hasta recibiste clases de piano y todo.

—Supongo que mis padres tienen bastante dinero —contestó ella.

Ryan soltó un bufido.

—Mi madre apenas gana lo suficiente para sobrevivir. Por eso voy a buscarme un trabajo en cuanto termine el colegio.

—¿Qué tipo de trabajo?

—No lo sé. De cualquier cosa. A mí me da igual.

Jes pareció preocuparse.

—¿No quieres dedicarte a nada en concreto?

—Quién sabe. Ya lo veré sobre la marcha. No es tan importante.

—Mi padre dice que tienes que tomar las riendas de tu propia vida u otra persona lo hará por ti.

—Y ¿qué ocurre cuando no tienes elección? —preguntó Ryan—. Ahora que estamos aquí abajo, ¿puedo preguntarte algo? —Esperó a que Jes le diese permiso haciendo un gesto de asentimiento y luego continuó—: Si las cosas fueran

distintas, ya sabes, en cuanto a nuestra situación y todo eso, ¿tú...? —Se detuvo al percatarse de que Jes lo estudiaba atentamente—. Es decir, si yo estuviera en esa fiesta contigo y con tus amigos..., ¿crees que podrías vernos como amigos?

—Claro. Supongo que sí.

—Y ¿qué hay de...? —titubeó—. Ya sabes.

—No. Me he perdido.

—Enrollarnos.

—¿Enrollarnos? —Jes no se molestó en tratar de disimular su desprecio hacia aquella expresión.

—Sí, ya sabes, cuando...

—Ya sé lo que significa. —Apartó la mirada—. Lo siento, Ryan. Me gustas como amigo, pero...

—¿Pero?

—Pero eso es todo. La verdad es que no eres... ¿Cómo podría expresarlo?

—No pasa nada —repuso él, y se encogió de hombros—. No tienes que darme más explicaciones.

—Lo siento.

—Bah, da igual. No es que me gustes ni nada así. No era más que una pregunta. —Esbozó una sonrisa tímida—. Para pasar el rato, ya sabes.

Con las mejillas ardiendo, Ryan desvió la mirada hacia la vela y deseó desesperadamente que se lo tragara la oscuridad. Imaginó el suave siseo de la llama al apagarse repentinamente y el aroma dulzón y ahumado que desprenden las velas de cumpleaños cuando se soplan. Ryan notó una sensación de cosquilleo en el centro de la frente, algo parecido al hormigueo de una pierna cuando se te ha quedado dormida. En aquel momento, una solitaria gota de condensación resbaló por una grieta que había en el techo de piedra y aterrizó justo sobre la vela.

La habitación quedó sumida en la oscuridad excepto por una voluta

serpenteante de humo gris.

—¡Eso es! —exclamó Henry al abrir la puerta.

—¡Eh! ¿Nos estabas espiando? —protestó Ryan.

—Sabía que podíais hacerlo. —El hombre esbozó una gran sonrisa y encendió una cerilla mientras atravesaba la habitación—. ¿Me creéis ahora? ¿Lo entendéis?

—Sí, pero no hemos sido nosotros —contestó Ryan encogiéndose de hombros—. Solo ha sido una gota de agua.

—Ha sido una casualidad —confirmó Jes.

Henry se agachó para encender la vela.

—Así es como funciona la Habilidad. Provoca una reacción en cadena de sucesos improbables, uno detrás del otro. —Los ojos de Henry estaban llenos de entusiasmo—. Ahora, hacedlo otra vez.

17

Con la cabeza abotagada después de tanto rato en la autopista, Alyn se sentó erguido y se frotó los ojos para ver los copos de nieve que revoloteaban alrededor del coche.

—Puedes salir y estirar las piernas mientras repostamos —le dijo Pyra—. Pero si se te pasa por la cabeza intentar algo...

—Ni loco. He visto lo que les ocurre a las personas que os cabrean. Además, tengo muchas ganas de conocer ese Gremio del que me habéis hablado. Y después de ir a por el Compromiso o como demonios se llamen...

Pyra se echó a reír.

—Tú no vas a ir a por el Compromiso, Alyn. Conseguirías que te mataran.

—Y ¿por qué vosotros sí?

—Porque nosotros estamos entrenados —dijo Anton sumándose a la conversación—. Podrás sumarte a nosotros en cuanto te hayamos formado, pero hasta entonces...

—El Compromiso me metió en ese sitio —estalló Alyn—. Nos han hecho pasar un infierno a todos. Y ¿ahora me decís que no puedo hacer nada?

—No te pongas así, Alyn —le dijo Anton—. No es que nosotros nos muramos de ganas por enfrentarnos a ellos.

—Lo que tú digas. Bueno, tengo que ir al baño —dijo, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

Anton miró a Pyra.

—Quédate aquí, yo lo llevaré.

—¿Llevarme? ¿De verdad pensáis que voy a escapar? Me estáis llevando cómodamente a casa...

—¿A casa? No vas a tu casa, Alyn. Ahora estás con nosotros.

Salieron del coche y Anton lo empujó en dirección a la gasolinera colocándole una mano en la espalda. El muchacho trotó un poco y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Me das algo de dinero, entonces?

—¿Para qué?

—Para golosinas.

—¿Golosinas? —Anton puso los ojos en blanco y, hastiado, le estampó unas cuantas monedas en la palma de la mano—. Puñeteros críos.

Las puertas automáticas se abrieron y Alyn entró seguido de Anton. La puerta del baño estaba en la pared más alejada, junto a un surtido de accesorios para coches: rascadores de hielo, ambientadores y adornos.

—Date prisa.

Alyn asintió, empujó la puerta y entró en los servicios.

Cerró la puerta del cubículo a su espalda, bajó la tapa del váter y se encaramó a ella para manipular los cierres de la ventana que había sobre la taza. Cuando consiguió abrir un hueco lo bastante grande, Alyn se alzó y se estrujó hasta atravesarlo.

«Yo no estoy con vosotros —pensó el joven cuando aterrizó sobre un par de bolsas negras en el exterior—. Estoy solo. Y voy a dar con el Compromiso os guste o no».

18

—Veo que le habéis dado pena a alguien. —Julian sonrió con superioridad al arrodillarse junto a unos Harlan y Elsa de aspecto abatido.

Ambos estaban sentados en un pequeño hueco de la pared situado a escasa distancia de los andenes principales. El chico hizo un gesto con la cabeza en dirección a los pocos peniques diseminados por el suelo ante ellos.

—«Pena» —continuó—. ¡Qué palabra más horrible! Cuesta pronunciarla; prácticamente tienes que escupirla...

—Piérdete, Julian. —Elsa le dio la espalda y cerró los ojos.

«¿Cómo le había resultado tan fácil robar?». La chica admitió con tristeza que, además de ser astuto, petulante y tramposo, Julian poseía la más útil de las características: era adaptable. Recordó haber aprendido algo acerca de la supervivencia de los más fuertes en el colegio. Les habían puesto como ejemplo de tal atributo a la mascota de la clase, una rata. En su mente, las pequeñas facciones puntiagudas del animal se transformaron en las de Julian.

—Nos faltan veinticinco céntimos para un sándwich —dijo Harlan.

Julian negó con la cabeza.

—Quien bien te quiere te hará llorar y todas esas cosas. Algún día lo entenderéis.

Cuando Julian dijo aquello, Elsa detectó un fajo de billetes oculto en el bolsillo de su abrigo. «Que siga hablando, Harlan», pensó mientras levantaba la mano poco a poco fingiendo que se rascaba el cuello.

—¿Vas a dejar que nos muramos de hambre? —rogó Harlan—. Elsa no es más que una cría, Julian. ¿Cómo puedes...?

—No voy a volver a repetírtelo —siseó Julian, que se puso en pie de nuevo—. Yo cuido del número uno..., y ese soy yo, por si aún no os habíais dado cuenta. Estáis malgastando el tiempo esperando a Jes y a Ryan. ¡No van a venir! Si yo estuviera en vuestro lugar, me buscaría otro sitio donde dormir.

—Espera —dijo Elsa con la mano suspendida en el aire—. ¿Adónde vas?

—Voy a empezar a buscar unas cuantas respuestas —contestó—. Y solo.

Sin más, se dio la vuelta y se sumergió entre la apresurada multitud.

Harlan cambió de posición con cuidado y echó la cabeza hacia atrás.

—Tenemos que volver a salir, Elsa. —Tenía los hombros hundidos—. Debemos seguir intentándolo. Los demás llegarán pronto. Los encontraremos y todo se arreglará...

—Harlan —dijo Elsa tirándole de la manga.

El chico abrió los ojos despacio. La niña tenía en la mano el fajo de billetes robados de Julian.

—Jamás pensé que diría algo así —murmuró Harlan con satisfacción—, pero no podría comer nada más...

Se recostó contra el respaldo de la silla de metal y examinó sin interés los pocos trozos de masa de pizza que quedaban sobre la caja de cartón manchada de grasa.

Elsa, que estaba arrellanada a su lado, gimió:

—Dímelo a mí. Esa pizza era más grande que yo...

—Eso no es difícil.

La chica le dio un codazo.

—Cállate y pásame el refresco.

Harlan estiró la mano perezosamente y arrastró un vaso grande de Coca-Cola hacia su amiga.

—No me apetece mucho estar por aquí cuando Julian se dé cuenta de que le ha desaparecido el dinero —dijo Elsa al tiempo que cogía la bebida.

Harlan sonrió al imaginarse a un Julian alterado y airado.

—Pues a mí no se me ocurre nada mejor.

19

Tras escapar de Pyra y Anton, Alyn se adentró en el final de la tarde sin saber dónde estaba.

No pasó mucho tiempo antes de que llegara a un paso subterráneo de la autopista atestado de grafitis erráticos. Una señal de Leicester cubierta de nieve se cernía sobre él indicando que Londres estaba todavía a 135 kilómetros. Desperdigadas sobre la cuneta de hormigón había varias botellas vacías y tazas de poliestireno, y los envoltorios y las bolsas de plástico se habían acumulado hasta formar un pequeño nido.

Alyn bajó por la pendiente aplastando las matas de malas hierbas que asomaban entre las grietas del pavimento. Pisoteó un arbusto y se acurrucó en posición fetal. Aunque hacía demasiado frío para quedarse allí mucho rato, los laterales del paso subterráneo bastaban para protegerlo de los vientos lacerantes que le azotaban la cara.

«Si duermo ahora podré caminar durante la noche», pensó.

Esperó con los ojos cerrados y se abrigó cuanto pudo con la cazadora de cuero.

Un camión pasó por la autopista causando un gran estrépito y Alyn se despertó tiritando. El olor a humo y aceite parecía flotar en el aire y el chico tosió con mucha fuerza.

«Tal vez debería haberme quedado con esos dos bichos raros», se dijo Alyn, aún medio dormido, mientras contemplaba el ajetreo del tráfico. Pero le habían dicho que ir tras las personas responsables de lo que les había ocurrido estaba estrictamente prohibido, y no había forma humana de que él pudiera aceptar algo así. «Ojalá tuviera algo para seguir adelante».

—Dame una pista —dijo en voz alta mirando al cielo—. ¡Cualquier cosa! ¡Dime quién está detrás de todo esto!

No era tanto una oración como una orden.

Notó una sensación de cosquilleo en algún lugar de su mente. La atribuyó al cansancio y salió con dificultad de entre la maleza hasta toparse con una barrera de metal. Caminó durante varios minutos sin contar siquiera con la compañía de sus pensamientos. Entonces un coche pasó a su lado a toda velocidad y un periódico viejo y sucio salió despedido contra él.

Alyn soltó un taco y se despegó el papel mojado de la cara. Estaba a punto de tirarlo a un lado de la autopista cuando vio las palabras:

¿CONEXIONES OCULTAS?

Debajo había una fotografía de un hombre de aspecto afable con el pelo blanco, ojos azules de párpados caídos y gafas.

—James... Felix —Alyn leyó en voz alta el pie de foto y alisó la página.

Uno de los coches que circulaba por la carretera hizo que el papel aleteara entre sus manos. El chico lo sujetó con firmeza y observó la imagen arrugada.

«Es él —pensó cuando una serie de recuerdos se encadenaron en su mente—. Estaba allí la noche en que me secuestraron».

Alyn se apoyó contra la barrera y escudriñó la maltrecha página.

No es la primera vez que el millonario de sesenta y cinco años se encuentra en el punto de mira. El año pasado se celebró una manifestación ante la Columna, sede de las oficinas de Felix, como respuesta a la continua elusión fiscal de su empresa...

—La Columna —murmuró Alyn, y se fijó en la fotografía que había debajo, donde el rascacielos de cristal destacaba sobre todos los edificios circundantes.

«Ahí es adonde debo ir», pensó. Dobló el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

20

—Toma —dijo Henry, y lanzó la liebre muerta en dirección a Ryan, que se apartó de la trayectoria del animal.

Jes se agachó y la recogió. El blanco penetrante de la nieve la deslumbró.

—¿No te importa llevar esa cosa? —preguntó Ryan con expresión de asco.

Jes asintió y observó el suave animal que tenía en las manos.

Ryan esperó a que Henry se alejara y no pudiese oírlos para decir:

—Esto sigue sin tener ningún sentido. Y sigo pensando que el viejo está loco —gruñó.

—¿Se te ocurre una explicación mejor? —le preguntó Jes con tranquilidad al tiempo que bajaba la liebre.

—Eh, espera. No me digas que hasta te lo estás planteando...

—Desde que nos secuestraron tengo la sensación de que hemos atravesado el espejo.

—¿Qué?

—*Alicia en el país de las maravillas* —dijo—. Bueno, da igual. ¿Sabes, Ryan? Mis amigos siempre decían que tengo mucha suerte. Que siempre caía de pie, pasara lo que pasase. Es posible que sea gracias a ese rollo de la Habilidad.

—Te han pegado un tiro.

—Pero he sobrevivido.

Ambos dejaron de caminar cuando Henry se detuvo y levantó un brazo.

—Guardias —siseó—. Hay dos. Vosotros, regresad.

Henry retrocedió despacio, con la mirada clavada en los hombres, dos siluetas negras entre los árboles.

Ryan bajó por una pequeña pendiente cubierta de nieve y le tendió la mano a Jes para que lo siguiera.

—Por aquí —dijo mientras la ayudaba a deslizarse hacia el arroyo—. El túnel está por este lado.

Ambos se apresuraron a llegar al refugio. Ryan apartó la nieve con los pies y abrió la trampilla. Le hizo un gesto a Jes para que entrara primero.

La chica se puso de rodillas y comenzó a bajar la escalera. Ryan esperó hasta que hubo descendido unos metros y luego la siguió. No tardó en alcanzar el final de los peldaños, y allí se encontró a Jes apoyada contra la pared sujetándose el costado.

—Me parece que he sido un poco ambiciosa —dijo al tiempo que forzaba una sonrisa.

—A ver, déjame ver la herida. —Ryan se acercó a la chica y le levantó el uniforme cortado. Le rozó la piel con los dedos y la chica ahogó un grito a causa del frío—. Lo siento —se disculpó Ryan entre risas.

Le echó un vistazo al vendaje.

—Sigue teniendo buen aspecto. Es decir, al menos no ha vuelto a abrirse. —

La escalera del final del pasillo comenzó a repiquetear—. Ese debe de ser Henry.

—Ya puedes apartar la mano —le espetó Jes.

Ryan sintió que la cara fría comenzaba a arderle de repente. Soltó el uniforme de su amiga y le sacudió los cristales de nieve del abrigo al tiempo que Henry alcanzaba el túnel.

—Dame la liebre —dijo el hombre—. Tendremos que esperar un rato para cocinarla. Buscaré algún sitio donde guardarla de momento.

Jes le entregó el animal.

—Henry —lo llamó Jes antes de que pudiera marcharse—, solo quería darte las gracias por todo lo que has hecho. Por salvarme... Por salvarnos de los guardias. Por dejar que nos quedemos aquí.

—No hay problema. —Hizo intención de darse la vuelta, pero Jes se lo impidió.

—Te lo decimos de verdad —prosiguió—. Quién sabe dónde estaríamos si no fuera por ti. Pero tenemos que ir a buscar a nuestros amigos.

—Los otros —aclaró Ryan—. Se suponía que nos reuniríamos con ellos en Londres.

—Así que, si no te importa, nos pondremos en camino —añadió Jes—. Mañana a primera hora.

Aquello pareció dejar a Henry atónito, y durante un instante Jes pensó que tal vez lo hubiera ofendido.

—No puedo dejar que os marchéis —dijo negando con la cabeza.

—Eh, espera un momento... —intervino Ryan.

—No —lo interrumpió Henry con firmeza—. Habéis visto lo que acaba de pasar, ¿no? Siguen vigilando el bosque. —Se volvió hacia Jes—. Y tú ni siquiera puedes correr con esa herida. ¿Qué opciones tenéis? Ninguna.

—La Habilidad —repuso Jes.

—No sabéis utilizarla. Y esa es la razón por la que lo he organizado todo para que el Gremio venga a recogeros.

—Y ¿qué hay del resto de los niños de la cárcel? ¿Quién va a venir a salvarlos?

—Estoy tratando de resolver ese asunto —contestó Henry—. Por eso estoy aquí.

—Entonces, ¿el Gremio ese va a venir a rescatarnos? —repitió Jes para asegurarse de que entendía bien la situación.

—Pero ¡no necesitamos que nos rescaten! —exclamó Ryan frustrado.

Henry lo miró.

—¿De verdad piensas eso, Ryan?

—Sí, eso es lo que pienso. ¿Dónde estaba tu gente cuando la necesitábamos? ¿Dónde estaban cuando nos tenían atrapados en ese vertedero lleno de locos que intentaban lavarnos el cerebro? No estaban en ningún sitio. Lo hicimos todo solos. Nadie nos ayudó. ¡Nadie!

Henry abrió la boca para contestarle, pero Ryan ya se había marchado.

21

Ya había atardecido en el interior de la estación de tren. Una muchedumbre de pasajeros pasaba a toda prisa ante Harlan y Elsa, la mayor parte de ellos sin percatarse siquiera de la presencia de los dos adolescentes harapientos del banco de metal. Si acaso, era el hedor de su ropa sucia lo que llamaba más la atención de los transeúntes, que evitaban mirarlos a los ojos por miedo a que los muchachos esperaran que se separasen de unas cuantas monedas sueltas.

—Toma —dijo Elsa al tiempo que le entregaba a Harlan un pequeño rollo de billetes sujeto con una goma elástica—. Creo que deberíamos guardar la mitad cada uno. Por si acaso...

—¿Por si acaso qué?

—Nos ocurre algo a uno de los dos. —Miró a su alrededor con precaución—. ¿Puedo decirte algo?

—Claro.

—Creo que nos están vigilando. —«Sé que nos están vigilando», pensó con la mirada fija en un par de hombres situados junto a un banco.

—¿Nos vigilan? ¿Quién?

—No lo sé exactamente. Pero he visto a gente que nos mira. Y no mirándonos sin más. Me refiero a «observándonos». No creo que debamos quedarnos aquí.

—Estás paranoica, Elsa. Probablemente sea la falta de sueño. Nadie tiene ni idea de que estamos aquí.

—Bueno, pues yo pienso que tenemos que largarnos —insistió la chica, poco convencida por los comentarios de Harlan.

—Tenemos que darles algo más de tiempo a Jes y Ryan para encontrarnos —replicó el muchacho mientras se guardaba el dinero en el interior del abrigo.

—No podemos esperar más —protestó Elsa—. Estábamos mejor en la cárcel. —«Al menos teníamos camas».

Contempló con cansancio a la multitud de pasajeros que se movía constantemente de un lado a otro.

—Eh, yo cuidaré de ti —dijo Harlan, y le rodeó los hombros con un brazo—. Te lo prometo.

Elsa intentó sonreír. Miró hacia el panel que mostraba los horarios de los trenes y observó con desesperación cómo cambiaban las letras y los números. Deseó poder confesarle a Harlan sus ganas de marcharse, de montarse en el siguiente tren con destino a casa, pero era imposible. Sabía lo que diría el muchacho, y en tono de reprimenda. ¿Quién se creía que era, su hermano? Ella solo tenía un hermano, y la estaba esperando en casa.

—Anímate —le dijo Harlan como si le leyera la mente. Le pellizcó juguetonamente un costado—. Al menos las cosas ya no nos irán tan mal como antes.

—Supongo —repuso Elsa. Se frotó la cara con las manos para intentar mantenerse despierta—. Tengo sed. Voy a comprarme un refresco.

Sin más, se escabulló entre el enjambre de pasajeros en tránsito.

—Seguro que te crees muy listo —dijo una voz detrás de Harlan.

El chico notó que algo le apretaba la espalda.

Julian rodeó el banco hasta situarse ante él. Llevaba el ibis metido en la manga.

Harlan se encogió de hombros y se puso de pie.

—Yo solo tengo la mitad. Elsa tiene el resto.

Julian colocó la palma de la mano abierta ante él. Derrotado, Harlan hurgó a regañadientes en el bolsillo de su abrigo y sacó los billetes.

—Querías que nos valiésemos por nosotros mismos... Supongo que te salió el tiro por la culata, ¿no? Las cosas siempre encuentran la manera de devolverte la jugada, Julian.

El chico intentó coger el dinero, pero Harlan apartó la mano.

—Tal vez deba recordarte cómo se siente uno cuando está al otro lado de esto —dijo Julian haciendo un gesto con la cabeza en dirección al ibis.

Harlan metió la mano rápidamente en el interior de su abrigo y cogió su propio ibis. Apuntó con él al pecho de Julian.

Los movimientos hostiles y repentinos llamaron la atención de varios transeúntes.

—¿En serio? —preguntó Julian en voz baja—. ¿De verdad vas a hacer algo así aquí, delante de todo el mundo?

Se volvió hacia un par de hombres que los observaban.

—Si de verdad creías que íbamos a disputar un duelo de sables de luz, me temo que te equivocabas. —Esbozó una gran sonrisa y le mostró una porra negra—. No es más que un juguete.

El muchacho indio apartó a Julian de un empujón, pero cuando levantó la mirada divisó a Elsa en el otro extremo de la estación. La chica se alejaba sospechosamente rápido de una ventanilla de venta de billetes con la capucha echada sobre la cabeza.

—¡Elsa! —la llamó mientras corría hacia la niña—. ¡Elsa, vuelve!

Para cuando Harlan llegó hasta ella, la muchacha ya había superado los tornos de acceso al andén.

—Lo siento —se disculpó avergonzada y cabizbaja.

El chico suspiró.

—¿Nos dejas? Pero, después de todo...

Elsa tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ya no puedo seguir!

—Vas a meterte en la boca del lobo —le advirtió—. Estarán buscándote. Estás cometiendo un error, Elsa. Ya hemos hablado de esto. ¡Todos estuvimos de acuerdo!

La niña se encogió de hombros.

—Tal vez —dijo—. Puede que tengas razón. «Pero también puede que sea yo quien la tenga».

—¿No quieres saber por qué te secuestraron? ¿O quién está detrás de todo esto? —La voz de Harlan estaba teñida de desesperación—. Tenemos que hacerlo juntos, tal y como dijimos...

—No me importa —repuso ella—. No me importa nada de eso. Yo solo... Yo solo quiero estar con mi familia. Adiós, Harlan. Lo siento.

Se dio la vuelta y echó a correr por el andén hacia el tren que esperaba en las vías.

22

Poco tiempo después de haber salido del paso subterráneo, Alyn iba caminando junto a la carretera con el pulgar extendido. Tenía la esperanza de que algún desconocido generoso se detuviera. Anduvo durante kilómetros, tiritando a causa de las cortantes ráfagas de aire que formaba el tráfico que pasaba veloz, antes de que al fin parase un coche.

—Voy a Londres —le dijo con desesperación a la figura que lo ocupaba—. ¿Podría llevarme?

El conductor lo estudió durante un par de segundos, asintió y le hizo un gesto para que subiese. Con la cabeza apoyada contra la ventanilla temblorosa, Alyn dejó que su mirada se perdiera entre la procesión de luces de la autopista, que pasaban ante él a tal velocidad que terminaron por convertirse en un único borrón de neón.

Tras bajarse del coche cerca de la estación de Victoria, el chico pasó las primeras horas de la mañana merodeando por un rompecabezas de carreteras vacías y callejones desiertos y de aspecto amenazador. Con la única ayuda de unas cuantas señales, las indicaciones de los escasos peatones solitarios y bruscos y uno o dos golpes de suerte, Alyn se internó en la ciudad y, no mucho tiempo después, la Columna apareció en el horizonte, descaradamente avasalladora.

«Ahí está —pensó mientras le echaba un vistazo al artículo de periódico rasgado que sujetaba en la mano—. Ahí lo encontraré».

Eran las siete de la mañana y todavía reinaba la oscuridad cuando al fin Alyn llegó al pie del rascacielos. La ciudad comenzaba a ensamblarse poco a poco ante sus ojos. Desde la entrada miró hacia las barreras eléctricas y el guardia de seguridad que paseaba con lentitud cerca de ellas. El chico se detuvo y reculó.

«¿Cómo voy a entrar?», pensó mientras buscaba otra alternativa. El monolito de cristal se alzaba sobre él, gélido y solemne, envuelto en la niebla matutina.

Estudió al guardia, que se balanceaba adelante y atrás sin moverse del sitio. El hombre saludó con la mano a una limpiadora que subía las escaleras y se quedó mirando su propio reflejo en el cristal, de modo que giró la cara.

Alyn avanzó sigilosamente hacia las barreras deseando que el narcisismo del guardia bastara para mantenerlo ocupado durante unos cuantos segundos más.

Tras lanzarle una última mirada, el chico echó a correr hacia las barreras, saltó tanto como pudo y cayó al suelo al otro lado. Rodó de costado y la inercia lo ayudó a ponerse en pie. Volvió la cabeza para mirar hacia atrás por encima del hombro y se levantó el cuello de la cazadora de cuero.

—JF Industries —murmuró para sí cuando pulsó el botón del ascensor. «Esa es la empresa de Felix».

El ascensor llegó enseguida y Alyn seleccionó el piso veintitrés.

Cuando las puertas se abrieron, el chico miró a ambos lados y luego salió al pasillo. Lo recorrió hasta toparse con una puerta sobre la que podía leerse:

DIRECTOR EJECUTIVO

«Este debe de ser su despacho». Alyn intentó abrirlo, pero estaba cerrado con llave.

Continuó avanzando por el pasillo y se encontró con la sala de juntas. Unas voces que procedían del final del pasillo lo alarmaron. Intentó abrir aquella puerta suponiendo que también estaría cerrada, pero cedió. La balsámica calidez de la sala comenzó a descongestionarle la cara, y la nariz empezó a gotearle.

—Gracias —dijo una voz al otro lado de la puerta, y una forma oscura apareció ante los ojos de Alyn—. Nos veremos pronto.

El chico se agachó y gateó hasta un armario. Se ocultó tras él y observó cómo se abría la puerta y un hombre de pelo blanco ataviado con un traje gris y unas gafas de moldura dorada entraba en la sala.

«Es Felix», se dijo Alyn, y su corazón comenzó a acelerarse.

Tarareando tranquilamente para sí, el hombre se acercó a la mesa y levantó

una pila de papeles.

Alyn miró a través de las paredes de vidrio esmerilado y esperó hasta que pasaron un par de siluetas. Luego se puso en pie.

Felix dio un respingo y dejó caer los papeles al suelo.

—¿Quién eres? ¿Cómo has entrado aquí? —dijo Felix, que presionó el interruptor de la luz y se detuvo cuando cayó en la identidad del chico—. Alyn.

—Así que se acuerda de mí —dijo Alyn sin dejar de mirarlo—. Estuvo allí, aquella noche. La noche en que me secuestraron.

Antes de que Felix tuviera oportunidad de hablar, la puerta se abrió y un guardia de seguridad entró en la sala. Miró a Felix y luego a Alyn.

—Señor, hemos visto a un intruso por las cámaras, ¿está usted bien?

El empresario se volvió hacia Alyn con una sonrisa.

—Al parecer nos conocíamos de antes. ¿No es así, jovencito?

—Sí. Nos habían presentado.

El guardia de seguridad se acercó a Alyn.

—Espere —ordenó Felix al tiempo que levantaba la mano—. Déjelo terminar.

—Fue aquella noche, la noche en que mi padre me llevó al bar. Él estaba jugando a las cartas. Discutimos y yo me marché, ¿se acuerda? Fue usted quien me encontró más tarde. Y luego me disparó... con el ibis. —Alyn se interrumpió al darse cuenta de que Felix estaba sonriendo.

—No sé quién eres, pero tienes mucha imaginación.

—¡Es usted un mentiroso! —gritó Alyn, y se volvió hacia el guardia—. Es un mentiroso, lo juro... Es malo... ¡Malvado!

El vigilante agarró al muchacho y lo apartó de Felix.

—¡Suélteme! —exclamó Alyn molesto—. ¡Quíteme las manos de encima!

—No sea muy duro con él, ¿de acuerdo? —intervino el hombre del pelo cano—. Está claro que el muchacho está perturbado.

Felix le lanzó una última mirada a Alyn, se ajustó la corbata y salió de la habitación.

El chico, forcejeando con el guardia de seguridad, se las ingenió para gritar «¡Mentiroso!» una última vez antes de que lo sacaran a rastras de la sala de juntas en dirección al ascensor.

Después de que lo echaran de la Columna, Alyn se sentó en un banco a escasa distancia del rascacielos, abatido y con la cabeza apoyada entre las manos.

«Era él —se repitió como para autoconvencerse de que no se estaba volviendo loco—. Era él». Pero su única oportunidad de encontrar una explicación se había esfumado. Hambriento y débil, se metió la mano en el bolsillo en busca de las monedas que Anton le había dado.

Cogió las que le quedaban y atravesó la plaza en dirección a una pequeña cafetería. El olor fuerte y dulzón del café recién molido y del pan tostado llegó hasta él y lo empujó a acercarse más. Con la cara pegada al ventanal helado, Alyn observó la cola impaciente que avanzaba con lentitud. Detrás de un mostrador de cristal se exponía un tentador surtido de sándwiches, tartas y pasteles.

Estaba a punto de entrar cuando vio algo en el reflejo del escaparate. Una cabina de teléfono, a unos cincuenta metros de distancia.

—Papá —dijo Alyn rápidamente en cuanto contestaron la llamada—. Papá, soy yo... Soy Alyn.

Se produjo una pausa momentánea.

—¿Quién?

—Yo —contestó el muchacho—. Ya sabes, tu hijo. ¿Me oyes?

—Sí, te oigo —contestó su padre arrastrando las palabras—. Nos preguntábamos cuándo aparecerías.

—¿Cuándo aparecería? ¿Qué se supone que quiere decir eso? No lo he hecho a propósito.

—Entonces, ¿por qué llamas? —masculló el hombre—. Está claro que quieres algo. ¿Dinero? ¿Se trata de eso? ¿Quieres dinero? Siempre pasa lo mismo con los chavales...

—Papá, no me escapé... Me cogieron... Me secuestraron.

—Te secuestraron —repitió su padre—. ¿Quiénes? ¿Dónde has estado?

—¡En una cárcel! Éramos muchos. No sabíamos por qué nos retenían allí, no nos lo explicaban. Es decir, nos decían que todos éramos criminales, pero sabíamos que no habíamos hecho nada. Y está ese hombre, Felix, un multimillonario... Está implicado.

—Una cárcel. Te llevaron a una cárcel. —Volvió a repetir el hombre trabándose con sus propias palabras—. ¿Estás metido en las drogas, Alyn? ¡Lo sabía! Siempre supe que tenías algo raro...

—Papá, no me estás escuchando. ¡Yo no hice nada! Ninguno de nosotros hizo nada. ¡Nos secuestraron! —Alyn miró la pantalla del teléfono—. No me queda mucho tiempo. Estoy en Londres. Tienes que ayudarme. Por favor, papá. Necesito tu ayuda.

—No es la primera vez que te escapas, ¿verdad, Alyn? —dijo su padre. Su voz pastosa por el alcohol se tornó afilada—. Tus... Tus padres adoptivos me lo han contado todo sobre ti.

—No, aquello fue diferente, yo...

—Bueno, yo ni siquiera quería volver a estar en tu vida, por el amor de Dios —gruñó su padre—. Fueron ellos los que se pusieron en contacto conmigo. Fueron ellos los que me suplicaron que hablara contigo.

—Papá...

—¿Por qué demonios crees que te abandonamos la primera vez?

La llamada se cortó.

Alyn estaba aturdido, y, temblando, colgó el auricular en el gancho y se mordió el labio con fuerza hasta que notó el sabor de la sangre. Se la enjugó con la lengua, se volvió hacia la puerta y la abrió de un empujón, pero se detuvo cuando vio una nota pegada al cristal.

VUELVE ESTA NOCHE.

SOLO.

JF

23

Tras una larga noche solo, acurrucado y temblando en la entrada de una tienda, Julian comenzaba a cuestionarse su decisión de rechazar tan pronto la compañía de Harlan. Por más que odiara admitirlo, sentía una gran admiración por lo que el chico indio y Elsa habían soportado desde la llegada del grupo a la ciudad hacía dos días.

Julian caminó fatigosamente hasta el kiosco situado al final de la calle, pasando ante una lavandería de aspecto sórdido y una casa de apuestas, y se compró un sándwich y una botella de agua con el puñado de monedas que le quedaba. Estaba tirando el envoltorio del bocadillo cuando se dio cuenta de que, justo al otro lado de la calle, abría una tienda benéfica.

Con el pulgar y el índice pellizcó la tela del uniforme gris y húmedo que llevaba bajo el abrigo y luego observó el escaparate del establecimiento.

—Le daré cincuenta peniques por él —le dijo Julian con un suspiro a la desconcertada mujer situada detrás del mostrador—. Es mi última oferta.

La mujer le arrancó el jersey verde de las manos y lo fulminó con la mirada.

—¡Qué cara tienes! Intentar regatear en una tienda benéfica...

—Es usted una negociadora muy dura... —El chico soltó otro suspiro cuando rozó con los dedos las dos últimas monedas que le quedaban—. Sesenta peniques, entonces.

—Cinco libras. Toda la recaudación se destina a ayudar a niños desfavorecidos.

—Yo soy un niño desfavorecido... Así que, ¿por qué no me llevo esto sin más —dijo al tiempo que volvía a quitarle el jersey— y se ahorra la molestia de hacer la transacción?

La mujer cogió el jersey y tiró de él sin esperarse que Julian lo mantuviera agarrado. La tela se rasgó y la dependienta se quedó con una manga de lana deshilachada en la mano.

—Vaya, y ¿qué me dice de eso? —dijo Julian impertérrito—. Me alegro de no haberme gastado cinco libras en ese jersey...

—¡Fuera! —siseó la mujer al tiempo que señalaba la puerta—. Y ni se te ocurra volver por aquí.

—No podemos hacerlo solos —aseguró Julian tras encontrar a Harlan sentado en un callejón cercano a la estación un poco más tarde—. Tenemos que mantenernos unidos. Hacerse con ese dinero resultó fácil. Para serte sincero..., ni siquiera lo robé, ¡lo encontré en un asiento! No estoy más hecho para esto que tú, Harlan.

El chico se encogió de hombros y le dio un sorbo a su taza de café.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada... Quiero que escuches mi oferta. Los dos trabajaremos juntos. Ahora que esa mocosa se ha marchado será mucho más sencillo. Tres son multitud, como suele decirse. No tendremos ningún lastre.

—¿Qué ha pasado con lo de valerse por uno mismo? Si no recuerdo mal, ese era tu lema hasta que Elsa te quitó el dinero.

—Vale, puede que no sea tan fácil como creía —admitió Julian a regañadientes—. Pero la verdad es, Harlan, que siempre he creído que eras el más sensato del grupo... Ya sé que no es decir mucho, pero aun así...

Su compañero lo observó con suspicacia.

—Intentemos resolver todo este asunto —concluyó Julian—. Tú y yo. Juntos.

Ahora.

Harlan no dijo nada y continuó disfrutando de la desesperación que inundaba el rostro del muchacho.

—Adiós, Julian. —Se puso en pie y se alejó de él.

Julian sacó el ibis del interior de su abrigo y echó a correr tras él.

—¿Soy el único que tiene alguna oportunidad de sobrevivir a esto y tú me rechazas?

—Me venderías en cuanto te resultara conveniente —repuso Harlan sin volver la vista hacia él—. Ya he pasado por eso, ya lo has hecho.

Ciego de rabia, Julian apuntó al chico con el arma y apretó el gatillo. La descarga pasó silbando junto a Harlan, que se libró del impacto por escasos centímetros. Este se volvió y, al ver a Julian con el arma alzada, se llevó la mano a la suya.

El muchacho disparó otra descarga y Harlan echó a correr hacia la siguiente calle, rodeó unos cuantos coches aparcados y se escondió tras una furgoneta blanca.

—¡No tienes ni idea! —gritó Julian—. Si no fuera por mí, todos seguiríais allí, ¡pudriéndoos en aquella cárcel!

Cuando se acercó a la furgoneta, Harlan salió a hurtadillas a su espalda. Le apuntó con su ibis a una mano y disparó. Julian gritó y el brazo se le quedó automáticamente paralizado. Su ibis cayó a cierta distancia de él sobre la acera.

El arma se abrió y quedó dividida en dos partes.

Julian exhaló un suspiro.

—¡Lo has roto! —gritó, y se acercó al ibis para intentar recoger los fragmentos con la otra mano.

—¡Me estabas disparando, idiota! —jadeó Harlan—. ¿Qué esperabas que hiciera?

Julian intentaba desesperadamente volver a ensamblar el arma.

Harlan se agachó y atrajo las dos mitades del ibis hacia sí.

—No está roto, ¿ves? Solo hay que encajar las piezas.

Resollando, Julian le dedicó una mirada de agradecimiento.

—¿Sabes? Podría acabar contigo ahora mismo, Julian —lo amenazó Harlan—. Has tenido suerte de que no hubiera nadie cerca, o probablemente ahora estaríamos viendo el interior de una celda de verdad.

—Ya sabes que mis promesas no valen nada —contestó el muchacho—, pero la próxima vez pensaré antes de disparar. ¿Contento?

Harlan masculló algo para sí. Colocó las dos partes del ibis una frente a la otra y estaba a punto de volver a encajarlas cuando algo le llamó la atención.

—Mira esto —dijo al tiempo que pasaba los dedos por el compartimento interior. Sobre el plástico, había unas letras en relieve—. Un nombre.

—El fabricante —señaló Julian—. Tal vez podamos rastrearlo. —Le arrebató el ibis a Harlan y lo levantó hacia el cielo—. Parece que pone SIGIL...

El otro chico recuperó el arma y examinó la palabra.

—Podría ser una buena pista —insistió Julian—. Si SIGIL está suministrando armas a un complot, eso debe de querer decir que están involucrados. Ahora solo tenemos que investigar un poco sobre ellos...

—¿Tenemos? Después de todo lo que te he dicho, ¿sigues creyendo que quiero tener algo que ver contigo?

Julian lo miró con expresión imperturbable.

—Hay algo que espero de ti desde hace tiempo —prosiguió Harlan—. Y, antes de plantearme acceder a tu petición, voy a necesitar que lo hagas.

Su compañero permaneció inalterable.

—Sabes que no me queda dinero...

Harlan negó con la cabeza.

—Y no voy a dejar que te quedes con mi ibis —aseguró Julian al tiempo que se llevaba el arma al pecho en actitud defensiva.

—No quiero tu ibis, ya tengo el mío. Quiero una disculpa.

—Ah. —Julian lo meditó durante un segundo—. Entonces supongo que lo siento. Y ahora ¿podemos ir ya a buscarlos?

24

Elsa bajó del tren y corrió por el andén tan rápido como pudo.

Tenía la sensación de que el viaje había durado una eternidad: mucho escabullirse, saltar tornos de entrada y esconderse. Se había perdido unas cuantas veces al intentar desentrañar la maraña de trenes, y en un momento dado creyó que casi había acabado de vuelta en Escocia y tuvo que pasar la noche en una estación porque había perdido el último tren. Conteniendo las lágrimas de frustración, a la mañana siguiente recibió la ayuda de un anciano preocupado que pensó que tal vez se hubiera perdido y se ofreció a llevarla a la comisaría más cercana. Aún recelosa hacia cualquier tipo de autoridad, Elsa rechazó educadamente su ofrecimiento y se marchó.

Al fin dio con su tren. Demasiado emocionada como para dormir, siguió con la mirada el paisaje que se deslizaba ante sus ojos, ansiosa por ver alguna señal — cualquiera — de que se aproximaba a casa.

A pesar de lo que era probable que Harlan pensara, la niña no había planeado marcharse tan de repente. Tal vez si hubieran encontrado a los demás se habría quedado. Pero, estando los dos solos y con apenas dinero suficiente para sobrevivir unos cuantos días más, a lo que había que sumar la creciente sospecha de que estaban bajo vigilancia, Elsa sintió que no tenía alternativa.

Su único pesar era no haber tenido la oportunidad de despedirse. De despedirse como era debido.

Una vez hubo salido de la estación, siguió corriendo, con el viento azotándole el rostro, sobre los baches de la acera. Cruzó la calle a toda prisa sin esperar siquiera a que los semáforos le cedieran el paso y atravesó el parque pisando el césped e ignorando los ladridos de los perros.

Elsa se agachó, tosiendo y con el pecho y los pulmones ardiendo. Más arriba, al final de la calle, veía su casa.

«¡Lo he conseguido! Lo he conseguido de verdad. Y ni rastro de secuestradores por ningún sitio».

Satisfecha por haber demostrado que Harlan y los demás se equivocaban, la niña se irguió y comenzó a trotar de nuevo imaginando cuál sería la reacción de su padre, su madre y su hermano Simon y qué iba a decirles. Lo más probable era que pensasen que se había vuelto loca, pero estaba segura de que los convencería. Al menos en algún momento.

Se detuvo ante un semáforo, aturdida por la emoción, y un coche frenó con estrépito justo delante de ella.

—¡Eh! —gritó Elsa dando un salto atrás—. ¡Casi me atropellas!

Antes de que pudiera dar otro paso, una mano salió por la puerta, la agarró por el brazo y tiró de ella hacia el interior del vehículo.

25

Jes estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas mientras Henry hurgaba en una bolsa en una esquina de la habitación. Al cabo de unos segundos, sacó una vela.

—Tal vez deberíamos esperar a Ryan —dijo Henry.

—Yo no malgastaría el tiempo —repuso Jes—. No se lo cree.

—Ya cambiaré de opinión. —Sin más, Henry levantó la vela y encendió el mechero hasta que la llama prendió—. ¿Y tú?

—Todavía no lo tengo claro —contestó la chica con la mirada fija en la llama titilante—. Pero quiero creérmelo. ¿Quién no querría?

Henry depositó la vela delante de ella. Ryan se acercó a la puerta y asomó la cabeza para observarla. Jes respiró hondo y permaneció sentada en silencio durante unos cuantos minutos. Abrió los ojos.

—No sucede nada —dijo con un suspiro—. No puedo apagar la llama.

—Si te resulta complicado mantener la concentración, puedes utilizar un ancla.

—¿Qué es eso?

—Cualquier cosa... Un objeto, o incluso una palabra, un ruido..., una imagen. Normalmente funciona mejor si escoges algo significativo para ti.

Jes volvió a cerrar los ojos y comenzó a murmurar una palabra en voz muy baja. Ryan se asomó un poco más con la esperanza de que fuera su nombre el que repetía. Por desgracia sonaba más a «Alyn».

—Tengo que hacer una llamada de teléfono —anunció Henry de camino a la puerta—. Sigue practicando.

Ryan se apartó y se escondió en el pasillo oscuro que había tras la esquina. Desde allí vio a Henry dirigirse al final del túnel y colocarse junto a la escalera. Lo observó mientras se sacaba el móvil del bolsillo.

—Charlie —dijo el hombre en un susurro—. ¿Estás de camino?

Ryan se inclinó hacia delante esforzándose por oír sus palabras.

—Tienes que llevarlos al cuartel general de la ciudad —prosiguió Henry—. Ryan muestra cierto potencial, pero la Habilidad de Jes es muy débil. Ambos tienen mucho que aprender. No va a gustarles, pero no dejes que se vayan. Da igual lo que te digan.

«¿No dejes que se vayan?». Ryan regresó a toda prisa a la habitación donde Jes seguía practicando.

La chica ahogó un grito.

—¡Ryan! Me has asustado.

—Eh —susurró el chico—. Acabo de oír a Henry hablando ahí fuera. Eso del Gremio no es lo que pensamos.

—¿Qué?

—No se fían de dejarnos solos. Van a llevarnos a su cuartel general y a retenernos allí.

—¿Creen que terminaremos por hacer que nos cojan? —preguntó Jes como si quisiera confirmar lo que su amigo había oído.

—Sí. Le he oído decir que no dejen que nos marchemos bajo ninguna circunstancia. Nosotros no nos apuntamos a eso. Es decir, ¿qué pasa con los demás? ¿Y con el Compromiso? No podemos quedarnos de brazos cruzados.

El ruido de los pasos de Henry hizo que Ryan bajara la voz.

—¡Estoy harto de estar preso! —exclamó—. Voto por que nos larguemos y nos olvidemos de todo ese rollo del Gremio. ¿Qué me dices?

26

—Siéntese —dijo Stephen Nover cuando Susannah abrió con cautela la puerta de su despacho.

Un gigantesco retrato del joven sonrió a la señorita Dion desde la pared y pareció seguirla mientras se acercaba al escritorio.

—Siento llegar tarde —se disculpó—. El helicóptero no podía despegar hasta que amainase la tormenta de nieve.

Stephen la ignoró e hizo girar su silla hacia un lado.

—Parece que se lo han pasado muy bien con toda esa acción ahí arriba.

Metió la mano en el cajón de su escritorio y sacó una máscara de zorro con los dientes afilados. Se la colocó sobre la cara y observó a Susannah.

—Es para el baile de disfraces —explicó—. Un estúpido rollo benéfico que hay dentro de unos días.

—Es realista —comentó ella, que parecía un poco incómoda—, muy realista.

—¡Porque es de verdad, claro! —Soltó una risita y le lanzó la máscara a la mujer. Aterrizó boca arriba sobre su regazo—. Me la consiguió papá cuando fue de caza. Le pedí al taxidermista que le diera un aspecto lo más fiero posible.

Susannah acarició la piel con un dedo angustiado.

Stephen se reclinó contra el respaldo de su asiento.

—¿Qué? ¿No le gusta?

—Me gustan bastante los zorros —contestó ella.

—Ah. Pues, en ese caso, póngasela.

—Yo... preferiría no hacerlo, si no le importa. —Cogió la máscara con el índice y el pulgar y la dejó sobre el escritorio.

Stephen dibujó una expresión juguetona en su rostro.

—No voy a repetírselo de nuevo, señorita Dion. —Agarró la máscara y se la puso delante—. Póngasela.

Reacia, Susannah estiró la mano para cogerla. Cuando acercó los dedos, Nover soltó un ladrido estrepitoso.

La mujer dio un respingo y Stephen echó la cabeza hacia atrás, muerto de risa.

—¡Vaya cara que ha puesto! —dijo—. ¡Todo un poema!

—¿Ha habido algún progreso en la búsqueda de los presos? —preguntó Susannah, deseosa de cambiar el tema de conversación, cuando el joven volvió a dejar la máscara de cara a ella sobre el escritorio.

—Todavía no. Pero nuestros hombres se están acercando. —Stephen sonrió—. Ya no tardarán en tener algo, o a alguien, que mostrarnos.

Dion soltó el aire que había estado conteniendo.

—Gracias a Dios.

—Hum. Sí, pero, de todas formas, lo que quería era comentarle una cosa... sobre nuestro acuerdo respecto a la empresa de Felix.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que aumente el número de mensajes subliminales. Quiero diez fotogramas que muestren la caída del valor de su empresa por clase.

La mujer reflexionó.

—Diez fotogramas son muchos —señaló—. No creo que lo entienda, pero utilizar tanto la Habilidad para manipular la realidad tiene consecuencias para los niños...

—Lo entiendo perfectamente —la interrumpió Stephen. Ni siquiera parpadeaba—. Les provoca dolores de cabeza. Los deja exhaustos. Los debilita. ¡Tonterías! Al contrario que algunos de nosotros, esos mocosos no han pegado palo al agua en toda su vida. Aumente la frecuencia, señorita Dion. Hágalo de inmediato. Enseguida. ¡Tengo que superar a Felix lo antes posible!

Susannah suspiró.

—Es que no estoy segura de que sea una buena idea...

Stephen se colocó la máscara frente a la cara.

—Obedezca, señorita Dion —dijo con un rugido fingido—. ¡Hágalo o me la comeré mientras duermo!

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó hastiada.

—¡Una semana! —contestó Stephen—. Ahora vaya a la azotea. El helicóptero la estará esperando para llevarla de vuelta a la prisión.

—Sí, señor. —Susannah se puso en pie—. ¿Qué hay de mi bonificación, señor Nover? —añadió titubeante.

—Asegúrese de que la fortuna de Felix se tambalea y recibirá su gratificación. Chao.

La mujer asintió y salió del despacho a toda velocidad.

Stephen soltó un gritito de alegría y cogió la máscara. Metió los dedos a través de los agujeros de los ojos y los movió como si fueran dos gusanos retorciéndose.

27

—SIGIL es una empresa tecnológica británica dedicada a la investigación puntera —leyó Harlan en la pantalla del ordenador de la desierta cafetería con conexión a Internet—. Es una de las numerosas empresas pertenecientes a Stephen Nover...

—Vaya, ¡cualquiera menos él! —protestó Julian entre dientes, y se cruzó de brazos.

Harlan lo miró.

—¿Lo conoces?

«¿Conocerlo? —pensó Julian—. Apenas puede abrirse un periódico sin que aparezca su cara de chulo».

—La prensa le hace mucho la pelota —contestó malhumorado—. No parecen cansarse jamás de repetirnos lo maravilloso que es. Incluso tiene un ejército de admiradores militantes. Se autodenominan «Noveradictos». —El chico puso los ojos en blanco.

Harlan volvió a la pantalla.

—Pareces celoso.

Julian le lanzó una mirada asesina.

—No estoy celoso, Harlan. Pero tampoco sorprendido. Es el tipo de persona que, si tuviera la oportunidad, vendería a su propia abuela.

—Le dijo el cazo a la sartén —le espetó Harlan mirándolo por el rabillo del ojo.

—Venga, sigue de una vez —dijo Julian al tiempo que hacía un gesto con la cabeza en dirección al ordenador.

Su compañero hizo clic sobre el nombre de Stephen y siguió el vínculo hasta una página biográfica.

—Stephen Nover es un magnate empresarial, emprendedor, personalidad televisiva, embajador y filántropo inglés...

En el lado derecho había una fotografía de un Stephen muy sonriente de pie frente a un hospital y rodeado por una multitud de niños agradecidos. Un cheque caricaturescamente grande descansaba sobre sus manos.

Harlan se encogió de hombros.

—Parece un buen tipo. Échale un vistazo a la lista de cosas benéficas que ha hecho a lo largo de los años. ¿Crees que es posible que nos hayamos equivocado de tío o...?

—O tiene algo que ocultar. El nombre de la empresa de Stephen está en el ibis. Nunca he visto un ibis ni los he oído mencionar fuera de la prisión. En lo que a mí respecta, eso lo convierte en culpable. —«Y nos sitúa un paso por delante».

Con cierto sentimiento de autocomplacencia, Julian se recostó en su asiento y colocó las manos detrás de la nuca.

—Julian, recuerda por qué vamos tras él, ¿de acuerdo? —le advirtió Harlan—. No quiero que lo conviertas en una cuestión personal porque ese tío te caiga mal.

—Prometido —repuso Julian con los dedos cruzados detrás de la cabeza.

—Y, esté involucrado o no, seguimos teniendo un problema —prosiguió

Harlan—: ¿cómo damos con el paradero del segundo hombre más rico del país?

—No damos con su paradero. —Respondió Julian al tiempo que se apartaba de la mesa—. Lo hacemos salir a la luz. Y yo sé cómo.

28

—Deja que me marche —suplicó Elsa mientras trataba de liberarse—. Por favor... Mi casa está justo ahí, ¡justo ahí!

La joven que ocupaba el asiento del pasajero miró al hombre que tenía al lado y luego volvió a centrarse en la carretera. Cogió una lista —Elsa distinguió la palabra «Presos» escrita al principio— y pasó un par de páginas.

—¿Quién más escapó contigo?

—No voy a decir nada —sollozó la niña—. ¡No podéis obligarme a decir nada! —Apoyó la cara contra la ventanilla. «Si me hubiera quedado con Harlan esto no habría ocurrido»—. No podéis obligarme a volver a la cárcel. No podéis...

La chica la hizo callar con una mirada intensa.

—No vamos a llevarte de vuelta a la prisión.

Elsa contuvo el aliento y levantó la cara.

—¿Quieres decir que no sois ellos?

—No somos ellos. Somos personas como tú. Me llamo Pyra. Este es Anton.

A Elsa le palpitaba la cabeza. Restregó la cara contra el asiento.

—Entonces, ¿adónde me lleváis? ¿Por qué acabáis de meterme en el coche a la fuerza? ¿No podríais... habérmelo pedido sin más?

—Según nuestra experiencia, eso no termina de funcionar —intervino Anton.

—¿Por qué no me explicáis nada? ¿Quiénes sois?

—Tenemos una manera de hacer las cosas —continuó él—. Vamos a contarte cosas que pondrán completamente patas arriba tu sentido de la realidad. Tendrás que estar preparada, y no queremos sobrecargarte de información. —Se dio unos golpecitos con el dedo en la sien.

Elsa se asomó entre los dos asientos delanteros.

—¿Queréis saber una cosa? Mi sentido de la realidad ya está patas arriba. Lo está desde que me metieron en ese estúpido lugar.

—Y ese es el motivo por el que tenemos que cogerte ahora, para protegerte —dijo Pyra—. A ti y a los demás, a cuantos más mejor.

Elsa reflexionó durante unos segundos y luego comenzó a hablar.

—Está Harlan, que ha estado cuidando de mí. Y Julian. Al principio lo odiaréis, tiene ese efecto sobre la gente, pero en realidad no está mal. Jes y Ryan siguen en el bosque; no sé si siguen vivos. Y luego está Alyn. Nadie sabe qué ha sido de él.

—Alyn está bien —dijo Pyra.

—¿Significa eso que lo has visto? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Íbamos a llevarlo a nuestra base, pero se escapó. No sabemos dónde está ahora.

Elsa resopló con fuerza y se dejó caer contra el asiento trasero del coche.

—Hay un lugar adonde podemos ir de momento —continuó Pyra—. Un lugar seguro.

—Espera, ¿eso quiere decir que ahora mismo no estamos a salvo?

Anton la miró a los ojos a través del espejo retrovisor.

—No, no lo estás. Y por eso tenemos que encontrar a tus amigos lo antes posible. Porque las personas de las que intentamos protegeros ya están aquí. Ya os están buscando.

Alyn esperó hasta que oscureció y regresó hasta donde podía ver la Columna alzándose por encima de los demás rascacielos.

«Si Felix se toma la molestia de aparecer en algún momento, ¿quién dice que no va a soltarme otra sarta de mentiras?», se preguntó sin terminar de decidir si debía atender o no la petición del multimillonario.

Al final se sentó en un banco de cara al río, medio esperando que en cualquier instante saliera de entre las sombras un puñado de hombres armados dirigiéndose hacia él. En varias ocasiones se planteó olvidarse de la cita y huir lo más lejos posible. Pero entonces nunca llegaría a saber. «Si Felix quisiera volver a encerrarme en la cárcel, lo habría hecho ya», pensó mientras desdoblaba la nota.

De su boca brotaban guirnaldas de aire. Con los dedos agarrotados, buscó torpemente la cremallera de la cazadora y se la subió hasta el cuello.

—Me recuerda a la noche en que nos conocimos —anunció una voz a su espalda.

Felix sonrió y se sentó en el banco a su lado. Se subió las gafas de montura dorada hacia el puente de la nariz y se aflojó el pañuelo que llevaba bajo el abrigo.

«Más te vale decir algo», bufó Alyn para sí al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

—Lo siento, Alyn —se disculpó el empresario al final.

El chico se puso de pie.

—Lo siento... ¿Cree que basta con eso? ¿Cree que esas palabras significan algo después de todo lo que nos ha hecho pasar? ¿Cree que puede limitarse a decir que lo siento?

Felix apoyó una mano en el banco y también se levantó.

—Estoy seguro de que tienes muchas preguntas.

—Para empezar, ¿por qué nos secuestró y nos metió en ese... sitio? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?

—Os llevamos contra vuestra voluntad —admitió Felix—. Mentimos, sí. Os engañamos. Pero no había otro modo de hacerlo. Teníamos que reuniros a todos. Teníamos que destrozarnos...

—¿Por qué?

Felix respiró hondo. Se pasó rápidamente una mano por el pelo blanco.

—Puse en marcha mi propia empresa antes de llegar a los cuarenta. Al principio las cosas no funcionaron muy bien. Supongo que tenía un éxito moderado, pero... —Se quitó las gafas y jugueteó con las patillas—. Pero yo quería más. Llámalo ambición, avaricia, no lo sé. Gracias a una serie de circunstancias fortuitas, me pusieron en contacto con un par de investigadores. Psicólogos. Estaban investigando la suerte, o, mejor dicho, a las personas más afortunadas que pudieron encontrar.

—No veo adónde lleva todo eso —le espetó Alyn con impaciencia.

Felix lo ignoró.

—Mientras procedían con el estudio de aquella gente, de aquellas personas casi sobrenaturalmente afortunadas, descubrieron algo: que aquellos sujetos eran capaces de cambiar las cosas. La realidad. Y muchas veces ni siquiera sabían que lo estaban haciendo.

—Eran capaces de cambiar la realidad —repitió Alyn—. ¿De verdad acaba de decir eso?

—Sí.

—¿Como si tuvieran superpoderes?

Felix lo meditó durante unos instantes.

—No, en realidad no. Es algo un poco más sutil. Entiendo tu escepticismo, Alyn. Yo también me mostré escéptico..., como le ocurriría a todo el mundo.

Felix se frotó la frente.

—Era la única persona del mundo que conocía aquella Habilidad, exceptuando a la pareja que la había descubierto. Después de negociarlo, llegamos a un acuerdo, y yo... Yo contraté a cinco de aquellos sujetos dotados de la Habilidad para que trabajaran en mi empresa. Diseñamos un método muy básico, tal vez un poco tosco, para conseguir que alteraran la realidad de forma inconsciente. Para que inclinasen la balanza a mi favor sin saberlo.

—Así es como se hizo tan rico —murmuró Alyn.

El hombre asintió.

—Esa estrategia tiene ciertos límites. No hace milagros ni subvierte las leyes de la física. Ayuda a que la suerte esté de nuestro lado; llama al destino con un dedo juguetón.

—¿Y eso es lo que ha estado haciendo? —preguntó Alyn al tiempo que se pasaba los dedos por el pelo—. Nos ha estado utilizando. Manipulándonos. Insertaban imágenes en los vídeos... para que la gente no las viera conscientemente. ¡Para hacerse más rico!

—No era para hacerme más rico... —Hizo un gesto que pretendía abarcar todo lo que lo rodeaba—, sino por el bien de todo. Por el bien común. Hemos visto el resultado. Funciona, Alyn. ¡Funciona de verdad! Estamos cambiando el mundo. Vosotros estáis cambiando el mundo, y si no fuera por eso el país ya estaría en la ruina. El año pasado por esta época, uno de nuestros bancos más importantes estaba al borde del colapso, cosa que habría destrozado nuestra ya frágil economía. Usando vuestra Habilidad, que ya habíamos dirigido, pudimos influir sobre varios actores fundamentales para que mantuvieran su dinero invertido. Ahora ese banco ya está casi recuperado. Hemos conseguido frustrar intentos de asesinato contra políticos..., balas que han errado el blanco, bombas que no han detonado. En uno de nuestros territorios ultramarinos estuvo a punto de estallar una guerra, pero os utilizamos a todos para propiciar la paz. Lo que podría haber sido una masacre terminó al cabo de cuarenta y cinco minutos sin apenas víctimas. La inquietud está comenzando a remitir. Las cosas están mejorando, Alyn. Aún no están bien del todo, pero dos años... Ese será el tiempo que necesitaremos. Y entonces entraremos en una nueva era, una era de paz y prosperidad, y será todo gracias a ti y al resto de los niños que siguen allí.

«Se lo cree de verdad —pensó Alyn al tiempo que daba un paso atrás—. Parece el líder de una secta de locos...».

—¿Por qué tenían que hacernos pasar por todo eso: secuestrarnos, mentirnos? —Alyn había comenzado a levantar la voz.

—¡Era por el bien común! —se justificó Felix.

—Hay casi cien niños muertos de miedo encerrados en ese sitio. ¡Se han tragado hasta la última palabra de lo que les han dicho! ¿Qué pasa con ellos? ¿Qué hay de sus padres? Han causado mucho sufrimiento...

—¿De qué otra forma podría haberse hecho, Alyn? ¿Llamamos a la puerta y les pedimos permiso a vuestros padres para llevaros con nosotros? Tenía que hacerse en secreto. Todas esas mentiras eran necesarias para manteneros a raya. Y, por lo general, parecía funcionar... Tú y el resto de esos críos habéis salvado cientos de miles de vidas.

Alyn dirigió una mirada vacía hacia los edificios relucientes que los rodeaban.

—Existe otro grupo, el Gremio, como se autodenominan, que opera en las sombras con un objetivo mucho más oscuro. El Compromiso está intentando instaurar el orden y la armonía..., convertir el país, el mundo, en un lugar mejor. Pero el Gremio ha estado tratando de atacarnos y ponernos trabas a cada paso. Por eso te necesitamos de nuestro lado, Alyn. Por eso os necesitamos a todos.

—¿Por qué está aquí...? ¿Por qué me está contando todo esto?

—La noche en que te secuestramos, vi a tu padre... Vi cómo te trataba. Sentí muchísima pena por ti. Mi ex mujer y yo nunca pudimos tener hijos. No tengo sucesor, no tengo heredero. Lo que quiero es un aprendiz. Y uno que contara con tus talentos sería extremadamente alentador.

Felix señaló hacia un rascacielos cercano con vistas al Támesis.

—¿Ves ese ático, Alyn? ¿Justo el de ahí arriba?

El chico se protegió los ojos con la mano y asintió.

—Di que sí, Alyn, y es tuyo. El apartamento, un sueldo excelente, prestigio.

Nunca volverás a necesitar ni desear nada. Di sí y es todo tuyo.

30

Ryan le hizo un gesto a Jes para que saliera de la habitación tras él.

Temblando, los dos recorrieron el pasillo de puntillas y rodeando los charcos con cuidado.

Jes superó una de las zonas cubiertas de agua y se agarró a la escalera. La trampilla ya estaba medio levantada.

«Será mejor que nos demos prisa. Probablemente no tenga intención de pasar fuera mucho tiempo», pensó Ryan.

Siguió a su amiga y esperó a que ella comenzara a subir. Una vez arriba, Jes se alzó hasta la superficie nevada y se quedó tumbada sujetándose el costado.

Ryan apareció unos segundos después y reptó hasta ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

La chica asintió y se incorporó lentamente.

Ryan se agachó y volvió a colocar la trampilla sobre el agujero.

«Adiós a ese tío y sus estúpidos trucos de magia», se dijo.

Cuando volvió a darse la vuelta, Jes estaba rebuscando algo entre la nieve. Cogió una piedra dentada del tamaño de una pelota de tenis y le quitó la nieve con las yemas de los dedos.

—¿Para qué es eso?

—Por si nos metemos en algún lío —contestó la chica con frialdad.

Ryan se sintió un poco incómodo al oír tal respuesta. No dijo nada y empezó

a avanzar entre los árboles. La nieve revoloteó ante sus ojos cuando se levantó el viento. Tras él, las pisadas de Jes crujían y chirriaban sobre el manto blanco.

—¿Conoces el camino, Ryan? —le preguntó en voz alta.

—Esta es la única dirección hacia la que no he ido antes.

Se sacó el ibis del bolsillo. Allí estaban expuestos, eran vulnerables, y un encontronazo con los guardias no terminaría bien. «Tal vez Henry tuviera algo de razón».

Caminaron juntos durante aproximadamente otros cien metros, y entonces Ryan divisó un uniforme negro que le resultaba familiar.

El chico levantó el ibis sujetándolo con las dos manos y cerró un ojo. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando detectó a un segundo guardia, y luego a un tercero.

—Deberíamos echar a correr —dijo Jes a su espalda al tiempo que bajaba la piedra.

Agarró a Ryan del brazo y se dio la vuelta, solo para encontrarse a un guardia de pie justo detrás de ellos. El hombre levantó su ibis, pero Ryan disparó primero. El guardia salió despedido de espaldas contra un árbol.

—¡Ahí están! —gritó uno de los hombres a lo lejos.

«Estamos atrapados —pensó Ryan—. No lo conseguiremos».

—¡Por aquí! —ordenó Jes, y se esforzó cuanto pudo por correr. Se llevó la mano al costado y dejó escapar un grito.

—Métete detrás de ese árbol —siseó Ryan.

El muchacho se arrodilló y, sujetándose la mano, disparó. No dio en el blanco. Uno de los guardias detonó su propia arma y Ryan apenas pudo apartarse de la trayectoria de la descarga.

Se puso en pie con dificultad y se dirigió a toda prisa hacia el escondite de Jes.

—Son demasiados —jadeó. Le entregó el ibis a Jes—. Yo intentaré detenerlos. Tú vuelve al túnel, trae a Henry.

—No es necesario —dijo Henry, que apareció tras ellos con expresión decepcionada—. Por esto os dije a los dos que no os movierais de donde estabais.

—Oye, lo sentimos mucho —dijo Ryan, que no paraba de lanzar miradas ansiosas hacia los guardias desde detrás del tronco.

Henry lo ignoró y señaló entre los árboles.

—Caminad tres kilómetros hacia el este y veréis que pronto llega un coche. Será uno de los míos.

—No vamos a dejarte aquí —dijo Jes—. ¡Esto es culpa nuestra! Nos quedaremos y peharemos...

—¿Con qué? ¿Con esa piedra? —la interrumpió Henry—. Nos superan en número. Tenéis que alejaros de aquí cuanto os sea posible.

—Pero ¿qué pasa con...?

—Me he visto en peores circunstancias —dijo Henry, e intentó sonreír.

—Vamos. —Ryan tiró de Jes hacia sí. Miró a Henry y le dedicó un breve gesto de asentimiento a modo de despedida.

Los dos chicos echaron a correr entre los árboles sin mirar atrás. Tan solo se estremecieron al oír un solitario disparo de ibis y el ruido de algo pesado que caía suavemente sobre la nieve en polvo.

31

—Ya hemos llegado —dijo Pyra cuando abrió la portezuela del coche.

—¿Este es vuestro cuartel general? —Elsa bajó de un salto y giró el cuello hacia el ruinoso bloque de pisos que se alzaba ante ella. «Tiene pinta de ser un sitio

por el que nadie debería pasear solo», pensó mientras contemplaba la masa de cables enredados y las mugrientas antenas parabólicas, algunas de las cuales parecían aplastadas por la vergüenza. Una pandilla de chicos adolescentes permanecía silenciosamente sentada sobre sus bicis en un parque desierto situado a no mucha distancia de los pisos. A espaldas de Elsa se extendía una carretera concurrida y varias oficinas impersonales desperdigadas tras ella.

—¿Vienes o qué? —preguntó Pyra ya junto a la puerta.

La niña asintió y echó a correr hacia ella. «Casa Hermes», leyó en el maltrecho cartel que había sobre la puerta.

Pyra tecleó un código en una caja de metal gris que había en la pared. Se oyó un zumbido y la puerta enrejada se abrió con cierto estrépito.

—¡Uf! ¿A qué huele? —preguntó Elsa con un mohín.

Los restos de basura flotaban sin rumbo fijo en la entrada, azotados por la corriente. La muchacha se apresuró a entrar tras Pyra y Anton en el minúsculo ascensor situado en el centro de una escalera de caracol. En uno de los paneles de metal habían garabateado unos cuantos grafitos y el suelo estaba lleno de huellas enfangadas.

—Este ascensor es seguro, ¿verdad? —preguntó Elsa, que se aferró al pasamanos cuando comenzó a subir.

Anton se encogió de hombros.

—Yo solo me he quedado encerrado una o dos veces.

La niña abrió los ojos de par en par.

—Era una broma —añadió él con una gran sonrisa.

El ascensor pronto llegó a su destino y se detuvo con dolorosa lentitud. Elsa soltó un suspiro de alivio cuando las puertas se abrieron, y luego se quedó petrificada. Estaba en el piso más alto de lo que, a primera vista, parecía un palacio.

Unas enormes columnas de piedra se alzaban desde el suelo enlosado con una gigantesca estrella de ocho puntas. Elsa la siguió con la mirada hasta una fila

de ventanas que ofrecían una vista maravillosa sobre las calles y las casas situadas más abajo. Sobre su cabeza, el techo de casetones era de color crema, y al otro lado de la habitación había un siniestro conjunto de puertas de roble vigilado por dos estatuas a cada lado.

—¡Vaya! —exclamó Elsa. Rodeó una de las columnas hasta llegar a una gran mesa circular cubierta de trozos de papel y fotografías—. Esto es superguay. ¿Cómo conseguís mantener escondido algo así?

Pyra se acercó a la ventana.

—Ya has visto qué aspecto tiene desde fuera. A nadie se le ocurriría mirar aquí dentro.

Elsa se puso de puntillas junto a la ventana.

—¡Así que las antenas parabólicas son falsas y todo! ¡Ja! ¿Y todo este edificio es vuestro?

—Sí, es nuestro —contestó Pyra.

Cuando Elsa estaba a punto de embarcarse en un segundo examen de la habitación, apareció un hombre calvo de poco más de cuarenta años. Tenía el rostro surcado de profundas arrugas y llevaba una camisa negra de manga larga.

—Tú debes de ser Elsa —dijo—. Eras uno de los prisioneros.

—Sí —confirmó Elsa sin dejar de mirar a su alrededor—. ¿Por qué sabes cómo me llamo?

—Yo soy Luthan. Estoy al frente mientras nuestro líder, Henry, está atendiendo otros asuntos —continuó él ignorando su pregunta.

—Entonces, ¿a qué os dedicáis aquí?

—Encontramos a personas como tú —respondió Luthan—. Las entrenamos.

—¿Las entrenáis para qué?

El hombre sonrió.

—Para utilizar el don que tú y todos los demás poseéis. Lo llamamos la Habilidad.

—¡Qué guay! Y ¿cuándo vais a entrenarme a mí?

—Eso depende de si estás lista o no —contestó Luthan—. Pero ahora mismo debes de estar cansada, Elsa —prosiguió—. Te enseñaré tu habitación.

—¿Mi habitación? Espera, ¿eso quiere decir que voy a quedarme aquí?

—Hay gente buscándoos a ti y al resto de tus amigos. ¿De verdad crees que correrían el riesgo de teneros a todos correteando por ahí en libertad? No van a parar hasta que os localicen a todos. Y, si Pyra y Anton fueron capaces de dar contigo tan fácilmente..., esas personas no andarán muy lejos.

«Tengo que encontrar a los demás», pensó Elsa repentinamente preocupada.

—¿Puedo irme a casa?

Luthan negó con la cabeza.

—No sería seguro que te marcharas a casa. Tenemos que retenerte aquí para protegerte.

—¿Entonces vosotros sois los buenos?

—«Buenos» es una palabra curiosa, Elsa —dijo Luthan—. Tu habitación está por aquí. —Hizo un gesto para que lo siguiera.

Elsa franqueó tras él las puertas de roble, que desembocaban en un pasillo adyacente. Un par de hombres y una mujer con el pelo corto y rubio interrumpieron rápidamente su conversación y los observaron pasar ante ellos.

—No parecen muy simpáticos —dijo Elsa al tiempo que tiraba de la manga de Luthan.

—Os han secuestrado y mantenido prisioneros a todos. Probablemente no sepan qué decir.

Elsa volvió la cabeza para mirar al grupo por encima del hombro.

—No te preocupes —la tranquilizó Luthan—. Me aseguraré de que luego os presenten como es debido.

—¿Cuántos sois aquí? —quiso saber la niña.

—Somos doce. Con un poco de suerte más, si conseguimos encontrar a tus amigos. Mira, tu habitación está justo aquí...

Elsa comenzó a abrir la puerta más cercana, pero se la encontró cerrada con llave.

—Ahí no —dijo Luthan rápidamente—. Apártate de ahí, por favor.

Atraída por la puerta, Elsa se quedó quieta y la escudriñó durante unos segundos.

—¿Qué hay ahí dentro?

Luthan la apartó con delicadeza.

—Puedes entrar en cualquier habitación excepto en esa, Elsa.

—Daños estructurales —dijo Pyra a sus espaldas—. No querrás que se te caiga el techo en la cabeza, ¿verdad?

Elsa sacudió vigorosamente la cabeza de un lado a otro.

Luthan se acercó a otra habitación y le abrió la puerta para que entrara.

—¡Adentro! —exclamó.

Elsa obedeció. Excepto por dos camas y un escritorio situado en una esquina, la habitación estaba desnuda. Había una pila de ropa doblada sobre una de las camas.

Elsa suspiró.

—Una cama. ¡No tenéis ni idea de lo contenta que estoy de ver una!

Echó a correr hacia ella y se lanzó contra el colchón con tanta fuerza que estuvo a punto de salir rebotada contra la pared. Estiró los brazos y se agarró con

fuerza a la estructura.

—Antes de que puedas descansar, tengo que hacerte unas preguntas, Elsa. Mientras estuviste en la cárcel, ¿averiguaste algo sobre la gente que estaba al mando?

—¿Como qué? —quiso saber la niña.

—¿Algún nombre?

—Sí, descubrimos el nombre de un señor —respondió la pequeña—. Felix. No sé quién es, pero sí sabemos que tiene algo que ver con esto. Algo importante, afirmaré yo.

Luthan levantó la mirada hacia la ventana.

—James Felix. Justo lo que pensábamos.

—¿Lo conoces?

—Es el hombre más rico del país —contestó Luthan distraídamente—. ¿Estás segura de que es eso lo que oíste?

—Sí, ¡fue justo después de que escapáramos! Le robamos el teléfono a la profesora y encontramos su nombre en él. Hasta lo llamamos y todo. —Tras pronunciar aquellas palabras, Elsa soltó un sonoro bostezo.

—Esto bastará de momento. Gracias, Elsa. La cena se servirá a las seis —le informó Luthan—. Puedes descansar hasta entonces.

El estómago de la chica rugió ante la mención de la comida.

—Allí estaré —murmuró satisfecha. Después, con gran esfuerzo, se bajó de la cama—. Eh, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. Puedes preguntarme cualquier cosa.

—El truco. Es decir, tiene que haber truco, ¿no? Vais a dejar que me quede aquí y todas esas cosas.

Luthan hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No hay truco. Tus amigos también se quedarán aquí.

—Sí... Respecto a eso... Dejé a Harlan en la estación. A saber dónde está ahora. Y Julian también pulula por allí.

—Nos pondremos a buscarlos de inmediato —intervino Pyra tras asomar la cabeza por la puerta.

—También tenemos que liberar a todos los demás niños de la prisión, ¿no? —dijo Elsa con la voz espesa de agotamiento—. ¡Tenemos que demostrarles que no pueden ir por ahí secuestrándonos sin más!

—Nuestro líder, Henry, ya está allí. Ha estado tratando de averiguar cuál tiene que ser nuestro siguiente paso. No podemos irrumpir allí sin previo aviso.

Elsa murmuró su aprobación antes de lanzarse de nuevo contra el colchón. Estaba lo bastante entusiasmada para permanecer despierta otros cinco minutos, pero ni un segundo más.

32

Harlan sujetó firmemente con ambas manos el pequeño mapa impreso cuando el viento lo hizo aletear.

—Nover tiene tres despachos diseminados por Londres. Dos están por aquí. —Trazó un círculo con el dedo sobre una zona concreta.

Julian parecía escéptico.

—Y luego ¿qué? ¿Nos acercamos al segundo hombre más rico del país así, como si nada? —El chico chasqueó los dedos para ilustrar la aparentemente absurda sencillez del plan de su compañero.

—Encontramos la forma de colarnos. —Harlan dobló el mapa y se lo volvió a guardar en el bolsillo—. Tal vez demos con unos uniformes o algo así. Para disfrazarnos. Es imposible que nos dejen entrar vestidos así. Esperamos hasta que esté solo y descubrimos quién fue exactamente el que le compró esa tecnología.

—Una trampa mortal, en otras palabras —concluyó Julian. «Y, por lo que sabemos, él también forma parte de esto, no solo sus armas».

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—Todas mis ideas son mejores que las tuyas —repuso el muchacho—. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendes.

Julian se rascó la barbilla y levantó la mirada hacia el cielo.

—Lo que tenemos que hacer es ponerle al corriente de que vamos tras él... Una mente como la suya no se resistirá a jugar al gato y al ratón. Tenemos que hacerlo salir de su madriguera. —El chico se aseguró de que nadie los estaba mirando y sacó el ibis—. Esto es tecnología avanzada. Muy puntera, extremadamente protegida. Si la tecnología del ibis se hiciera de dominio público, la copiarían de inmediato.

—Te refieres a que la filtremos a la prensa. —Harlan se cruzó de brazos—. ¿Y si no muerde el anzuelo?

—¿Y arriesgarse a una filtración? Debe de haber invertido cientos de millones en investigación. Habría sido en vano. Y no nos olvidemos de que el hecho de que el niño mimado del país esté invirtiendo en tecnología armamentística provocaría unas cuantas muecas. —Julian sonrió—. No, morderá el anzuelo sin duda. —Señaló con la cabeza hacia una cabina situada al final de la calle—. Bien, ¿quieres hacerlo tú o lo hago yo?

Tras decidir con rapidez quién debería hacer la llamada, Julian se encaminó hacia el teléfono aclarándose la garganta y repasando mentalmente su primera intervención.

—Debo hablar con el señor Nover de inmediato —dijo el chico en cuanto contestaron al teléfono.

—Tendría que hablar con su secretaria personal —contestó la recepcionista—, y sus datos no se le facilitan a cualquiera. Debe concertar una cita para hablar con ella.

—Y seguro que también con la secretaria de su secretaria, etcétera, etcétera,

etcétera. ¡Tonterías! En ese caso, quiero que le transmita a la secretaria personal de Nover un recado de mi parte. «IBIS». I-B-I-S. Se lo repetiré: I-BIS —dijo silabeando—. El señor Nover entenderá el mensaje.

—Perdone usted, quienquiera que sea —replicó la recepcionista—, pero no pienso transmitir mensajes cifrados. Esto no es el patio del colegio...

—No se trata de un mensaje cifrado —la interrumpió Julian—. Tengo información relevante respecto a la innovadora tecnología sónica que SIGIL, una de las empresas del señor Nover, ha desarrollado en secreto. Si no le hace llegar este mensaje, le sugiero que empiece a buscar otro empleo, porque este lo perderá en cuanto el señor Nover se percate de su error.

El chico se volvió hacia Harlan con expresión petulante y luego volvió a concentrarse en el teléfono.

Tras dedicar unos instantes a asimilar la amenaza de Julian, la recepcionista recuperó la voz:

—¿Quién es usted?

—Una parte interesada. Estoy convencido de que, al contrario que usted, el señor Nover sabrá leer entre líneas. Dígale que me devuelva la llamada a este número en cuanto reciba el mensaje.

Julian le dictó el número de teléfono de la cabina y colgó el auricular con brusquedad.

—Convincente —dijo un impresionado Harlan—. Supongo que ahora tendremos que esperar.

33

—Deberíamos habernos quedado quietecitos —dijo Jes mientras avanzaban por el bosque lo más rápido que podían—. Llevarán a Henry a la cárcel y lo torturarán hasta que hable. Juro que si le hacen daño, los...

—Cálmate —le pidió Ryan—. Nosotros ya no podemos hacer nada, ¿no es así?

La chica no contestó.

—Henry nos dijo que camináramos tres kilómetros en esta dirección —continuó Ryan—. No deberíamos tardar mucho.

Jes se apoyó unos segundos contra un árbol y se llevó las manos a la cicatriz.

—¿Quieres parar? —le preguntó Ryan.

Ella negó con la cabeza.

—Será mejor que sigamos adelante.

Ambos prosiguieron caminando fatigosamente. Ryan se esforzaba por buscar cosas que decir, pero desistió cuando se dio cuenta de que sus preguntas apenas recibían respuesta. Pronto comenzó a dolerle la cabeza por tener que llevar los ojos entrecerrados a causa de la luz que se reflejaba en la nieve. El abrigo le rozaba el cuello de mirar atrás para asegurarse de que Jes aún lo seguía.

«No me extraña que decidieran encerrarnos aquí», pensó el chico. Si no les hubieran dado indicaciones, bien podría haberse rendido por completo. Y ¿quién les aseguraba que se estaban dirigiendo hacia el este? ¿O que las indicaciones del viejo eran correctas?

—Mira —dijo Jes, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a una silueta disimulada entre los árboles—. Un coche.

Ryan levantó la mirada. Le indicó a su amiga que se detuviera y levantó el ibis.

—Debemos ser cuidadosos. Tú vete por detrás, yo iré por el otro lado.

Se encaminaron a hurtadillas hacia el vehículo, cada uno en una dirección.

—Eh —llamó Ryan apuntando con el ibis a la figura que ocupaba el asiento del conductor—. Abre.

La puerta del coche se abrió y de él salió un esbelto hombre asiático tocado

con una gorra de béisbol. Levantó las manos en señal de sumisión.

—¿Quién eres? —le preguntó Ryan sin apartar la mirada de su arma.

El hombre abrió la boca para hablar, pero se detuvo, atónito ante la presencia de los dos jóvenes.

—Empieza a largar —le espetó Jes.

—Estoy con el Gremio —consiguió articular el hombre.

Ryan y Jes intercambiaron una mirada. El chico bajó el ibis.

—Me llamo Charlie —continuó el hombre—. ¿Dónde está Henry? Se suponía que estaría con vosotros.

—Los guardias lo han cogido.

—Los guardias. ¿Estáis seguros de eso?

Ryan asintió y rodeó el coche para examinar su interior mirando por las ventanillas.

—Ahora estará en la cárcel —aventuró Jes.

Charlie se llevó cansadamente una mano a la visera de la gorra.

—Meteos en el coche —ordenó.

—¿Crees que está cabreado con nosotros? —le preguntó Ryan a Jes en un susurro.

Charlie abrió la puerta del conductor y se dejó caer sobre el asiento.

—Entonces, ¿qué hacemos? —quiso saber Ryan una vez se hubieron acomodado en el interior del vehículo—. ¿Vamos a rescatarlo?

Charlie negó con la cabeza.

—Voy a llevaros a nuestra base de Londres.

—Y ¿qué pasa con Henry? No podemos abandonarlo ahí sin más... —

protestó Ryan.

—¿En serio crees que los tres solos tenemos alguna oportunidad? Sería un suicidio. Volveréis conmigo para reuniros con los demás. Después ya decidiremos qué hacer.

—Espera, ¿quiénes son «los demás»? —preguntó Jes—. ¿Quieres decir que están con vosotros?

—Bueno, estamos trabajando en ello —dijo Charlie.

Les lanzó una mirada por el espejo retrovisor y arrancó el motor.

34

—¡Y luego tuve que reptar por un conducto de ventilación! Jamás pensé que lo conseguiría, pero no teníamos muchas opciones, porque era la única que cabía dentro.

Elsa miró los rostros que la rodeaban en el comedor del cuartel general del Gremio. Todos la estaban observando fascinados mientras ella los deleitaba con los detalles de la fuga de la cárcel. Las velas que adornaban la gran mesa rectangular titilaban suavemente.

—Pero todo se estropeó cuando Adler cogió a Ryan y lo metió en aislamiento. También intentó encerrarme a mí allí abajo, pero me las arreglé para empujarlo al interior de la celda y cerrar la puerta. Y luego...

—¿Tienes trece años y te has escapado? —dijo un hombre con gafas claramente impresionado.

—Y salieron del bosque... Y pasaron unos cuantos días durmiendo al raso en la calle —agregó otro.

Elsa se sonrojó y esbozó una sonrisa tímida. «Esto es genial. No se pierden ni una palabra de lo que digo», pensó la chica.

—Bueno, cuando lo decís así... De todos modos, ¿seguís buscando a mis amigos? Tenemos que encontrarlos.

—Ni rastro de ellos hasta el momento. Pero Pyra y Anton saldrán mañana a primera hora —contestó Luthan. Como líder en funciones, estaba sentado a la cabecera de la mesa.

—¡Fantástico! Iré con ellos.

Luthan sonrió con lástima.

—Será más seguro que te quedes aquí, Elsa. Pyra y Anton están entrenados.

—¡Eso no es justo! —protestó la niña—. Os he contado todo lo que hice... lo que hicimos, ¿no?

—Razón de más para que te quedes. No te gustaría volver allí, ¿verdad?

—Buena suerte si queréis traerlos sin mí —resopló ella.

Se bajó de un salto de su silla y salió corriendo del comedor. Procedente del gimnasio, situado al final del pasillo, le llegaron unos ruidos sordos y regulares. Se asomó al interior y vio a Anton lanzándole una serie de golpes a un saco de boxeo que colgaba de la pared. El hombre percibió su presencia, se detuvo y la miró volviendo la cabeza por encima del hombro.

—¿Vais a ir a buscar a Harlan y a Julian? —preguntó tras dejarse caer sobre el banco de levantamiento de pesas.

Anton asintió. Cogió una botella de agua y se vertió el contenido sobre la frente.

—Quiero ir con vosotros, pero Luthan no me deja —se quejó Elsa—. Pero es imposible que confíen en vosotros. Me necesitáis.

Anton se agachó y dejó la botella de agua en el suelo.

—De acuerdo —dijo con un gesto de asentimiento al recordar que la desconfianza de Alyn había provocado la huida del chico—. Hablaré con Luthan.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras mientras te lo piensas — le dijo Felix a la mañana siguiente, cuando invitó a Alyn a entrar en el ascensor de su edificio de apartamentos—. Es lo menos que puedo hacer.

El chico había pasado las últimas doce horas en la marquesina de una parada de autobús tratando de encontrarle sentido a todo lo que Felix le había contado. Cansado y hambriento, se sorprendió cuando a la mañana siguiente una especie de mano invisible lo guio hacia el apartamento del multimillonario, donde su entusiasta anfitrión lo recibió de inmediato en el vestíbulo.

—Entra, la llave no está echada —dijo Felix con una sonrisa cuando las puertas del ascensor se abrieron, y señaló hacia su apartamento.

Alyn lo miró y luego franqueó la puerta. Lo primero que le llamó la atención fue una enorme araña de cristal amenazadoramente suspendida sobre un conjunto de sofás de cuero. Titubeante, el chico pasó de las baldosas a una alfombra color crema al seguir a Felix hasta la habitación principal. Sobre una mesa que había junto a la puerta había un jarrón de cristal. A Alyn le llamó la atención de inmediato.

«¿No querías venganza? —pensó con la mirada clavada en la nuca de Felix y los dedos aferrados al cuello del jarrón—. Pues esta es tu oportunidad...».

—Ahí detrás hay un vestidor —dijo el hombre señalando con la mano un discreto panel de madera.

El chico soltó el jarrón cuando Felix apartó el panel a un lado para revelar una habitación estrecha que se extendía considerablemente hacia el fondo. Las dos paredes del vestidor estaban llenas de cajas de zapatos e hileras de ropa cara.

—Medimos más o menos lo mismo, ¿verdad? —preguntó Felix mientras calculaba la talla aproximada de su invitado—. Todo lo que hay aquí dentro puede ser tuyo. ¡No me he puesto ni la mitad de las cosas!

Alyn se paseó por el vestidor sin decir una palabra. En la pared del fondo había un espejo de cuerpo entero que le devolvía la imagen de su abrumado espectro.

—Y por aquí —dijo Felix al tiempo que salía del vestidor— está el baño. ¿Por qué no le echas un vistazo?

El hombre le señaló una puerta situada en el otro extremo de la habitación. Alyn entró y se quedó petrificado. Un jacuzzi circular borboteaba y zumbaba serenamente, rodeado de un círculo de velas titilantes. En la esquina más alejada detrás del jacuzzi había una zona de ducha acristalada y repleta de montones de toallas blancas y limpias.

—No has dicho mucho, Alyn —observó Felix—. ¿Te gusta?

—Claro, sí —contestó el muchacho en voz baja—. Es alucinante. «Es más que alucinante. Nunca había visto un sitio así».

—Estoy seguro de que necesitas algo de tiempo para pensar en lo que te he dicho.

—Todavía no le he perdonado —le espetó Alyn antes de que el hombre pudiera marcharse.

El multimillonario de pelo blanco lo miró y consiguió esbozar una sonrisa triste.

—Ven —dijo.

Alyn lo siguió mientras salía del baño y entraba en la cocina. Felix encendió un televisor que colgaba de la pared y ambos prestaron atención al informativo que se estaba emitiendo.

—A pesar de todos nuestros esfuerzos, sigue habiendo mucha agitación. Caos. La gente se siente como si ya no tuviera nada que perder.

Señaló la pantalla. El noticiero mostraba una calle peatonal del centro de Londres bloqueada por la policía.

—Esto ocurrió hace tan solo una semana, Alyn. Un grupo de terroristas amenazó con bombardear la ciudad.

—¿Qué ocurrió?

—No lo hicieron —respondió el empresario—. Insertamos varias imágenes

subliminales en la película para que todos vosotros influyerais inconscientemente en la bomba para que se estropease. De forma individual, solo conseguiríais que sucedieran cosas pequeñas como la caída de una moneda, pero juntos...

—Podemos hacer milagros —concluyó Alyn en voz alta. «Recuerdo haber visto las imágenes en la película cuando aún estaba en la cárcel. No le di mayor importancia... ¿En qué otras cosas habremos influido?».

—Muchas vidas... —dijo Felix como si le leyera el pensamiento a Alyn—. Sois héroes. Y ni siquiera lo sabéis.

El chico apartó la mirada sin tener muy claro qué pensar.

—Si no nos hubieran secuestrado, ¿esas personas habrían muerto? —preguntó.

—Ese es solo un ejemplo —continuó Felix—. Si quieres otro, estaría más que encantado de dártelo.

—Espere —ordenó Alyn.

—¿Sí?

—En la cárcel había una chica, Jes. Creo que le ha pasado algo. Necesito que lo averigüe por mí.

Tras una pausa momentánea, Felix volvió a hablar:

—Lo lamento, Alyn. Hubo un incidente, un accidente. Resultó herida.

—¿Está...?

El hombre cerró los ojos y asintió con tristeza.

—Lo siento, Alyn.

El chico apretó los ojos con fuerza.

—Tal vez haya habido un error. Puede que aún esté...

—No es así. Me han asegurado que fue muy rápido. Indoloro.

—No me lo creo —farfulló Alyn—. No me creo que ya no esté.

Felix se encaminó hacia la puerta.

—Esto también es difícil para mí, Alyn, créeme. No se nos pasó por la cabeza que pudiera ocurrir algo así. Lo lamento terriblemente.

Con esas palabras, le dedicó una sonrisa compasiva y se marchó de la cocina.

Alyn estaba sentado en la ducha con las rodillas pegadas al pecho y los brazos apretados en torno a ellas. Los siseos y zumbidos del agua parecían reproducir el sentimiento de vacío y asfixia que le oprimía el pecho.

Permaneció allí inmóvil durante más de una hora antes de ponerse en pie, tambaleante, y sujetarse al cristal con los dedos arrugados.

Después de vestirse, encontró a Felix leyendo el periódico en la cocina.

—Necesito que me dé su palabra de que no hará daño a mis amigos —exigió el chico.

El multimillonario bajó el periódico y estudió a Alyn por encima de las gafas.

—Y necesito que libere al resto de los niños de la cárcel. Cuanto antes. Quiero que todos les sean devueltos a sus familias.

—Siempre hemos querido devolverlos en algún momento, Alyn —repuso Felix.

—Si quiere que lo ayude, tiene que darme su palabra —insistió Alyn—. Tiene que prometérmelo.

Felix sonrió.

—Sabía que terminarías por entrar en razón.

Tanto Jes como Ryan habían pasado las últimas horas durmiendo en el asiento trasero del coche. Tomaron una curva y Ryan abrió los ojos lentamente para encontrarse con la cabeza de Jes apoyada sobre su hombro.

La chica murmuró algo cuando él se volvió para mirar por la ventanilla. Los campos estaban blanqueados por la nieve, y una oleada de copos danzarines azotaba los cristales continuamente.

Sin pensarlo, Ryan dobló el cuello y la besó en la frente.

—¿Eh? —dijo Jes medio dormida.

El chico se quedó petrificado y apretó los párpados fingiendo estar dormido.

Ella se incorporó y se frotó los ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Todavía queda mucho. He tenido que coger la ruta más larga por si el Compromiso tiene las autovías bajo vigilancia —contestó Charlie. Se puso la gorra a un lado—. Descansad mientras podáis.

—No creo que Stephen vaya a devolvernos la llamada —masculló Harlan sin apartar la mirada de la cabina telefónica—. Un plan magnífico, Julian.

—Llamará —repuso el chico, que se estremeció y se llevó las rodillas al pecho.

Habían pasado otra noche durmiendo a la intemperie, haciendo turnos para no perder de vista el teléfono. Aparte del nombre de «Felix», que podría pertenecer a cualquiera, aquella era su única pista concreta, y Julian no estaba dispuesto a abandonarla tan pronto.

Mientras meditaba sobre todo aquello, el teléfono de la cabina comenzó a sonar.

—¿Qué decías de un plan magnífico? —preguntó Julian, que parecía estar

muy satisfecho de sí mismo—. Bueno, ¿quieres cogerlo tú o lo hago yo?

Harlan hizo un gesto en dirección al teléfono.

—¿Sí? —dijo Julian tras llevarse el auricular a la oreja—. ¿Quién es?

—Creo que ya lo sabes —dijo una voz con acento de clase alta y una dicción perfecta—. Tienes algo de mi propiedad.

Harlan le arrebató el teléfono de las manos a su compañero.

—¿Estás detrás de todo esto? El nombre de tu empresa aparecía en el ibis...

Julian le asestó un codazo y volvió a recuperar el auricular.

—Mi socio quiere decir que tenemos algo que discutir contigo.

—¿Ah, sí?

—Queremos que te reúnas aquí con nosotros —prosiguió Julian—. Dentro de una hora. Solo.

—¿O?

—O tu preciada arma caerá directamente en manos del mejor postor. La semana que viene a estas alturas habrá cientos de clones. Teniendo en cuenta lo avanzado que es este chisme, diría que te costará unos cuantos miles de millones en contratos...

—Una oferta interesante —contestó la voz entre risas—. Pero os haré una mejor: venid vosotros aquí.

Harlan volvió a hacerse con el receptor.

—Ni locos. Vamos a vernos en un lugar público.

—Vaya. Puede que haya un pequeño problema con eso —dijo la voz—. Ya he enviado a algunos de mis hombres a recogeros. De hecho, deberían estar a punto de llegar.

Harlan levantó la vista. Tres hombres salieron a toda velocidad de la parte

trasera de una furgoneta blanca aparcada a escasa distancia de ellos.

—¡Es una trampa! Debe de haber rastreado la llamada...

Dejó caer el teléfono y empujó la puerta para abrirla, pero Julian agarró la manija.

—Es imposible que los dejemos atrás —aseguró. A su espalda, otro par de hombres bajaron de una segunda furgoneta situada al otro lado de la calle. Estaban acorralados—. Rápido, ayúdame a mantenerla cerrada...

Harlan agarró el picaporte. Uno de los hombres dio unos golpecitos en el cristal y les hizo gestos para que salieran. Intentó abrir la puerta, pero Harlan y Julian consiguieron mantenerla cerrada.

El resto de los hombres alcanzó también la cabina, que quedó rodeada.

Uno de ellos tiró de la puerta con fuerza, la suficiente para abrir una pequeña rendija. Metió la mano por ella y agarró a Julian por el abrigo. Harlan sacó su ibis y disparó contra la mano.

El hombre aulló y se apartó de la cabina con el brazo inutilizado.

Los demás comenzaron a aporrear el cristal con los puños una y otra vez. Los vidrios repiqueteaban. Los golpes se volvieron rítmicos y comenzaron a sincronizarse en un redoble regular.

Otro hombre, más alto y corpulento que los demás, se abrió camino hasta el frente y tiró de la puerta con fuerza.

—¡Se me están resbalando las manos! —exclamó Julian mientras se esforzaba por que la manija no se le escapara de entre los dedos.

Harlan sujetó la barra con las dos manos y se echó hacia atrás. Con cada tirón que daban los del exterior se acrecentaba el hueco que separaba la puerta del lateral del cubículo.

Julian estaba a punto de dejar escapar el picaporte por completo cuando ambos oyeron el ruido de un coche que derrapaba sobre el asfalto. Todos los hombres que rodeaban la cabina volvieron la cabeza a un tiempo.

—¡Ahora!

Julian se precipitó contra la puerta y consiguió que dos de los distraídos secuaces de Nover perdieran el equilibrio. Harlan y él aprovecharon la oportunidad para escabullirse del resto.

—¡Tras ellos! —grito uno de los hombres.

Tres iniciaron la persecución, pero el deportivo plateado aceleró hasta colocarse ante ellos y bloquearles el paso.

Anton sacó la cabeza por la ventana y gritó:

—¡Harlan, Julian! ¡Subid!

Dio un volantazo en dirección a los chicos y el coche avanzó a trompicones por la carretera tras ellos.

—¡Sabe cómo nos llamamos! —jadeó Julian, que intentaba seguir el ritmo de Harlan.

Se detuvo y se dio a vuelta cuando el coche los adelantó.

La puerta trasera se abrió.

—¿Queréis subir de una vez? —preguntó una impaciente Pyra.

Los dos muchachos miraron hacia atrás, a los hombres que se acercaban cada vez más.

—Es o el coche o ellos —dijo Harlan.

Corrió hacia el deportivo y entró en él a toda prisa.

Julian permaneció inmóvil en la carretera, observando con impotencia al grupo de hombres que ya casi tenía encima.

—¡Julian! —lo llamó Harlan desde el interior del vehículo—. ¿Subes o qué?

El chico despertó de su trance. Se apresuró a llegar al deportivo y se metió dentro de un salto. Cerró la puerta de golpe justo cuando una mano estaba a

centímetros de agarrarle una pierna.

Varios de los miembros del grupo echaron a correr de regreso hacia su furgoneta y enseguida iniciaron la persecución del coche del Gremio. Doblaron una esquina a toda velocidad y derribaron una papelera a su paso. En la parte trasera del coche, Harlan y Julian salieron despedidos contra la portezuela y después hacia el lado contrario. El suelo del coche tembló cuando Anton pisó el acelerador para aumentar la distancia que los separaba de sus perseguidores.

Cuando Harlan consiguió desembarazarse de Julian en el asiento trasero, notó unos golpecitos en el hombro que le resultaron familiares.

—¿Elsa?

—Hola —lo saludó la niña con una sonrisa.

—Vaya, genial —masculló Julian.

Elsa los rodeó a ambos con los brazos.

—Me alegro mucho de veros a los dos —dijo—. Siento haberme marchado... Es que... no sabía qué hacer.

—Puedes empezar por soltarme —dijo Julian casi sin aliento al tiempo que se zafaba del abrazo de la chica.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Harlan entre jadeos—. ¿Quiénes son estos?

—La recogimos de camino a casa de sus padres —intervino Pyra—. Fue una estupidez que intentase regresar allí cuando hay tipos como esos buscándoos por todas partes. ¿En qué estabais pensando cuando la dejasteis largarse sin más?

—¿Crees que no intentamos advertírselo? ¡Es como hablar con las paredes! —replicó Julian con un suspiro dramático. Golpeó a Elsa con los nudillos en la cabeza—. A veces me pregunto si habrá algo en esta cabecita suya.

—Ay, quita —protestó la niña, y le apartó la mano de un empujón—. De todas formas, ¡vosotros también os habéis metido en líos!

—Es culpa de Harlan —aseguró Julian rápidamente—. Si no hubiera

desvelado nuestro juego interrumpiendo mi conversación telefónica, tal vez Stephen me habría creído.

—Tú diseñaste el plan —se defendió Harlan—. Te dije que era una estupidez.

—Pero ¿qué os ha pasado? —quiso saber Elsa.

El chico indio abrió la boca para hablar, pero luego miró a Pyra y Anton.

—No pasa nada —lo tranquilizó la chica—. Están de nuestro lado.

Su amigo no parecía muy convencido.

—¿Estás segura de que podemos confiar en ellos?

—No puedes estar seguro de nada —dijo Anton—, pero si quieres volver con esos lunáticos de ahí fuera...

—Decisiones, decisiones —masculló Julian.

—El ibis de Julian se rompió y vimos que el nombre del fabricante estaba escrito en el interior —le explicó Harlan a regañadientes—. Supusimos que probablemente estarían implicados en todo este asunto. La empresa se llama SIGIL. Está especializada en tecnología punta. Pertenece a Stephen Nover, el multimillonario. Hemos intentado coaccionarlo.

—Y acabamos de ver el resultado —apuntilló Pyra.

—Bueno —dijo Julian tras inclinarse hacia delante—, ¿va a explicarnos alguien lo que está pasando?

—¡Podemos hacer cosas! —exclamó Elsa—. Tenemos una especie de Habilidad...

—Creía que te había dicho que no dijeras nada —la reprendió Pyra.

Elsa continuó sin prestarle atención.

—Podemos hacer que ocurran cosas utilizando nuestra imaginación. Guay, ¿no?

—¿«Hacer que ocurran cosas»? —repitió Julian con los ojos entornados—. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así?

La chica hizo un gesto de negación.

—¡Va en serio, Julian! No estoy mintiendo.

—Pues no lo entiendo —repuso el chico—. Y soy el más listo de por aquí, así que está claro que no tiene sentido.

—Es lo único que tiene sentido —murmuró Harlan—. Durante toda mi vida me he sentido como si estuviera rodeado de patrones..., de coincidencias.

—Esto es una locura —protestó Julian—. No puedes creerte una cosa así.

—Yo dije lo mismo —comentó Anton—. Todos lo pensamos. Pero podemos demostrarlo.

Se aseguró de que no los estaban siguiendo y desvió el deportivo hacia una tranquila calle residencial. Aparcó junto al bordillo cerca de un niño que jugaba con un coche teledirigido sobre la acera ribeteada de nieve.

—Haced que el coche se estrelle —ordenó Pyra—. Los tres, utilizad juntos la imaginación.

Harlan, Elsa y Julian miraron el coche de juguete que zigzagueaba a toda prisa sobre el pavimento helado.

—¿Veis? —soltó un Julian escéptico—. No está pasando nada...

—¡Chis! —Pyra volvió la cabeza para mirarlos—. Imagináoslo de verdad. Representáoslo de una forma tan vívida que parezca real.

Harlan cogió una gran bocanada de aire y cerró los ojos con fuerza. Visualizó el coche dando vueltas sin control y chocándose. Se concentró tanto que los suspiros de Julian, sentado a su lado, se dispararon hasta que estuvo totalmente sumergido en su imaginación. Comenzó a notar una sensación de cosquilleo en la frente que fue aumentando de intensidad. El niño continuaba manejando los mandos del control remoto con los dedos, pero de repente estornudó. Giró el mandó del volante involuntariamente y levantó la vista justo a tiempo para ver que el coche se precipitaba contra uno de verdad. Ahogó un grito y tiró del mando

en sentido contrario. El juguete golpeó una placa de hielo, comenzó a girar sobre sí mismo e impactó contra el bordillo.

Harlan abrió los ojos y se encontró a Elsa con la mirada clavada en el coche teledirigido y la boca abierta a causa de la incredulidad. Julian estaba inclinado hacia delante, perplejo. Se volvió hacia Harlan, que también se había quedado sin palabras.

El niño se acercó corriendo al juguete, que estaba del revés con las ruedas aún dando vueltas. Cuando lo levantó, un trozo del parachoques de plástico repiqueteó contra el hielo.

Harlan se llevó una mano a la cabeza.

—Esto es una enorme cantidad de responsabilidad —dijo en voz baja, y notó que se le erizaba la piel de la nuca.

—Ahí es donde nosotros entramos en juego —apuntó Anton—. Para entrenaros. Para asegurarnos de que la utilizáis debidamente.

«Esto no puede ser posible —pensó Julian—. No es más que una coincidencia. No hemos sido nosotros quienes hemos hecho que ese coche se estampe. No podemos haber sido nosotros».

Observó al niño, que examinaba el coche roto, incapaz de apartar la mirada de él. Un cóctel de miedo y náuseas se le comenzó a formar en el estómago.

—¿Estás bien, Julian? Te has puesto muy pálido —dijo Elsa.

—No es real —masculló él—. Es un error. No es real, no es real...

—Julian, ¿qué problema tienes? —le espetó Harlan—. Acabas de verlo...

—Déjame salir —exigió el chico—. Por favor, voy... Voy a vomitar.

Julian trepó por encima de Harlan y cayó sobre la acera tosiendo y con arcadas.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Pyra—. Qué niño más raro.

Harlan se quitó el cinturón de seguridad y se acercó a él.

—Sé que es impactante, pero estoy seguro de que nos lo explicarán todo...

El chico levantó la mirada, jadeante.

—Aléjate de mí. Aléjate.

Elsa asomó la cabeza por la ventanilla.

—Venga, Julian, tenemos que volver... Van a entrenarnos...

—No pienso ir a ningún sitio con ellos. Dejadme en paz.

Apartó de un empujón la mano de Harlan, se puso en pie y echó a correr calle abajo.

—¡Maldita sea! —exclamó Pyra, que se desabrochó el cinturón de seguridad y abrió la puerta con brusquedad—. ¡Julian, tienes que volver! ¡No estás a salvo!

Corrió tras él, pero para cuando llegó a la siguiente calle el chico ya se había desvanecido.

37

DIEZ AÑOS ANTES

La tía de Julian suspiró y subió el volumen de la televisión. Su sobrino de seis años, que estaba tumbado en el suelo junto al sofá, cogió un coche rojo e imitó el sonido del motor con la garganta. Después arrastró el juguete por la alfombra trazando un arco con la mano.

—Por el amor de... —farfulló su tía, y cambió de postura para acercar el mando al televisor—. No me extraña que tus padres necesitaran salir un rato. La próxima vez les cobraré por quedarme contigo —masculló.

Julian, ignorando las quejas de su tía, cogió un coche blanco con la otra mano y lo estrelló contra el rojo al tiempo que reproducía el sonido de una

explosión.

—¡Puuuum! —gritó—. ¿Has visto? ¡Se han chocado!

—¡Julian!

El niño paró y colocó los coches uno al lado del otro.

—No tenías que gritarme —dijo con un mohín, y rodó para quedar tumbado de espaldas sobre el suelo.

—Sí tenía que hacerlo. ¿No puedes hacer algo un poco más tranquilo?

El niño negó con la cabeza.

—Entonces al menos sal fuera, ¿vale? Estoy intentando ver una cosa.

Julian bajó la mirada hacia los coches y luego la levantó hacia su tía.

—Lo digo en serio —dijo ella mientras señalaba la puerta que daba al vestíbulo.

Mantuvo el dedo estirado hasta que al final Julian salió a regañadientes con los coches de juguete. La mujer cogió su copa de vino.

Pasó casi una hora y, en el vestíbulo, los efectos de sonido de Julian no eran más que un débil zumbido bajo el parloteo de la televisión. Después de varias copas de vino, su tía se había ido desmadejando gradualmente sobre el sofá.

—¿Qué... qué pasa? —gruñó al notar que Julian le tiraba del jersey.

Sin darse cuenta de que se había quedado dormida, se encontró la copa de vino vacía volcada sobre su estómago.

—Hay alguien en la puerta —contestó Julian dándole unos golpecitos.

Su tía cerró los ojos, pero se despertó de nuevo sobresaltada al oír una serie de golpes que hicieron temblar los cristales de la puerta de entrada.

—¡Señorita Drury, abra, por favor! —gritó una voz de hombre.

Con pocas ganas, se recompuso y caminó con dificultad hasta el vestíbulo.

—¡Ay!

Había pisado uno de los coches de juguete de Julian, que estaban tirados con las ruedas hacia arriba junto al radiador. Se agachó, cogió el trasto y lo agitó con gesto amenazante ante la cara del niño.

—Quítalos de aquí —bramó, y lo lanzó en dirección a su sobrino—. Terminarás por provocar un accidente si no tienes cuidado.

Al darse cuenta de que aún llevaba el mando a distancia de la televisión en la mano, lo dejó caer sobre las escaleras y abrió la puerta principal.

—¿Señorita Drury? —dijo el agente de policía que esperaba en el umbral. A su lado estaba su compañera, una mujer joven con expresión de seriedad.

—Sí —contestó ella desviando la mirada del uno al otro con rapidez—. ¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar con usted dentro? —preguntó la mujer forzando una sonrisa.

—¿De qué va todo esto?

—Tal vez fuera mejor que entrásemos —insistió el hombre.

La tía de Julian se volvió y descubrió a su sobrino asomando la cabeza por detrás de la puerta.

—Mi sobrino está aquí —dijo—. No quiero asustarlo.

—Yo me sentaré con él —se ofreció la agente con tono perentorio.

Al final la tía de Julian asintió levemente con la cabeza y se hizo a un lado. La mujer policía entró, se encaminó directamente hacia Julian y a continuación se arrodilló delante de él.

—Qué coches más chulos. ¿Puedo verlos? ¿Cuál es el que más te gusta? —dijo, y luego se lo llevó a la cocina, donde no pudiera oír la conversación.

La tía de Julian se volvió de espaldas al niño y miró al hombre que permanecía de pie ante ella.

—Señorita Drury, se ha producido un accidente —dijo el policía—. ¿Quiere sentarse? —prosiguió—. Quizá si entramos...

Ella se dejó caer sobre las escaleras y se colocó cuidadosamente las manos sobre el regazo.

—Su hermana y su cuñado se han visto implicados —le explicó—. ¿Es ese su hijo? ¿Julian?

Su tía atisbó entre los balaustres. Julian estaba sentado a la mesa de la cocina con la agente femenina a su lado. El niño movía los coches adelante y atrás.

—Ha habido un terrible accidente en la autovía. Lo siento mucho.

—¿Los... dos?

—Sí —contestó el hombre después de soltar aire—. Los dos.

El agente continuó hablando, pero sus palabras se apagaron hasta convertirse en un ruido sordo. La tía de Julian contemplaba en silencio a su sobrino a través de la barandilla. En aquel momento, el niño, que estaba jugando con los coches sobre la mesa, alzó la vista y la saludó con la mano. Con los ojos llenos de lágrimas, la mujer levantó un brazo lentamente y le devolvió el saludo.

38

Tras regresar a la base del Gremio sin Julian, Elsa bajó del coche de un salto y le hizo gestos a Harlan para que la siguiera. Cansado, su amigo salió del deportivo cuando Anton aparcó y después miró con un sentimiento de creciente suspicacia hacia el dilapidado bloque de pisos.

—Por aquí —indicó Elsa.

Harlan rodeó el cadáver de un pájaro y la siguió hasta la entrada. La niña tecleó el código de acceso que Pyra le había enseñado y abrió la puerta enrejada.

En cuanto el ascensor llegó al último piso, Harlan salió del cubículo y

contempló el ornamentado techo color crema, las columnas de piedra y el suelo enlosado.

—Mira este sitio —dijo—. Es como una especie de templo o algo así...

El eco de sus pisadas resonó contra las paredes mientras seguía a Elsa por la sala, incapaz de librarse de la sensación de que tal vez todo aquello fuera un sueño.

—Sí —confirmó la chica. Lo arrastró hasta una de las ventanas y lo hizo mirar hacia fuera—. ¡Hasta han hecho grafitos en un lado para mantener a la gente alejada! —Señaló un garabato ilegible que había abajo, en el suelo—. Y ¿ves eso? —Apuntó hacia otra ventana que daba a una cocina abarrotada con el fregadero lleno de vajilla sucia—. ¡Es una pintura! Nadie tiene ni idea de que este sitio está aquí.

Antes de que Harlan tuviera oportunidad de asumir todo aquello, Elsa lo agarró por el brazo y lo apartó de la ventana.

—¡Este es mi amigo Harlan! —les gritó a los pocos miembros que estaban sentados en un sofá de cuero junto a la pared.

Todos levantaron la vista y saludaron, excepto un hombre de pelo blanco que porreaba furiosamente las teclas de un portátil.

—Todavía no me he aprendido sus nombres —murmuró la chica tras cubrirse la boca con la mano.

—¿Cómo crees que han podido permitirse este sitio? —preguntó Harlan en voz baja. Admiró la enorme estrella del suelo enlosado y después volvió a centrarse en el artesonado.

Elsa se encogió de hombros.

—Probablemente emplearan la Habilidad para que les tocara la lotería o algo así.

—Sí... —dijo Harlan con la voz apagada—. Puede que sí.

Después de enseñarle al chico el gimnasio, la biblioteca y el comedor, una Elsa entusiasmada condujo a Harlan hasta la zona de dormitorios.

—Tú te quedarás aquí —dijo, y abrió la puerta de una habitación con un par

de literas. En la de más abajo había ropa doblada.

—¡Qué ganas tengo de quitarme este uniforme! —exclamó el muchacho con una gran sonrisa en la boca tras oler su ropa.

En aquel momento, una mujer con el pelo corto y rubio apareció a sus espaldas.

—Luthan quiere veros a ambos en la azotea —les informó—. Para que podáis empezar vuestro entrenamiento.

—¿Solo sois dos? —Luthan llegó a la azotea de la torre de pisos cuando Elsa y Harlan ya lo estaban esperando. Llevaba una bufanda roja metida por dentro del abrigo y unos guantes de piel—. Creía que habría otro.

—Nosotros también —dijo Elsa al tiempo que se encogía de hombros—. Se escapó de camino hacia aquí. Se asustó, creo.

Luthan asintió y miró por encima del muro de la azotea.

—Esperemos dar con él antes de que lo haga el Compromiso. Ahí fuera no está a salvo, y me temo que vuestro amigo podría estar en peligro. —Volvió a mirar a los dos chicos—. Ambos sabéis por qué estáis aquí, ¿verdad?

—Porque vas a entrenarnos —contestó Harlan.

—Correcto. Voy a entrenaros. Bien —comenzó, y estiró tres dedos de una mano—, en el Gremio hay tres niveles antes de que podamos aceptaros como miembros de pleno derecho. Para avanzar, tendréis que superar una serie de pruebas. Ya estéis intentando influir en las leyes de la física, en el comportamiento de otra persona o incluso en vosotros mismos, el funcionamiento de la Habilidad es más o menos el mismo. Empezamos con cosas pequeñas y trabajamos para ir ascendiendo.

Harlan y una Elsa un tanto distraída asintieron a la vez.

Luthan se metió una mano en el bolsillo y sacó dos monedas de plata. Le entregó una a cada uno.

—Quiero que lancéis la moneda al aire e intentéis influir en ella para que caiga de canto.

—¿De canto? —repitió Harlan—. Apenas son un par de milímetros...

—¡Es imposible! —gritó Elsa al mismo tiempo.

—Tendréis que comenzar a cambiar vuestras creencias respecto a lo que es posible y lo que no si queréis lograrlo en algún momento —repuso Luthan.

Harlan y Elsa intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros. Las dos monedas se elevaron brevemente sobre sus cabezas y aterrizaron planas.

—Intentadlo de nuevo.

Elsa lanzó su moneda hacia arriba y la observó mientras descendía con rapidez y repiqueteaba contra el suelo.

—Mierda. Esto no se me da bien...

—No seas ridícula, Elsa —la reprendió Harlan—. Solo lo has intentado dos veces.

—Y he fallado dos veces. —Volvió a lanzar la moneda y esperó la inevitable conclusión—. ¡Mira, se está riendo de mí!

—Tienes que ejercitar tu imaginación hasta que notes su agudeza. Deberías sentirte como si te diera «sacudidas». Vuelve a intentarlo...

Elsa hizo volar la moneda por los aires y cerró los ojos. Moviéndose con rapidez, Luthan se sacó un cuchillo del interior del abrigo y se lo acercó a la garganta.

—Hazlo —siseó.

La sensación del frío filo de metal presionándole el cuello paralizó a Elsa y la obligó a obedecer. Mentalmente, visualizó que la moneda caía de canto; le aterrorizaba desviar la concentración de ella.

Abrió los ojos justo cuando la moneda tocó el suelo y recorrió de canto una breve distancia. Una extraña pero no desconocida sensación de hormigueo inundó su mente mientras la moneda rodaba, hasta que finalmente se detuvo.

Elsa se zafó de los brazos de Luthan y se llevó las manos a la garganta.

—¡Loco! —le espetó.

—Venga ya, no iba a cortarte de verdad. —Se guardó el cuchillo, se arrodilló y señaló la moneda, que continuaba de pie—. No hay nada que centre tanto la mente como el miedo, Elsa.

—De todas formas, ¿por qué estamos haciendo esto? —preguntó ella con un suspiro—. ¿Lanzar una moneda al aire? ¿De qué sirve algo así? Es una pérdida de tiempo...

—Empezamos con cosas pequeñas —respondió Harlan—. Por eso lo estamos haciendo.

—¡Correcto! —Entusiasmado, Luthan le dio unas palmaditas en el hombro al chico—. Comenzamos con algo sencillo. Da igual que se trate de influir en las corrientes de aire para conseguir que una moneda caiga de canto o en las sinapsis neuronales de una persona para implantarle un pensamiento o un recuerdo, o incluso en la ley de la gravedad para que os ayude a ganar en la ruleta. Cuando tengáis edad para los juegos de azar, claro —añadió con una sonrisa—. No importa. Los principios son siempre los mismos. Seguid practicando y pronto tendréis una idea de cómo acceder a ello.

Luthan se marchó para dejar a los chicos practicar por su cuenta. Después de media hora lanzando la moneda, Harlan se dio cuenta de que su imaginación crecía hasta el punto en que podía ver el reflejo de la luz del sol sobre el canto ondulado de la moneda de plata y la mancha de su sombra sobre la grava del suelo.

—Creo que ya le he cogido el truco.

Observó con atención la moneda que se tambaleaba suavemente y se estabilizaba por tercera vez.

Elsa lo miró con envidia.

—A mí esta estupidez no me sale.

—Con la práctica lo conseguirás. Intenta no comerte la cabeza.

—El Calvito sabe que se me da fatal —aseguró ella—. No veas de cuánto me va a servir si solo funciona cuando tengo un cuchillo pegado a la garganta...

—Eh, ¿no te hace ilusión todo esto, Elsa? —dijo el chico sonriendo—. Vamos, ¡acabamos de descubrir que podemos alterar la realidad!

—Puede que la única realidad que quiera alterar sea esa en la que estoy aquí atrapada cuando podría estar en casa —masculló.

La niña lanzó la moneda al aire una vez más y suspiró.

Harlan observó la ciudad que se extendía a sus pies.

—Ahora mismo podrías estar en casa viendo la televisión o preparándote para ir al colegio. Pero no es así. Formas parte de algo muy importante. ¿Quién podía imaginarse que todas estas fuerzas estaban activas y tirando del mundo en distintas direcciones?

—Probablemente eso explique por qué está todo tan liado en estos momentos. En cualquier caso, me alegro de que tú te lo estés pasando bien.

Hizo volar la moneda una última vez y esta cayó al suelo.

—Venga, Elsa —dijo Harlan—. Sé que quieren que aprendamos las cosas básicas primero, pero probemos algo un poco más divertido. Tú y yo. Nos concentramos los dos juntos, ¿vale?

Harlan se encaramó al muro de la azotea. El viento le revolvió el pelo con fuerza, alborotándose en todas direcciones. El muchacho se sacó un billete de diez libras del bolsillo y lo dobló hasta formar un avión de papel.

—Por favor, dime que no vas a desperdiciar ese dinero, Harlan.

El chico estudió su creación y se encogió de hombros.

—Habrá más en el lugar del que salió este. Intentemos prenderle fuego.

Esbozó una gran sonrisa y, antes de que Elsa tuviera oportunidad de protestar, tiró el avión tejado abajo.

La niña lo observó mientras planeaba con suavidad por el aire.

—¿Cómo se supone que vamos a hacer que arda? —preguntó—. Ya nos han dicho que no deberíamos hacer ninguna locura...

—Simplemente utiliza la imaginación —contestó Harlan, y cerró los ojos con fuerza.

Elsa lo imitó y visualizó el avión de papel humeando y ennegreciéndose mientras el fuego le devoraba las alas. Mantuvo la imagen en su mente durante al menos un minuto y luego abrió los ojos. El avión de papel seguía flotando perezosamente en el aire.

«¿Ves? —casi le espetó—. No funciona». Pero entonces notó que otra corriente de aire arrastraba el billete. El avión giró sobre sí mismo y luego se precipitó a toda velocidad hacia el suelo. Elsa vio a dos mujeres junto a la puerta del edificio colindante, a punto de encenderse un cigarrillo. El papel volvió a cambiar de dirección y pareció alejarse de su rumbo, y luego se abalanzó de nuevo hacia las mujeres.

—¡Mira! —exclamó la niña.

Harlan abrió los ojos justo a tiempo para ver que el avión se interponía en la trayectoria del mechero. Una de las mujeres chilló cuando el billete voló sobre la llama y se le incendió un ala. El fuego se extendió rápidamente.

—¡Lo hemos conseguido! —gritó Harlan, que se bajó del muro de un salto.

—¿Adónde vas? No irás a dejarme aquí sola, ¿verdad?

—Tengo que hacer una cosa —contestó el chico mientras se alejaba.

—No te dejarán —repuso ella—. No se nos permite salir solos... Creen que el Compromiso nos atrapará. Hay alguien montando guardia en la puerta.

—¿Crees que podrías distraerlos por mí?

Elsa parecía insegura.

—Si nos pillan, nos meteremos en un lío.

—Por favor, Elsa. Te deberé una.

—Tenemos unos cuantos problemas —dijo Felix—. De carácter interno. Y creo que ahí es donde tú podrías ayudarnos mucho.

Alyn acababa de ponerse un traje azul marino con una corbata azul pálido. Estiró un poco del cuello de la camisa, que parecía que lo estuviera estrangulando.

—Me ha dicho que todo esto era por el bien común —objetó Alyn—. Entonces, ¿por qué me está involucrando en esos asuntos?

—El Compromiso funciona —le explicó el hombre— de acuerdo con la riqueza. El que tenga más dinero manda. En realidad nunca ha habido más de dos candidatos que aspirasen al liderazgo: Stephen Nover y yo.

—Lo conozco —intervino Alyn—. Tuve que ver un documental sobre él en el colegio.

A Felix pareció divertirle la idea.

—Y ¿qué dedujiste de él?

El chico se encogió de hombros.

—Que si naces rico, probablemente solo conseguirás hacerte más rico.

—Te recomiendo que nunca le digas eso a la cara. —El multimillonario sonrió y le ajustó la corbata a Alyn—. Se ofende con facilidad. Si pudiera convencer a Antonia y Blythe para que voten conmigo, podríamos impedir que se convierta en el líder. A pesar de cómo sonríe en las fotografías y de todas sus obras benéficas, Stephen es un joven profundamente desequilibrado con unas tendencias bastante desagradables.

—Y ¿por qué no votan contra él sin más?

—Por miedo —contestó Felix.

—Y usted quiere que yo le ayude a hacerlos cambiar de opinión. Pero ni siquiera sé qué es lo que se supone que debo hacer —objetó el chico—. No sé nada de esa supuesta Habilidad...

—Porque no te han entrenado para utilizarla. Lo único que debes hacer es estar presente cuando me reúna con Antonia y con Blythe y emplear tu imaginación para obligarlos a acceder a mi petición. Lo sabrás cuando haya surtido efecto. Es posible que te sientas ligeramente aturdido.

Alyn dio un paso en dirección a Felix y entrecerró los ojos.

—Si descubro que me está utilizando, se acabó. Y juro que me encargaré de que lo lleven ante el juez.

—Te preocupan tus amigos, ¿verdad? —dijo el hombre cuando el muchacho comenzó a alejarse. Alyn paró y se dio la vuelta—. Entonces hazlo por su bien. Stephen es capaz de hacer cualquier cosa a cambio de poder, incluyendo el asesinato. Si se hace con el control, ninguno de vosotros estará a salvo.

Aquella tarde Alyn se sentó con las piernas cruzadas junto a la ventana del ático de lujo de Felix para contemplar la ciudad que se extendía a sus pies. Las luces ya se habían encendido, pues el sol invernal descendía a toda prisa por el cielo encapotado. Sentía el frío del suelo en los tobillos. Formó un círculo con los dedos y, a través de él, fijó la mirada en una fila de luces de un bloque de oficinas.

—Apagaos —susurró, y esperó sin dejar de observarlas.

Pasó casi un minuto y no ocurrió nada. Entonces visualizó que las luces se apagaban y mantuvo el pensamiento.

«Imaginación», le había dicho Felix.

Alyn recordó algo que había leído una vez en un libro, que una causa mínima podía provocar un efecto de proporciones catastróficas. El ejemplo era una mariposa que sacudía las alas en un extremo del mundo y causaba un tsunami en el otro.

Evocó en su mente la imagen de una mariposa negra y después se la imaginó volando ante él, atravesando la ventana y planeando en el aire en dirección al edificio de oficinas. Visualizó que atravesaba la pared y entraba en los circuitos eléctricos. En aquel momento, las luces de los despachos se apagaron.

Alyn se puso en pie de un salto con la mirada fija en la única fila de ventanas oscuras.

—¡Eh! —llamó Elsa desde la ventana de su habitación al miembro del Gremio que hacía guardia ante la puerta enrejada que daba acceso a la torre de pisos—. Sí, tú, el que está ahí abajo junto a la pared...

El hombre, cuyo pelo largo y rubio caía desordenado bajo su gorra de lana, levantó la vista hacia ella.

—¿Qué quieres?

—Me aburro. Quiero salir a dar un paseo —gritó la niña.

Harlan, que esperaba en la planta baja al otro lado de la puerta, asomó la cabeza por una esquina.

—Bueno, pues no puedes —gruñó el hombre, y se cruzó de brazos—. Tienes que quedarte ahí dentro.

«Venga, Elsa —pensó Harlan—. Puedes hacerlo mucho mejor».

—El Calvito ha estado intentando enseñarme ese rollo de la moneda —continuó la chica—. ¡Pero no se me da bien!

—¡Practica! —respondió el hombre con tono de hastío. Abrió una botella de agua y le dio un sorbo.

Segundos después, el vigilante soltó un chillido y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué acabas de tirarme?

—Lo siento —vociferó Elsa desde arriba—. Era mi moneda. ¿Puedes buscármela, por favor?

El hombre masculló algo entre dientes y se levantó del murete sobre el que estaba sentado. Harlan aprovechó la oportunidad para acercarse a la puerta. El

guardia le dio la espalda al chico y se agachó para buscar la moneda de Elsa.

—¡La veo! —gritó ella—. Está justo ahí, junto a la cloaca. No, ahí no, un poco a la derecha...

Harlan levantó la mirada hacia su amiga, le hizo un gesto de aprobación con los pulgares y echó a correr sobre el césped.

Caminó hasta que dio con un destartado salón recreativo, a menos de kilómetro y medio de distancia, embutido entre una tienda de licores y una lavandería. El chico entró y echó un vistazo a las luces parpadeantes. Al final se decidió por una máquina tragaperras situada junto a la puerta.

Metió un par de monedas y presionó los botones iluminados. «No se me ocurre un mejor lugar para practicar», pensó. Mientras los tres rodillos giraban al unísono, Harlan cerró los ojos.

Dentro de la máquina, una minúscula, apenas perceptible fluctuación de la gravedad hizo que el primero de los rodillos se trabara ligeramente y disminuyera su velocidad. Segundos después, se detuvo en la imagen de una campana.

Harlan sintió un hormigueo en la cabeza. Abrió los ojos justo cuando el segundo y el tercer rodillo aterrizaron también en las campanas. Las luces destellaron y una cascada de monedas repiqueteó contra la bandeja.

«Esto es adictivo», pensó mientras la sensación de cosquilleo se iba apagando. ¿En qué más sería capaz de influir? Daba la impresión de que las posibilidades eran inagotables.

—Perdona, ¿cuántos años me has dicho que tenías? —dijo el encargado media hora más tarde mientras examinaba cuidadosamente a Harlan.

—Dieciocho —mintió él mientras trasladaba las monedas de su jersey al mostrador—. Me gustaría cambiar esto en billetes.

El encargado de los recreativos entornó los ojos y lo estudió con detenimiento. Con un suspiro, contó las monedas y, a regañadientes, sacó varios billetes de la caja para lanzárselos a Harlan.

—Si me entero de que estás haciendo trampas... —empezó, pero se quedó callado cuando el chico se dio la vuelta y se marchó.

A unos cuantos kilómetros de distancia del salón recreativo, no muy lejos de donde había dejado el coche del Gremio, Julian estaba apoyado contra el escaparate de una tienda mirando al vacío mientras la lluvia tamborileaba incesantemente contra los adoquines. El toldo de lona que le cubría la cabeza se inflaba y se hundía con el aire, y un solitario reguero de agua iba formando un charco a su lado.

—¡Aquí estás! —exclamó Harlan al sentarse a su lado—. He tardado una eternidad en encontrarte.

Julian permaneció en silencio.

—Ven con nosotros —lo instó el chico indio—. El Gremio cuidará de nosotros. Estaremos a salvo con ellos... Nos entrenarán y aprenderás cosas que jamás habrías pensado que fueran posibles...

Al fin Julian levantó la cabeza para mirar a Harlan a los ojos.

—Esa Habilidad... Si es cierta, es peligrosa. Es una maldición.

—Puede que tengas razón, pero por eso tenemos que aprender a utilizarla —repuso Harlan emocionado—. Para poder controlarla. De otro modo...

Su compañero apartó la mirada.

—Por lo que sabemos, todo eso no es más que otra mentira.

—No creo que pienses eso de verdad.

—Puede que sí. No sabes absolutamente nada de mí, Harlan.

—Sé que no eres tan complejo como crees que eres. Eres como todos nosotros. Quizás un poco más egoísta. Pero en el fondo no somos tan diferentes. Todos nos hemos visto metidos en algo a lo que estamos intentando encontrarle un sentido.

—Entonces, ¿por qué te importa siquiera si me uno o no a ti y al resto de esos bichos raros?

—¿A qué otro sitio vas a ir? ¿A casa? ¿Qué harás cuando vayan a buscarte?

—Me las arreglaré.

Harlan sonrió.

—Ni siquiera tienes dinero desde que Elsa te lo robó.

—Entonces dormiré aquí —dijo Julian encogiéndose de hombros—. Encontraré comida. Sobreviviré. Es lo que mejor se me da.

—Al menos dale una oportunidad al gremio. Nadie te obligará a quedarte.

—El Gremio. —Se echó a reír y negó con la cabeza—. ¿De verdad crees que son mejores que los que nos metieron en la cárcel?

—Cualquiera es mejor que ellos —contestó Harlan. Se levantó y señaló en dirección a la base del Gremio—. Es una torre gris que se llama Casa Hermes, a veinte minutos de aquí. —Apuntó hacia un par de edificios borrosos a lo lejos—. Si cambias de opinión, y espero que lo hagas, allí nos encontrarás.

Antes de marcharse, Harlan se metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de dinero, al menos doscientas libras.

—Querías recuperar tu dinero. Toma. Cógelo —dijo, y se lo entregó a su amigo.

Julian pareció quedarse atónito.

—¿De dónde lo has sacado? ¿Por qué estás haciendo esto?

—Estoy cuidando de ti —respondió Harlan—. ¿De qué otro modo vas a aprender si no, Julian?

No dijo nada más y se alejó deprisa bajo la lluvia persistente.

Tras una larga tarde practicando sin éxito con la moneda, Elsa bajó de un

salto de su cama y se acercó a la ventana. «Ojalá me dejaran hacer algo más divertido», pensó con un suspiro mientras le daba vueltas a la moneda entre los dedos. A aquel ritmo, nunca conseguiría ser miembro del Gremio, no si no era capaz de superar la prueba más básica.

Salió de la habitación y se detuvo junto a la puerta cerrada con llave que había al final del pasillo. Se aseguró de que nadie la estaba mirando y se acercó lentamente a ella. Era como si algo la atrajera y Elsa no fuese capaz de resistirse.

Dio un último paso y miró a través del agujero de la cerradura. Estaba segura de que allí dentro había algo, una sombra. Pero ¿qué...?

Pyra la agarró por un brazo y la apartó.

—Creía que te habíamos dicho que no te acercases a esa habitación. ¿Tienes dificultades para prestar atención a las órdenes?

—No —contestó la niña—. Solo las tengo para obedecerlas.

Pyra entornó los ojos.

—Tengo que hacer una cosa. ¿Quieres venir? ¡Te ayudará a no meterte en líos!

Elsa se encogió de hombros.

—Depende, supongo. ¿Qué tipo de cosa?

—Vigilancia —contestó la joven.

—¿Vas a espiar a alguien? ¿A quién?

—Se llama lord Blythe. Es un socio próximo a James Felix. Últimamente ambos han pasado mucho tiempo juntos. —Levantó el periódico enrollado que llevaba en la mano y lo abrió por una página que mostraba una foto de Blythe y Felix con aspecto sospechoso—. La prensa cree que están tramando alguna fusión empresarial arriesgada, pero gracias a lo que nos has contado sobre Felix creemos que podría tratarse de algo relacionado con el Compromiso.

Elsa estudió la imagen durante unos momentos.

—¿Cómo vais a encontrar a este tal Blythe?

—No es tan reservado como Felix —contestó Pyra—. Más bien al contrario.

—Y ¿quieres que yo te ayude a espiarlo?

—Claro. Creo que podría venirte bien. Vamos.

Pyra tiró de ella mientras Elsa le echaba un último vistazo a la puerta cerrada.

Media hora más tarde, las dos estaban de pie, una al lado de la otra, en un vagón de metro atestado de gente. Pyra estaba apoyada contra una barra con los brazos cruzados sobre el pecho mientras Elsa escudriñaba el mapa del metro.

—¿Qué te parece el entrenamiento? —preguntó Pyra.

La chica levantó la mirada.

—Duro, supongo. He hecho todo lo que me dijo el Calvito.

—¿Y?

—No soy lo bastante buena. No creo que lo consiga. Soy capaz de visualizar lo que se supone que debo imaginar, pero no logro concentrarme.

Pyra se metió una mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó la ficha de dominó.

—Esto es un ancla —dijo.

Elsa cogió la pieza entre el pulgar y el índice, la examinó y la dejó caer de nuevo sobre la mano de Pyra.

—¿Me das una?

—Tienes que buscarte la tuya propia. Funciona mejor si significa algo para ti. Ni siquiera tiene que ser un objeto real. Podría ser un símbolo, una palabra, un recuerdo... Si intentas influir en las cosas, a veces tu propio deseo puede interponerse en tu camino. Un ancla puede ayudarte a concentrarte.

—Un elefante azul —dijo Elsa un poco avergonzada—. Es mi juguete favorito. Mis padres solían colocarlo en el suelo junto a mi cama cuando dormía. Decían que mantendría alejados a los monstruos. Al poco tiempo, ya ni siquiera necesitaba el juguete cuando tenía miedo, me bastaba con pensar en él. ¿Puedo utilizarlo como ancla?

—Adelante. De todas formas, esta es nuestra parada —anunció Pyra, y se encaminó hacia el andén.

Elsa tuvo que esforzarse para mantener el ritmo de la chica mientras subían un piso de escaleras hasta alcanzar las mecánicas. Miró los anuncios que se deslizaban ante ellas a ambos lados.

—¿Dónde has dicho que vamos a encontrar al tal Blythe?

—Hay un pequeño restaurante en Covent Garden —contestó Pyra—. Al parecer come allí todos los miércoles.

—Entonces, ¿vamos a entrar allí sin más y sentarnos a su lado?

—No vamos a hacer nada tan divertido como eso. Vamos a esperar.

Giraron a la derecha al salir de la estación y dejaron atrás las pequeñas multitudes que se amontonaban en torno a unos cuantos artistas callejeros. El olor a comida cocinada salía de los pequeños restaurantes y cafés repartidos por la zona. Elsa oyó que le rugían las tripas cuando entraron en la plaza.

—Por allí. —Pyra señaló una calle cercana—. Hay una cafetería justo enfrente. Podemos sentarnos fuera y esperar.

Tras sacudir unas cuantas gotas de lluvia de las sillas de metal, las dos chicas se sentaron a la mesa, Pyra de cara a la puerta del restaurante situado al otro lado de la calle. La joven pidió un café para cada una, y, poco rato después, una camarera sonriente salió con sus bebidas.

—No me has contado cómo entraste en contacto con el Gremio —dijo Elsa.

—¿Se suponía que tenía que hacerlo?

—No, tenía curiosidad. Eso es todo.

—Me he pasado toda la vida a cargo de los servicios sociales —explicó Pyra tras unos segundos de silencio—. Cuando comencé a darme cuenta de lo de la Habilidad, no era mucho mayor que tú. Me dijeron que estaba enferma.

—Pero no lo estabas, ¿verdad?

—Bueno, puede que sí —contestó la joven—. Era una niña llena de rabia. Me metí en líos y tuve que estar una temporada metida en una institución para jóvenes delincuentes. La última noche que pasé allí, me la imaginé ardiendo hasta los cimientos. Tres días más tarde, sucedió. Dijeron que fue una mezcla de cosas: un enchufe estropeado, algo de aguarrás que no habían limpiado como era debido, pilas gastadas en la alarma de humos. No era culpa de nadie...

—Pero ¿tú fuiste la chispa? Al menos eso es lo que crees, ¿no?

Pyra hizo ademán de contestar, pero se contuvo y se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero esa es la razón por la que existimos... Para entrenar a la gente para que pueda hacerse con el control de la Habilidad y utilizarla a favor del bien. —Desvió rápidamente la mirada de Elsa hacia la puerta del restaurante—. Mira. Ahí está nuestro hombre.

La niña se dio la vuelta con brusquedad, pero Pyra la agarró de la muñeca.

—No seas tan descarada —le advirtió—. Crees que tu entrenamiento solo está relacionado con usar la Habilidad, pero en realidad se trata de mucho más que eso. —Esperó hasta que Blythe se alejó un poco y se detuvo—. Ven, sígueme.

42

—Bueno, ¿quién es el primero? —preguntó Alyn mientras el coche con chófer serpenteaba entre las mareas del tráfico vespertino.

—El miembro de menor rango del Compromiso. Se llama Blythe.

—¿Se ha planteado alguna vez que tal vez esté haciendo trampas? —volvió a preguntar.

—¿Trampas? En absoluto —contestó el hombre entre risas—. Si hubieras dado con Stephen, él te habría puesto a hacer exactamente lo mismo, estoy seguro. Ese chico no me tiene ningún aprecio, por un motivo u otro.

Alyn observó a Felix mientras este se limpiaba las gafas con un pañuelo de seda.

—Entonces, mientras Blythe y usted estén hablando, yo tengo que imaginarme que él accede a expulsar a Stephen —dijo el chico—. Nada más.

—No es tan simple como imaginárselo sin más, Alyn. Tienes que concentrarte con cada molécula de tu ser, como si estuvieras obligando a tu imaginación a reemplazar la realidad en sí.

«Apagar unas cuantas luces fue más fácil —reflexionó Alyn—. Manipular los pensamientos de alguien parece otra cosa».

—Y después —añadió Felix— te llevaré a comer una hamburguesa. ¿Qué me dices?

Alyn salió del coche detrás del multimillonario y lo siguió hasta un palacete de estilo eduardiano. En la puerta los esperaba un hombre canoso con sobrepeso y bigote, la cara enrojecida y un puro sujeto entre los dedos como si fuera un pincel.

—Blythe —dijo Felix al tiempo que le tendía la mano—. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo —aseguró Blythe. Después se volvió hacia Alyn.

—Quiero que conozcas a mi aprendiz. Este es Alyn —los presentó Felix.

El corpulento aristócrata se apartó el puro de los labios y echó la cabeza hacia atrás.

—Ah, sí —murmuró mientras dejaba escapar una bocanada de humo—. Pobre chaval, ¿qué has hecho para merecer algo así? ¡Apuesto a que te está matando a trabajar! —Blythe estampó una pesada mano contra el brazo de Alyn y rio con estrépito.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar en privado? —preguntó Felix.

—Por supuesto. —Blythe le dio otra calada al puro y los invitó a alejarse de

los escalones de la entrada—. Seguidme.

Alyn se preparó para recibir el impacto de otra entusiasta palmada en la espalda y caminó junto a los dos hombres hasta que llegaron a un prestigioso hotel situado al final de la calle siguiente. Un portero atento y con la cara rechoncha estaba de pie junto a la puerta, rígido y con las manos a la espalda. Sobre él, una bandera blanca ondeaba en el aire frío.

—Buenas tardes, caballeros —dijo al reconocer a la pareja y haciéndose a un lado para franquearles el paso.

Elsa asomó la cabeza por la esquina y los observó.

—¡Han entrado en ese hotel! —le dijo a Pyra entre susurros—. Y había alguien con ellos, pero no he podido verlo bien. ¿Crees que deberíamos seguirlos?

Pyra bajó la mirada hacia sus vaqueros rasgados y su cazadora de cuero.

—Las dos no. Tú.

—Pero yo no puedo...

—Ha llegado el momento de que dejes de pensar en lo que no puedes hacer, Elsa, y te concentres en lo que sí eres capaz de hacer. Todo esto forma parte de tu entrenamiento..., utilizar el ingenio y aprender a tomar decisiones sobre la marcha. Luthan es tradicionalista. Puede que él te tenga lanzando esa moneda arriba y abajo, pero yo prefiero tenerte ahí fuera.

Elsa hizo un mohín.

—¿Qué hago cuando esté dentro?

—Pedirte una taza de chocolate caliente y relajarte. —Pyra sonrió—. Estoy de broma, claro. Intenta oír la conversación para ver si hay algo que pueda resultarnos útil. Si te sientes en peligro, lárgate sin más. Yo te estaré esperando justo aquí.

La joven le asestó a Elsa un empujón de ánimo y se ocultó tras la pared. La niña corrió por la acera en dirección al hotel. Sintió que se le formaba un nudo en el estómago mientras avanzaba por el aparcamiento hacia la puerta.

Blythe suspiró.

—A no ser que me equivoque, ya hemos tenido esta conversación, Felix. Quieres que Antonia y yo nos unamos a ti en la votación para expulsar a Stephen del Compromiso.

En el otro extremo de la habitación, Alyn había estado esforzándose en mantener en su mente una imagen de Blythe accediendo a la petición de Felix.

—Ya me lo has pedido en otras ocasiones, y mi respuesta sigue siendo la misma. Nos resulta más útil dentro que fuera, y no queremos echarlo todo a perder. Si esto siguiera adelante, habría consecuencias terribles.

—Habría consecuencias terribles si no siguiera adelante —contrarrestó Felix—. ¿De verdad lo ves al frente del Compromiso algún día, Blythe? ¿Quieres dejar el destino de todo el mundo en sus manos, en manos de un loco?

—El destino siempre está en manos de locos, Felix. Porque ellos son los únicos lo bastante astutos, o lo bastante estúpidos, para buscar ese tipo de poder. —Se inclinó hacia Felix y bajó la voz—. Además, ¿crees que este es un buen momento para discutir estos asuntos? No entiendo por qué has tenido que traerlo.

—Alyn no tiene ni idea de nada de esto —mintió Felix, que le dio un sorbo lento a su bebida—. Tan solo se ha estado ocupando de hacerme algunos recados.

—Hum. Bueno, de todas formas tengo que ir a cambiarle el agua al pajarito —dijo Blythe—. Otro gin-tonic, si invitas tú.

Se puso de pie, eructó ruidosamente con una mirada de orgullo en los ojos y se encaminó hacia las escaleras con sus andares de pato.

Felix esperó hasta perderlo de vista para acercarse a grandes zancadas hasta el asiento de Alyn.

—No está funcionando —le espetó—. No ha cambiado de opinión. Tienes que seguir intentándolo, Alyn. No sé cuánto tiempo más podré retenerlo aquí. Hay una gala benéfica en la ópera el viernes. Todos los miembros del Compromiso asistirán. Es cuando tengo planeado anunciar la expulsión de Stephen. Necesitamos que Blythe y Antonia hayan accedido para entonces.

Alyn suspiró al reconocer el desengaño y la desesperación en la voz del

millonario. Si lo que afirmaba sobre Stephen era cierto, era vital que completaran con éxito aquella misión. Pero por encima de todo se hallaba el hecho de que Felix era una de las pocas personas que lo habían tratado con bondad... Algo que ni siquiera su propio padre había sido capaz de hacer.

—Seguiré intentándolo —le aseguró.

—Sé que eres más que capaz.

Felix le dio unas palmaditas de aliento en el hombro y se apresuró a regresar a su silla justo en el momento en que Blythe volvía.

Elsa entró a toda prisa. Hasta el momento no había ni rastro de Felix o Blythe por ningún sitio. Caminó con cautela en torno al extenso vestíbulo observando las hileras de pinturas enmarcadas, los sillones con motivos florales y las mesas de madera oscura, donde los huéspedes se sentaban con la espalda muy recta.

«No puedo fastidiarla y quedar en ridículo delante de Pyra», pensó. De lo contrario, sería la primera y la última vez que la invitaran a participar en una misión.

Cuando Elsa entró en la cafetería, los vio. Felix y Blythe estaban sentados delante de una grandiosa chimenea. Se acercó a ellos y, de paso, se agenció un canapé de un carrito aparcado.

Se acomodó en un asiento próximo a la mesa de los millonarios y cogió un periódico para taparse la cara. Prestó atención e intentó captar su conversación.

—Espero verte en la ópera el viernes —dijo Felix al cabo de poco tiempo—. No sé tú, pero para mí será un alivio acabar con todo ese asunto.

«La ópera el viernes —pensó Elsa—. ¿Qué ocurrirá allí?».

Felix se levantó estirándose y se volvió hacia su aprendiz.

—Ya hemos acabado, Alyn —le dijo al chico que había junto a la ventana—. ¿Has conseguido acabar todo el trabajo que te pedí?

Elsa bajó un poco el periódico y vio que Alyn se acercaba a los dos hombres.

—Todo —contestó el muchacho.

—¿Alyn? —dijo la niña en voz alta, y enseguida volvió a cubrirse la cara con el diario. «No puede ser él. —Esperó un par de segundos y volvió a mirar por encima de las páginas. Era él—. ¿Qué está haciendo aquí?».».

—Encantado de haberlo conocido —dijo el chico al estrecharle la mano a Blythe.

Elsa se quedó boquiabierta al ver a su amigo vestido con un traje caro y estrechándoles la mano precisamente a las mismas personas que habían sido responsables de su encarcelamiento.

—El placer ha sido todo mío —contestó Blythe entre risas—. Cuídate. Y si te hace trabajar demasiado me lo dices. ¡Tendremos unas palabras!

Los tres regresaron al vestíbulo y se despidieron. Blythe, aún riéndose, les saludó con la mano por última vez y se encaminó hacia el bar.

43

Henry abrió los ojos lentamente y se encontró envuelto en una oscuridad teñida de azul. Palpó lo que le rodeaba, pero tan solo sintió piedra fría bajo los dedos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz, vio volutas de vapor plateado saliendo de su boca.

—¿Dónde estoy? —preguntó en voz alta todavía adormilado—. ¿Hay... hay alguien ahí?

Unos segundos después, oyó el ruido de unos pasos y una puerta se abrió con un chirrido metálico.

Henry escudriñó la silueta que apareció en el umbral y se las arregló para poder sentarse erguido.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó Rayner tras bajar la mirada hacia su prisionero.

El hombre asintió, y el guardia entró en la celda y cerró la puerta a su espalda.

Henry apoyó la espalda contra la pared. Tenía los brazos débiles y comenzaba a sentir el dolor de la artritis en las manos.

Rayner se cruzó de brazos.

—¿Adónde han ido los críos?

Henry clavó la mirada en el suelo. Se secó la barba blanca con una manga.

Rayner se agachó y lo agarró por la camisa.

—Será mejor que empieces a hablar —gruñó—. O no saldrás de esta habitación durante mucho tiempo.

El prisionero abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

—¿Piensas hacerme el vacío? —prosiguió el otro—. Estoy acostumbrado a que los niños hablen mucho antes.

Se retorció la mano hasta que le chascaron los nudillos.

Henry bajó la mirada.

—No tienes ni idea de lo que estás entorpeciendo —le espetó Rayner.

—Sé exactamente qué es lo que estoy entorpeciendo, y es una locura —replicó Henry.

—Estamos salvando al país del colapso —arguyó el guardia.

—No estáis salvando nada ni a nadie excepto a los ricos. El Compromiso... ¿Crees que les importa alguien que no sean ellos mismos? ¡Solo intentan preservar las cosas para poder seguir manteniendo el poder que tienen!

—No sabes nada, viejo —dijo Rayner.

Soltó la camisa de Henry y se puso de pie.

—Te han engañado —insistió el hombre mientras se frotaba la garganta—.

No eres más que otro peón, como todos los que estáis aquí. Si no detenéis el proyecto y liberáis a esos niños de inmediato, no tenéis ni idea del daño que causaréis. Dime, ¿ha comenzado ya alguno de ellos a actuar de forma extraña? ¿Han perdido el sentido de la realidad?

Rayner titubeó.

—Ya me lo imaginaba —dijo Henry—. Porque así empezará.

—¿Qué es lo que empezará así?

Henry guardó silencio y observó a Rayner con atención.

—No creeríais en serio que podríais saliros con la vuestra y manipular la realidad sin consecuencia alguna, ¿verdad? Si seguís adelante con este proyecto, los niños correrán un grave peligro...

En aquel momento se abrió la puerta. Rayner volvió la cabeza para mirar por encima del hombro.

—Quiero hablar con él —dijo una voz femenina desde el exterior de la habitación. En privado.

Rayner miró a Henry y después a la mujer.

—Estaré aquí fuera —anunció.

Henry se protegió los ojos de la momentánea oleada de luz que penetró en la habitación cuando Susannah franqueó la puerta y después la cerró.

—Hola, Henry —lo saludó con una sonrisa—. Cuánto tiempo.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó Jes, que había pasado las últimas horas prácticamente en trance.

—Porque nos están siguiendo —contestó Ryan, que se asomó entre los asientos delanteros para acercarse a Charlie—. ¿No es así?

El conductor asintió. Un vehículo llevaba diez minutos detrás de ellos, y, a pesar de los esfuerzos de Charlie por librarse de su perseguidor, el coche seguía allí.

—No podemos permitir que nos sigan hasta nuestro edificio —explicó Charlie.

—¿No podríamos utilizar la Habilidad para hacer que su coche se estrelle? —preguntó Jes.

El hombre la miró.

—¿En una calle principal? —Esbozó una mueca—. Quién sabe el daño que provocaríamos.

—Así que tenéis vuestro propio edificio, ¿eh? —dijo Ryan mientras observaba que el coche que los seguía se internaba en la misma calle que ellos. La lluvia danzarina se arremolinó ante sus faros.

—En efecto —contestó Charlie—. Os gustará. Es bastante chulo.

Jes tenía la mirada clavada en el crucifijo que colgaba del espejo retrovisor.

—Echad el seguro de las puertas —les pidió Charlie cuando el otro coche se acercó.

—¿Te acuerdas de que sigo teniendo esto? —dijo Ryan, que le dio unos golpecitos a su ibis.

El vehículo perseguidor se puso a la altura del suyo. La ventanilla tintada del conductor descendió lentamente.

—¿Hay alguna razón por la que nos esté siguiendo? —preguntó Charlie.

El conductor del otro coche dijo algo que ni Ryan ni Jes pudieron oír.

Charlie abrió la portezuela.

—Quedaos aquí —dijo, y salió a toda prisa.

Ryan se echó hacia delante en su asiento para intentar ver algo.

—Echa un vistazo por tu ventanilla —le dijo a su amiga—. Yo no veo lo que ocurre. ¿Jes? ¿Me estás oyendo?

Ryan se volvió para mirarla justo cuando la chica agarró el ibis y salió del coche de un salto.

—¡Jes! —siseó Ryan.

La vio acercarse corriendo al otro vehículo, asomarse por la ventanilla abierta y disparar el ibis.

Regresó a toda prisa a la puerta que ella misma había dejado abierta, lanzó el ibis en dirección al asiento trasero y se sentó de nuevo junto a Ryan.

—Muy bien —dijo—. ¡Vámonos!

Charlie apareció por la parte trasera del coche. Las gotas de lluvia resbalaban por la visera de su gorra.

—Jes, ¿a qué demonios estás jugando? —preguntó—. Solo quería decirme que llevo las luces traseras fundidas.

La chica se quedó boquiabierta.

—Yo solo quería ayudar.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Charlie, que se metió en el coche y lo arrancó para alejarlo del bordillo.

La multitud comenzó a gritar enfervorecida cuando la limusina negra de Stephen se acercó a la acera y se abrió la puerta. Oculto entre el gentío, Julian observó al multimillonario mientras bajaba de la parte trasera del vehículo ignorando a sus entregados seguidores hasta que un asesor le susurró al oído que había cámaras siguiéndolo.

Tras aquel aviso, Stephen cambió de actitud. Sonrió con dulzura y lanzó besos a los espectadores en varias ocasiones.

—Gracias —dijo en voz alta—. Gracias a todos mis Noveradictos. ¡Sois los mejores seguidores que cualquiera podría desear!

Todos lo aclamaron al unísono.

—No me puedo creer que se traguen este estúpido teatro —murmuró Julian con desesperación al tiempo que un sonriente Stephen se acercaba a la muchedumbre.

Nover cogió un libro de autógrafos sin molestarse siquiera en mirar a la chica que se lo tendía, garabateó algo rápido y se lo devolvió con brusquedad.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó una adolescente ruborizada y con el pelo encrespado.

—¿Casarme contigo? —repitió él con desdén y olvidándose momentáneamente de su pose—. ¿Qué te crees, que soy ciego?

La chica se quedó boquiabierta. El asesor de Stephen se acercó a él rápidamente y volvió a susurrarle algo.

—Porque, si fuera ciego, ¿no vería a todos estos otros maravillosos seguidores! —exclamó Nover corrigiéndose deprisa—. Y, si me casara con uno de vosotros, les negaría la oportunidad a todos los demás..., ¿no?

Se produjo otra oleada de vítores entusiastas. Incluso la receptora del insulto soltó un suspiro de alivio, aceptó su firma con amabilidad y se llevó el libro de autógrafos al pecho para abrazarlo.

Julian entornó los ojos. «Seguro que te crees muy listo por haber mandado a tus matones a por nosotros», pensó.

Después de unos cuantos autógrafos apresurados más, Stephen se sorprendió aceptando una libreta que le habían puesto delante.

—Toma —dijo el multimillonario, y le tendió la libreta a su propietario.

Julian levantó la mirada sin decir una sola palabra, con la cara parcialmente oculta por la sombra de su capucha.

—¿Ni siquiera me das las gracias? —preguntó Stephen—. Encantador...

Obligó a Julian a coger la libreta y cogió otra.

—Sé quién eres —dijo el chico en voz baja—. Sé lo que has hecho.

En aquel momento, Stephen decidió mirarlo a los ojos.

—¡Stephen, por favor, fírmame esto! —vociferó una chica agitando un trozo de papel en dirección a Nover—. ¡Por favor, por favor!

—Ahora la pelota está sobre mi tejado —siseó Julian—. Y yo solo juego cuando sé que puedo ganar.

—¿Ah, sí? —Stephen soltó una risita. Se inclinó hacia el chico y susurró—. Alguien está enfadado porque he sido más listo que él.

—¿Más listo que yo? Sigo en libertad, ¿no?

Bajo su fachada de frialdad, Julian se dio cuenta de que temblaba de rabia.

—De momento.

Stephen firmó el papel de la chica y se alejó de la multitud. Luego le susurró algo a su asesor, que se puso de puntillas para ver que Julian ya se estaba escabullendo.

—Ya no hay más autógrafos —declaró el millonario—. Tengo trabajo.

Para gran disgusto de sus seguidores, Stephen se apartó de ellos seguido por

un convoy de hombres vestidos de traje y se dirigió hacia el interior del rascacielos.

46

Ya había oscurecido cuando una excitada Elsa volvió a la torre de pisos con Pyra.

Mientras esperaban el ascensor en el mugriento vestíbulo, la puerta se abrió y Harlan entró sacudiéndose la lluvia del abrigo. Se quitó la capucha y se percató de la presencia de las dos chicas a escasos pasos de él.

—¡Te has escapado! —exclamó Pyra mirándolo con los ojos entrecerrados, y el chico se sobresaltó—. Te dijimos que esperaras aquí. ¿Es que eres tonto? Todavía hay gente buscándoos.

—Pero... tenía que hacer unas cosas.

Se bajó la cremallera del abrigo y Elsa vio que llevaba un fajo de billetes en el bolsillo interior.

—Elsa, ¿lo has ayudado a salir?

—¡No, lo juro! ¡Juro que yo no he hecho nada!

Pyra fulminó a Harlan con la mirada.

—Pues no vuelvas a hacerlo. Podrían haberte seguido o algo así. Si tienes que salir, asegúrate de que uno de nosotros te acompaña. ¿Entendido?

El muchacho asintió.

—¡Hemos espiado a alguien! —le explicó Elsa emocionada cuando se subió con ellas en el ascensor—. Ha sido muy guay. Hasta me colé en un hotel y todo.

—Ya no me sorprende nada —dijo Harlan.

Pronto llegaron al último piso y Pyra salió del cubículo.

—Deberíais intentar dormir un poco —les dijo a los dos chicos—. Ha sido un día largo. Mañana tendréis que entrenar temprano. Y nada de volver a salir solos.

—Eh —comenzó Elsa cuando Pyra ya se había alejado por el pasillo y no podía oírlos—. ¿Ese dinero es tuyo? ¿De dónde lo has sacado?

—Métete en tus propios asuntos. —Harlan la miró con furia y desapareció tras la esquina.

Elsa corrió tras él.

—¿Lo has robado? ¿Has atracado a alguien? Dímelo, Harlan, dímelo...

—Lo he ganado —contestó él—, si tanto te interesa.

—Has estado apostando —dijo la niña—. Has utilizado la Habilidad para hacer trampas.

—Encontré un sitio no muy lejos de aquí —continuó el chico con indiferencia—. Un salón recreativo pequeño donde me han dejado jugar sin mostrar identificación alguna. No es tan grave.

—Así que no me equivocaba, has estado apostando.

—No, estaba entrenando. Pensé que no había mejor forma de practicar que utilizar la Habilidad realmente. —Abrió los ojos de par en par—. ¡He triplicado el dinero de Julian en menos de una hora, Elsa!

—Espero que no vuelvas a ese sitio —dijo la chica—. Pensarán que has hecho trampas, y no quiero que vuelvas sentado en una silla de ruedas.

Harlan se encogió de hombros. Abrió de un empujón la puerta de su dormitorio y entró en silencio. Se arrodilló junto a la cama y metió parte del dinero bajo el colchón.

—¿Puedo contarte algo, Harlan? —preguntó su amiga.

—Tengo la sensación de que vas a hacerlo de todos modos. ¿Qué pasa?

—Cuando estábamos espiando, vi... vi a Alyn —respondió Elsa.

El chico dejó lo que estaba haciendo y la miró a los ojos.

—Llevaba traje y corbata. Es como si fuera el ayudante de Felix o algo así.

—No podía ser él.

—Sí que lo era. ¡Lo juro!

Harlan se sentó sobre el colchón.

—¿Él te ha visto?

La chica negó con la cabeza.

—No. Y tampoco le he dicho nada a Pyra. ¿Crees que ese tío le habrá lavado el cerebro?

—O eso o va a por Felix él solo —contestó Harlan mientras trataba de calcular las probabilidades de aquello—. No lo sé, Elsa.

La niña asintió.

—Bueno, será mejor que practique ese rollo de la moneda si quiero impresionar al Calvito en algún momento...

Harlan se aclaró la garganta y miró hacia la puerta.

Elsa volvió la cabeza.

—Mierda —masculló al ver a Luthan de pie detrás de ella.

—Entonces, ¿vas a impresionarme? —preguntó el hombre tras cruzarse de brazos.

—No —farfulló Elsa—. Pero Harlan sí. Él ya puede hacer lo de la moneda, ¿a que sí, Harlan?

—Sé hablar por mí mismo, Elsa. —Se volvió hacia Luthan—. Creo que ya lo tengo. ¿Qué viene ahora? ¿Cuándo empezamos el entrenamiento de verdad?

—Esto ya es un entrenamiento de verdad. Si no consigues dominar las cosas básicas, jamás conseguirás manejar algunas de nuestras técnicas más avanzadas

Pero, si crees que estás preparado para examinarte, reúnete conmigo en la azotea mañana, al mediodía. Te dejaré unas cuantas horas de práctica primero.

47

Ocho miembros del Gremio estaban esperando en la zona central de reuniones cuando Luthan franqueó las puertas de roble. La luz de la luna entraba a raudales por la hilera de ventanas.

—Me alegra que todos hayáis podido asistir a esta reunión de emergencia — dijo Luthan mientras pasaba entre dos columnas. En medio había un caballete que sostenía un plano arquitectónico colocado sobre un tablero—. He pensado que había llegado el momento de vernos. —Se sacó una fotografía de la chaqueta y la sujetó con una chincheta en la parte superior del caballete—. Como todos sabéis, este es James Felix. Los niños han confirmado que forma parte del Compromiso, pues encontraron su nombre y número de teléfono en el móvil que robaron en la cárcel.

Anton estaba apoyado contra una de las columnas de piedra. Llevaba una camiseta negra ajustada, unos vaqueros rotos y una boina. Levantó una foto de Stephen Nover, se la mostró al resto del grupo y dijo:

—El segundo hombre más rico del país... Y Harlan y Julian se dieron cuenta de que su empresa fabricó los ibis.

Se acercó al tablero y colocó la imagen debajo de la de Felix. Se produjo un murmullo de interés entre los demás miembros.

Pyra les enseñó una fotografía de un rubicundo Blythe vestido con ropa de ir a cazar zorros.

—Lord Blythe —anunció—. Elsa me ha ayudado con la vigilancia como parte de su entrenamiento y, tal como nos esperábamos, Blythe se ha reunido con Felix. Pero no para hablar de negocios...

—Han hablado del Compromiso —confirmó Luthan—. Blythe es la tercera persona más rica del país. ¿Vislumbráis una pauta? La cuarta más rica es Antonia

Black, una heredera muy reservada. —Tras aquellas palabras, mostró una imagen de una mujer minúscula y de melena oscura saliendo de una limusina—. No sabemos si está implicada, pero yo diría que es muy probable. El Compromiso tan solo se basa en quién tiene más dinero. Al fin y al cabo, eso es lo que valoran por encima de todo.

—Y, según esa lógica, Felix es el que más tiene, así que debe de ser el que manda —dijo el hombre que estaba sentado junto a Pyra—. Va a ser difícil llegar hasta esta gente.

—En efecto. —Luthan se agarró las manos a la espalda—. Pero Pyra tiene noticias para nosotros, ¿verdad?

—Este viernes hay una gala benéfica en la ópera... Un espectáculo, y luego una especie de baile de máscaras en el salón de baile. Tanto Felix como Blythe asistirán... Y Nover financia la mayor parte del evento, así que también estará allí.

—El Compromiso al completo bajo un mismo techo —dijo Anton—. Da la impresión de que tal vez debamos colarnos en esa fiesta.

Luthan señaló el plano y recorrió el laberinto de líneas con un dedo.

—Hay dos entradas —señaló—. En la delantera será donde estén las cámaras...

—Y la gente que quiera llamar la atención —lo interrumpió Pyra—. Como las celebridades. Apuesto a que ese estúpido empalagoso de Nover no desperdiciará la oportunidad de realizar una entrada espectacular.

—Pyra y yo encontraremos un modo de colarnos —dijo Luthan—. Si entráramos demasiados levantaríamos sospechas. Lo más importante es que el proyecto llegue a su fin y pongan a los niños en libertad. Y de momento no tenemos con qué negociar..., a no ser que tomemos un rehén.

—Habrá cámaras y seguridad por todas partes —apuntó un hombre sentado a la mesa—. ¿Cómo tienes pensado que nos las ingeniemos para hacer un rehén?

—Utilizaré la Habilidad para hacer que uno de los miembros del Compromiso se quede solo... e inconsciente. Deberíamos poder sacarlo de allí con relativa sencillez; al fin y al cabo, tan solo estaremos preocupados porque uno de los invitados ha bebido demasiado y querremos acompañarlo a su coche.

—Y llevaremos máscaras, lo cual debería facilitarnos un poco las cosas — dijo Anton.

—¿Máscaras? —Elsa se había sumado discretamente a la reunión. Miró el caballete y abrió los ojos de par en par—. ¡Ostras! ¿Estáis planeando algo? ¿Puedo ir con vosotros?

—Sí —contestó Pyra al tiempo que la empujaba para sacarla de la sala—, estamos planeando algo. Y no, no puedes venir. Ahora, piérdete.

—¿Aunque te haya ayudado hoy? —La niña parecía decepcionada.

Pyra la mandó de vuelta a su habitación.

—¿Qué parte de «piérdete» es la que no entiendes?

48

—Bueno —dijo un Felix aliviado cuando salió del despacho de Antonia frotándose vigorosamente las manos—. Creo que ha ido bien.

Alyn había estado sentado en una silla de la desierta zona de recepción utilizando la Habilidad con la intención de influir en Antonia para que accediera a la petición de Felix.

—Buen trabajo —lo felicitó el millonario tras rodearle los hombros con un brazo.

—Me duele la cabeza —dijo Alyn, que se llevó una mano a la frente.

Era la misma sensación que tenía cuando lo obligaban a ver aquellas películas tan raras en la cárcel.

—Has trabajado mucho. Te mereces librar mañana por la mañana.

Alyn sonrió y caminó junto a Felix hasta el coche que los esperaba.

—¿Qué ha dicho Antonia? —preguntó Alyn una vez estuvieron dentro—. ¿Ha accedido?

—Todavía no —contestó Felix. Se arregló la corbata y se peinó el pelo cano con las puntas de los dedos—. Pero me dará una respuesta antes de mañana por la mañana.

Alyn pareció desilusionarse.

—Creía que diría que sí en el momento. «Para que yo pudiera acabar con todo este asunto de una vez».

—No funciona así, Alyn. Recuerda que se trata de un proceso natural. No es mágico. La Habilidad guía las cosas. Les da un empujoncito. No hace que ocurran por las buenas. Puede que tu influencia haya contribuido a generar un recuerdo en algún recoveco de su mente. O tal vez un sentimiento. Quizás esta noche Antonia no pueda dormir y esos sentimientos comiencen a jugar con su mente. Es posible que se obsesione con ellos, que no pueda dejar de pensar en Stephen y en lo que podría ocurrir si él se hiciera con el control del Compromiso...

—Y entonces se convenza de pasar a la acción —concluyó Alyn—. Pero ¿y si se equivoca respecto a ese tal Stephen?

—No me equivoco con él. Poco después de que formáramos el Compromiso, tuve que visitar a Stephen en sus oficinas. Había tenido que despedir a unas veinticinco personas. Nadie que esté en su sano juicio disfruta con los despidos, Alyn, es una de las cosas más difíciles e indiscutiblemente desagradables que puedan hacerse. Stephen, sin embargo... —Felix bajó la voz—, los grabó todos con una cámara oculta. Entré en su despacho para darle unos documentos y estaba sentado con los pies apoyados encima de la mesa casi llorando de risa con aquellos vídeos, vídeos de hombres y mujeres adultos suplicándole no perder sus empleos. Tenía una caja de palomitas en la mano. En aquel instante, supe que era una bomba de relojería.

—Me dijo que expulsar a Stephen tendría consecuencias —añadió Alyn—. Consecuencias peligrosas. ¿Está preparado para sufrirlas?

Felix lo miró. Tras unos segundos de silencio, asintió.

—Stephen no es el tipo de persona que dejará pasar algo así con facilidad, Alyn, pero sí, estoy listo.

—En ese caso yo también lo estoy —aseguró el muchacho con una sonrisa—. Siempre y cuando me prometa que todos los demás niños serán liberados sin sufrir daños, tal como acordamos.

El móvil de Felix comenzó a sonar en el interior de su chaqueta.

—¿Sí? —contestó—. ¿Qué ocurre?

Mientras Felix escuchaba, su rostro fue adoptando poco a poco una expresión de júbilo.

—Claro. Por supuesto. Lo entiendo perfectamente. Gracias.

Puso fin a la llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Era Blythe —dijo con una gran sonrisa. Ha accedido. Gracias, Alyn. Ahora solo necesitamos que Antonia esté de acuerdo y Stephen será expulsado.

49

Charlie salió del ascensor seguido de unos cautelosos Ryan y Jes. Ambos miraban a su alrededor sumidos en un asombro silencioso.

—Eh, ¿qué es este sitio? —le preguntó Ryan a su amiga en un susurro.

—Un cuartel general secreto —contestó ella—. Está claro.

El chico asintió con cara de estar impresionado.

—Guay.

Una Elsa cabizbaja y enfurruñada iba caminando por el pasillo con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera con capucha cuando los vio.

—¿Jes? ¿Ryan? —Echó a correr hacia ellos, y luego, tras un momento de incredulidad, los abrazó con fuerza—. ¡Creía que estabais muertos! —exclamó—. Oímos un disparo... Pensamos que os habían dado a alguno de los dos...

Jes esbozó una gran sonrisa.

—Me dieron a mí. Te enseñaría la cicatriz, pero... podría decirse que ahora mismo me la estás aplastando.

La niña se apartó y esbozó una mueca de dolor.

—¿Qué está pasando aquí fuera? —quiso saber Harlan, que apareció a sus espaldas.

Cuando vio a sus dos compañeros, abrió los ojos como platos.

—Me alegro mucho de veros —dijo, y le pasó un brazo por los hombros a Ryan—. Y de una pieza. No creíamos que fuerais a venir.

—Casi no lo conseguimos —repuso Ryan, que parecía un poco incómodo ante tanta atención—. Entonces, ¿vosotros vivís aquí o algo por el estilo?

—De momento —respondió el chico indio—. Es mejor que dormir en la calle. Eso es algo que no entra en mis planes a corto plazo...

Ryan miró a Jes.

—Y nosotros creíamos que aquellos túneles malolientes eran malos. —Se olió la ropa—. Nunca conseguiré librarme de esta peste.

—Hablando de malos olores, se suponía que Julian debía estar aquí con nosotros, pero se puso un poco raro. —Elsa se dio unos golpecitos en la sien con el dedo índice—. ¡A saber dónde está! Puede que lo haya pillado el Compromiso.

—No me extrañaría —dijo Ryan con un bufido—. Entonces supongo que ya habéis oído hablar de todo ese rollo de la Habilidad o como quiera que se llame, ¿no?

—¿Y? —preguntó Elsa—. ¿Qué opinas?

«Que es un montón de mierda», pensó el chico, y enseguida contestó con un gesto despectivo.

—Sigo sin creerme ni una sola palabra de toda esa historia. —Esperó para ver cómo reaccionaban Elsa y Harlan—. Venga, no os lo habréis tragado, ¿verdad?

—Es real, Ryan —respondió Harlan con tono sombrío—. Te lo prometo.

Su amigo se cruzó de brazos.

—Demuéstralo.

Harlan se sacó la moneda del bolsillo y la lanzó varios metros por encima de su cabeza. Aterrizó de canto sobre el suelo con un sonoro chasquido.

Jes abrió la boca despacio.

—Ostras —murmuró.

—Eso no es más que el comienzo —le aseguró el chico. Después miró a Ryan—. ¿Sigues sin creerme?

El muchacho se encogió de hombros sin apartar la mirada de la moneda.

—Has hecho que caiga de canto. Y ¿qué?

—¿Ha visto alguien a Alyn? —preguntó Jes—. Tenía la esperanza de que tal vez estuviera aquí...

Elsa miró a Harlan y se apresuró a negar con la cabeza al tiempo que intentaba eliminar de su mente la imagen de su amigo en compañía de Blythe y Felix.

—No —dijo—, no lo hemos visto.

Mientras el grupo charlaba, Charlie entró en el vestíbulo principal y se encontró con Luthan repasando los planos de la ópera.

—Lo has conseguido —dijo el líder al tiempo que le tendía la mano—. No habíamos tenido noticias tuyas. Estaba empezando a preocuparme.

Charlie se llevó a Luthan a un lado.

—No quería llamar por si nos habían pinchado la línea, pero ha habido un problema —informó—. Han hecho prisionero a Henry.

—Qué guay —susurró Elsa con entusiasmo ya tumbada sobre su colchón.

Eran más de las doce de la noche y casi todos los demás se habían ido a dormir—. Todavía no puedo creerme que te hayan disparado...

Jes le dedicó una sonrisa desde su cama.

—Aunque, no sé si «guay» es la palabra más adecuada —dijo, y se levantó la camiseta para echarle un vistazo al vendaje. Lo presionó suavemente con los dedos—. Pero Ryan dice que está celoso. Al parecer, recibir un disparo está en su lista de cosas que hacer antes de morir.

—La mayoría de la gente quiere nadar con delfines —murmuró Elsa haciendo una mueca—. ¿Te acuerdas de algo?

Su amiga hizo un gesto de negación.

—Está todo un poco borroso. Lo que más recuerdo es el ruido. Y la cara de Ryan... Y también me acuerdo de haber pensado en mi padre y en mi madre, y de desear que ojalá pudiera... —La chica apartó la mirada.

—No quieres hablar de ello —dijo Elsa—. No pasa nada. Lo comprendo. Pero ¿qué ocurre con ese tal Henry?

—¡Tienes un montón de preguntas! —exclamó Jes con una sonrisa. Notó que los párpados comenzaban a cerrársele.

—Lo siento —farfulló la pequeña—. Ya me callo, te lo prometo.

—No pasa nada. —Jes cerró los ojos—. El Gremio sabía que en la cárcel pasaba algo. Henry estaba en los alrededores, investigando. Nos salvó a Ryan y a mí.

—¿Y?

—Ahora está en la cárcel... —dijo con la voz cada vez más apagada—. Solo Dios sabe qué le harán.

—Intentarán obligarlo a que les hable del Gremio —apuntó Elsa preocupada. «Si habla, ninguno de nosotros estará a salvo aquí».

Se dio la vuelta y se cubrió la cabeza con la sábana.

Ya habían pasado unas cuantas horas cuando Elsa percibió el débil ruido de unos arañazos. Se incorporó en la cama y se mantuvo inmóvil. Unos momentos después, volvió a oírlos. ¿Qué era aquello? ¿De dónde venía?

—Jes —susurró—, ¿oyes eso?

Pero su amiga estaba profundamente dormida. Elsa notó que el corazón comenzaba a acelerársele.

Salió de la cama de puntillas y abrió la puerta para echar un vistazo al exterior. El pasillo estaba a oscuras. «Puede que tengan un gato o algo así», pensó la niña. Estaba a punto de volverse a la cama cuando oyó un golpe seco que procedía de la habitación cerrada con llave del final del pasillo.

Elsa dio un respingo del susto, cerró la puerta y volvió a meterse en la cama de un salto. Se ocultó toda ella bajo las sábanas.

50

Julian vislumbró un breve reflejo de su cara en la pantalla del ordenador. Aunque siempre había estado delgado, en aquellos momentos se notaba excesivamente flaco. Su cuerpo se había convertido en un montón de ángulos y articulaciones protuberantes, y tenía los ojos cansados y hundidos.

—¿Has terminado? —le preguntó el encargado de la desierta cafetería mirando su reloj del pulsera—. Es mi hora de comer.

—Solo un par de minutos más —dijo Julian sin dejar de aporrear el teclado.

—De todas formas, ¿qué estás haciendo? Llevas ahí sentado más de tres horas. ¿Deberes de última hora o algo así?

—Sí, eso es precisamente lo que estoy haciendo. Deberes de última hora. Idiota —murmuró Julian.

Cerró su sesión en el ordenador y se marchó.

Caminó sin rumbo fijo durante la siguiente media hora, rígido a causa del frío. Cada golpe de viento le acuchillaba las orejas dolorosamente, así que el chico se frotó la cara con las manos. La notó entumecida e hinchada.

La torre de pisos del Gremio no estaba muy lejos, y si se ponía ya en camino podría llegar en menos de una hora. Pero entonces tendría que enfrentarse a lo de la «Habilidad» que decían que tenía..., y aquello significaba que tal vez hubiera sido él el responsable de la muerte de sus padres. El mero hecho de pensarlo hacía que le entraran ganas de vomitar.

Cuando llegó al final de la calle, Julian percibió el lento rugido del motor de una furgoneta a su espalda. Se metió la mano en el abrigo para coger el ibis y tuvo que esforzarse para rodear el gatillo con los dedos helados.

—Eh —dijo una voz desde la ventanilla del vehículo.

Julian no dejó de mirar al frente y comenzó a caminar más rápido.

—Eh, niño —volvió a decir la voz—. ¿Estás sordo o algo así?

El chico volvió la cabeza hacia la furgoneta justo en el momento en que se abrió la portezuela.

Se sacó el ibis del abrigo y echó a correr con él en las manos como si fuera el testigo de una carrera de relevos. «Deben de haber estado siguiéndome el rastro todo este tiempo». Dobló la esquina a toda velocidad, a punto de perder el equilibrio sobre el hielo, y recorrió el callejón escuchando el ruido de las pisadas que lo perseguían.

En el siguiente cruce, divisó un enorme contenedor de residuos. Se ocultó tras él y esperó.

—Lo hemos perdido —protestó uno de los hombres a menos de un metro de distancia de donde Julian se hallaba agazapado—. Vosotros dos, mirad en la siguiente calle.

El chico vio que la sombra del hombre estiraba una mano y pegó aun más la espalda a la pared. «Va a verme», pensó mientras miraba a su alrededor en busca de una ruta de escape. Aferró el ibis con fuerza contra el pecho.

Lo siguiente que sintió fue una mano que se cerraba con fuerza en torno a su

garganta. Abrió los ojos y se encontró frente a un rostro sonriente.

—Mis jefes han puesto un precio bastante elevado a tu cabeza —le espetó el desconocido.

—Yo... yo le pagaré más —farfulló el muchacho mientras intentaba hacer que el hombre abriera la mano.

Su atacante bajó la voz.

—No sabes quiénes son mis jefes.

Aún sujetaba el ibis con la otra mano, así que Julian lo estrelló con tanta fuerza como pudo contra la cabeza del hombre. El agresor se tambaleó y soltó a Julian momentáneamente.

El chico le dio un empujón y se apresuró a salir corriendo del callejón. No bajó el ritmo cuando llegó a la calle principal y, una vez estuvo seguro de que estaba a salvo del peligro, al menos por el momento, volvió la cabeza para mirar atrás por encima del hombro y exhaló con fuerza. Jadeaba tanto que le temblaba todo el cuerpo. En aquel momento, la oferta del Gremio ya no le parecía tan mala.

Stephen estaba junto a la ventana de su despacho observando el enjambre de transeúntes que se movía algo más abajo, en la calle que se extendía a sus pies. El sol invernal se derramaba como una neblina sobre los rascacielos de los alrededores.

—Plebe —masculló casi para sí, y sus labios se curvaron en una sonrisa de superioridad.

Alguien llamó a la puerta.

—Señor, lamento molestarle, pero han pirateado su página web. Tal vez quiera echarle un vistazo.

Nover tecleó la dirección en el ordenador que descansaba sobre su escritorio. En medio de la página de inicio aparecían las palabras de Julian:

ERES UN MENTIROSO Y UN CRIMINAL.
NO ESTÁS A SALVO. VOY A POR TI.

Stephen soltó un alarido. Supo de inmediato quién era el responsable: se trataba del preso que había escapado, del chico que se había acercado a él entre la multitud. Pensó que sus palabras no habían sido más que una amenaza vacía, pero estaba claro que aquel niño era más capaz de lo que él se había imaginado.

—Arregladlo inmediatamente —le gruñó con los dientes apretados a su ayudante, que salió a toda prisa del despacho.

Marcó un número en su teléfono y en cuanto contestaron dijo:

—Parece que tengo un fan perturbado... Voy a necesitar seguridad extra.

51

—Vaya, vaya, aquí estás —dijo Luthan cuando salió a la azotea para reunirse con un Harlan impaciente que ya llevaba un rato esperándolo—. ¿Elsa no viene?

El chico negó con la cabeza.

—No la he visto por aquí esta mañana.

—Una pena. No le iría mal practicar —precisó Luthan—. Solicitaste un examen. ¿Estás listo para someterte a él?

—Lo estoy —contestó el muchacho.

—Bien. Si apruebas, pasarás al siguiente nivel de entrenamiento —le explicó Luthan—. Aprenderás cosas que jamás habrías pensado que fueran posibles, Harlan.

—Me siento como si toda mi vida hubiera estado dirigida hacia este momento —aseguró él—. Nunca he deseado tanto algo.

—Veo que lo tienes claro —prosiguió el líder—. Pero ¿estás listo para entregarte a nuestra causa?

Harlan asintió.

—Sí.

—Tengo que preguntarte por qué. ¿Por qué quieres unirme al Gremio? ¿Es poder lo que deseas? ¿O aceptación..., formar parte de algo más grande que tú? ¿O es porque quieres ayudar a hacer del mundo un lugar mejor?

El chico lo pensó durante un instante e hizo amago de contestar, pero Luthan lo hizo callar.

—No esperaba que me respondieras de inmediato. Es más bien algo sobre lo que deberías reflexionar.

Elsa se asomó por un lado del generador eléctrico tras el que se había escondido. Bajó la mirada hacia la moneda de plata que descansaba en el suelo junto a su pie. Aún no había habido suerte. A veces se preguntaba si de verdad tendría aquella Habilidad.

—Antes de que comiences —continuó Luthan—, deja que te aclare que tenemos reglas para los exámenes, Harlan. Si suspendes, no podrás volver a repetirlo hasta dentro de al menos un mes. ¿Comprendido?

—¿Un mes? —De pronto el chico ya no se sentía tan seguro respecto a sus posibilidades.

—No nos gusta perder el tiempo —contestó Luthan—. Pero, recuerda, si apruebas, te espera otro nivel de entrenamiento. ¿Sigues queriendo someterte a la prueba?

Harlan se sacó la moneda del bolsillo y la miró.

—Sí. Empecemos.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo el líder. Haz que caiga de canto... tres veces seguidas. Buena suerte.

Luthan se hizo a un lado y se metió las manos en los bolsillos del abrigo.

Harlan lanzó la moneda al aire, mucho más arriba de lo que había pretendido en su primer intento, y la observó hasta que cayó al suelo y rodó de

canto antes de quedarse inmóvil.

«Bien hecho, Harlan», pensó Elsa, que tuvo que contenerse para no aplaudir como una loca.

El muchacho recuperó la moneda y volvió a lanzarla, en aquella ocasión con más control. Tragó saliva y respiró hondo cuando la moneda aterrizó directamente sobre el canto y se tambaleó ligeramente.

—Esa es la segunda —dijo Luthan—. Una vez más, Harlan. Recuerda que debes concentrarte...

El chico asintió. Se colocó la moneda en el pulgar y luego cerró los ojos y la lanzó, a la espera de escuchar el satisfactorio tintineo del metal sobre la piedra. Elsa cerró los ojos, temerosa de que su amigo pudiera fallar. La moneda llegó al suelo, rodó hasta detenerse, se bamboleó un poco y volcó.

Elsa abrió los ojos. Miró la moneda y después a un Harlan claramente devastado.

—Lo siento —dijo Luthan—. No se ha quedado de canto. No puedo permitir que pases al siguiente nivel. —Le dedicó una sonrisa compasiva y pasó junto al chico de camino a las escaleras.

Harlan, incrédulo, se acercó a la moneda.

—¡Espera! —exclamó llamando a Luthan—. ¿Eso es todo? ¿No se me concede al menos otra oportunidad?

—Ya te he explicado las reglas. Te veré dentro de un mes. Sigue practicando, Harlan.

Antes de que el chico pudiera decir nada más, el líder en funciones del Gremio desapareció.

Elsa salió de detrás del generador eléctrico.

—Eh, siento que hayas suspendido, Harlan —dijo—. Lo estabas haciendo muy bien. Yo te habría aprobado...

—¡Tú! —dijo Harlan—. Por eso no ha funcionado. Porque estabas aquí...

Elsa se señaló inocentemente con un dedo.

—¿Por mí? ¿Qué he hecho yo? Solo he venido para animarte, eso es todo...

—Y lo has gafado. —Harlan la miró con el ceño fruncido—. Iba a salirme, pero tú lo has contrarrestado. ¡Ahora tengo que esperar y es probable que tú apruebes antes que yo!

Elsa pareció dolida ante el comentario.

—Bueno, siento haber venido. Ojalá no me hubiera tomado la molestia.

Sin más, se dio la vuelta y se marchó corriendo.

52

Eran mucho más de las doce del mediodía cuando al fin Ryan se despertó. Adormilado, se levantó de la cama tambaleándose y se dirigió a la sala de reuniones.

Jes y Elsa estaban sentadas en torno a una mesa con Anton, que le estaba enseñando a la pequeña un truco de naipes.

—¡Mira esto, Ryan! —exclamó entusiasmada y plantándole ante la cara una baraja abierta—. Elige una. Vamos...

—No me gustan los trucos de magia —gruñó él—. Son una estupidez. —Se sentó en la silla que había junto a la de Jes y se frotó los ojos—. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a secuestrar a uno de los miembros del Compromiso en la ópera y a utilizarlo para detener el proyecto —contestó Elsa.

—Vosotros no vais a hacer nada —intervino Anton—. Lo haremos nosotros.

—Espera un segundo —protestó Ryan—. Fue a nosotros a quienes encerraron en ese sitio. ¿Y me estás diciendo que no podemos hacerlo por nuestra

cuenta? No os necesitamos.

—Claro que los necesitamos —lo contradijo Harlan, que acababa de entrar en la sala. El chico le dedicó una mirada furibunda a Elsa.

—Te estás olvidando de que os hemos salvado el pellejo en varias ocasiones —dijo Anton dirigiéndose a Ryan.

—Escapamos de la cárcel sin vuestra ayuda —le espetó el chico.

Anton se dio cuenta de que el muchacho se estaba enfadando por momentos.

—Tuvisteis suerte —repuso encogiéndose de hombros.

—¡Ni siquiera quiero unirme a vuestra pandilla o lo que quiera que seáis! —exclamó Ryan, y se puso de pie—. No creo en ninguna de estas historias. Es una locura. Ven conmigo, Jes. Tú también, Elsa. —Miró a Harlan—. Y tú también, si quieres...

—Yo no voy a ningún sitio. —Harlan negó lentamente con la cabeza—. Me quedo aquí. Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida. Quiero formar parte de ello.

Su amigo puso los ojos en blanco y se volvió a Elsa y Jes.

—¿Qué decís vosotras?

—Lo de la Habilidad se me da fatal, pero estoy con Harlan —dijo Elsa, y esbozó una sonrisa consoladora—. Esto es bastante guay.

—¿Jes?

La chica lo pensó durante unos segundos y suspiró.

—Venga, Jes —se sorprendió Ryan—. Tienes que estar de broma...

—No voy a poner a mi familia en peligro volviendo a casa, Ryan —le explicó ella.

—Y ¿vas a quedarte con estos tipos? —En aquel momento Pyra entró en la

sala y Ryan levantó la vista. La chica llevaba una camiseta blanca y unos pantalones de deporte grises—. Y tú ¿quién eres?

—No nos han presentado todavía —señaló la joven—. Ven conmigo, Ryan. Y todo el que quiera sumarse.

El muchacho se mostró receloso.

—¿Por qué? ¿Adónde vamos?

—Vamos a entrenar un poco —contestó ella.

—Ya me han hablado de vuestro entrenamiento. Lanzar una moneda una vez, y otra, y otra hasta que te vuelves loco —la desafió Ryan—. Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo... Sin ánimo de ofender, Harlan.

—Nada de monedas —dijo Pyra—. Hablo de artes marciales. ¿Quieres aprender a pelear, Ryan?

—Ya sé pelear. Era el más duro de mi instituto.

La chica lo empujó con fuerza y Ryan volvió a caer de espaldas contra la silla.

—¿Qué decías?

Él se levantó y quiso devolverle el empujón a Pyra, pero ella lo agarró y, sin esfuerzo, lo tiró al suelo. Ryan, para diversión de sus amigos, aterrizó con un golpe seco.

—¡Ja! ¡Qué cara has puesto! —Elsa lo señaló y se echó a reír.

Ryan apartó la mano de la niña con brusquedad y se puso en pie de un salto.

—Me has pillado desprevenido —gruñó—. Nunca me habrías tirado si estuviera...

Antes de que pudiera terminar de hablar, Pyra se precipitó hacia un lado, lo levantó para colocárselo sobre los hombros y después lo tumbó sobre el suelo con cuidado.

Ryan dejó escapar una bocanada de aire.

—¿A qué estás jugando? —jadeó casi sin aliento, y trató de agarrarle los pies—. ¿Intentas avergonzarme delante de todo el mundo?

Intercambió una mirada con Jes y se ruborizó ligeramente, luego volvió a intentar cogerle las piernas a Pyra. La chica se apartó con elegancia.

—Creo que deberías aceptar su oferta —sugirió Jes—. Parece que necesitas ese entrenamiento...

Pyra se agachó y ayudó a Ryan a levantarse.

—Una vez que entiendas cómo funciona la Habilidad, podrás utilizarla en todas las áreas en las que el azar intervenga de algún modo... Por ejemplo, para influir en la gente... para pelear...

Ryan cambió de postura y se rascó la nuca.

—Te proporciona cierta superioridad. Una ventaja. Y eso es precisamente lo que vais a necesitar hasta que derrotemos al Compromiso. —Miró al resto—. ¿Alguien más se apunta?

—A pesar de lo mucho que me gustaría darle una paliza a Ryan, todavía no puedo. —Jes sonrió y se llevó la mano al costado.

—Parece que solo quedamos tú y yo, Ryan —anunció Pyra.

53

Alyn y Felix estaban sentados en silencio en la cocina del ático del millonario. Aunque eran poco más de las doce del mediodía, la luz del sol apenas conseguía atravesar las espesas nubes grises. El esmoquin a medida que le habían encargado al chico acababa de llegar y estaba colgado en la puerta.

—Stephen reaccionará mal cuando le digamos que lo expulsamos del Compromiso —dijo Felix. Era la primera vez que abría la boca en bastante

tiempo—. Pero por sí solo no es rival para el resto de nosotros. Y eso sin contar siquiera con Emmanuel...

Alyn se quedó perplejo.

—¿Emmanuel? No me había dicho que hubiera otro miembro.

—Todavía no os he presentado. Emmanuel es mi asesor. De hecho, fue él quien sugirió que iniciáramos el proyecto.

Aquello bastó para tranquilizar al chico, que hasta aquel momento había estado convencido de que Felix era el cerebro de todo aquello.

—Han hecho un buen trabajo con el esmoquin, ¿no crees? —dijo Felix para cambiar de tema.

—Mire, Felix, usted me ha metido en todo esto —dijo Alyn—. Si quiere que lo ayude, tengo que conocer a todos los implicados. Sin excepción.

El hombre se levantó de su silla con cierto esfuerzo.

—Emmanuel y yo tenemos una reunión pendiente. Pronto. Tal vez te gustaría unirte a nosotros.

—De acuerdo. ¿Cuándo?

—No lo sé —contestó Felix—. Cuando él decida aparecer.

El muchacho frunció el ceño.

—Creía que usted era el líder de todo este asunto.

—Soy el hombre más rico del país —repuso Felix con severidad—. Y soy el líder del Compromiso. La realidad está en mis manos. En las mías. No en las de Stephen, ni en las de Emmanuel. Yo soy el que manda, Alyn.

Con un suspiro, el chico se puso en pie y se acercó a la mesa. Del respaldo de una de las sillas colgaba una máscara de demonio de color rojo. Alyn se la puso y se fijó, por detrás del de su propia cara, en el reflejo de la lámpara de araña que le devolvía el cristal de la ventana. Se concentró una por una en las luces de forma almendrada hasta que consiguió apagarlas todas.

—¿Has sido tú? —preguntó Felix.

—Sí —contestó Alyn, que volvía a contemplar la ciudad a sus pies—. He sido yo.

—Has apagado todas las bombillas una por una —dijo el hombre—. Extraordinario. Normalmente se necesitaría una habitación llena de personas como tú para conseguir algo así, y no habría forma de saber cuándo ocurriría. Esto ha sido... instantáneo.

Alyn se quitó la máscara y la lanzó sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción dibujada en la cara.

Pasó junto a Felix, que estaba examinando la lámpara con los dedos.

—Te espera un futuro emocionante, Alyn —anunció el millonario.

54

—¿Qué es lo mejor que puedes hacer cuando te atacan, Ryan? —le preguntó Pyra.

El chico se había puesto una sudadera negra con capucha para asistir a la sesión de entrenamiento. Ambos estaban de pie en un parque desierto situado a unos cien metros del bloque de pisos y rodeado de hojas caídas.

Ryan se encogió de hombros.

—Depende de lo grandes que sean, supongo. Si me llegan por aquí —dijo marcando el tamaño del supuesto agresor con ambas manos—, un cabezazo debería bastar. Si son más altos, probablemente me limitaría a darles una patada en los...

La chica le hizo un gesto para que se callara.

—Lo mejor que puedes hacer cuando te atacan es huir, no pelear. Ese es siempre el último recurso. Es decir, ¿en serio crees que Harlan y Julian podrían

haberse librado de aquellos tipos peleando?

—¿Harlan y Julian? —Esbozó una gran sonrisa—. Ja, no lo creo...

—Ya sabes a lo que me refiero. Bien podríais haber sido Jes y tú quienes os hubierais topado con ellos. O Elsa y tú. ¿Has oído hablar del *parkour*?

—¿Te refieres a eso de ir saltando por encima de las cosas?

Pyra asintió.

—El arte de escapar.

La joven dio varios pasos atrás y echó a correr hacia una barandilla de metal. Colocó una mano delicadamente sobre ella, la superó sin esfuerzo aparente y aprovechó la inercia para dirigirse hacia una pared de ladrillo. Saltó contra ella y utilizó los pies para elevarse hasta alcanzar la parte de arriba. Dio unos cuantos pasos sobre el borde estrecho, se volvió y dio una voltereta hacia atrás. Ryan había observado todo el proceso con gran asombro y con un nudo en el estómago.

—Si utilizas la Habilidad, te resultará muchísimo más fácil —explicó Pyra—. Podrás realizar saltos y aterrizajes que de otro modo probablemente no fueras capaz de hacer. —Volvió a situarse al lado de Ryan—. Empieza por saltar esa barandilla.

Ryan se agachó y luego miró a Pyra, que hizo un gesto de asentimiento. Después de tomar una gran bocanada de aire, Ryan cargó contra la barandilla lanzando lo que sonó como un grito de batalla. Cuando se acercó a ella, redujo la velocidad, colocó las manos con cuidado e intentó saltarla. Casi de inmediato se le enredaron las piernas y aterrizó doblado por la mitad sobre la barra horizontal. Se quedó allí colgado durante unos cuantos segundos dolorosos antes de dejarse caer lentamente de espaldas contra el suelo.

Antes de que Pyra pudiera abrir la boca, Ryan estaba de nuevo en pie y corriendo hacia la barandilla. Una vez más, los pies del muchacho tropezaron contra la barra y Ryan se desplomó sobre el suelo de caucho del parque con un golpetazo sordo.

—Eh, te agradezco que lo intentes nuevamente, pero...

Ryan ya se había levantado otra vez, con la cara colorada y chillándole a la

barandilla. Se lanzó de nuevo contra ella, pero en aquella ocasión colocó mal las manos y casi se hizo un nudo.

Una vez más cayó de espaldas, jadeando, y aquella vez fue mucho más lento a la hora de ponerse en pie.

—Ryan, a este paso vas a acabar lleno de cardenales. Van a pensarse que te he dado una paliza. Tienes que desear hacerlo de verdad. Debes verlo en tu mente y convencer al mundo y a todos sus elementos que te rodean de que vas a lograrlo.

—Puedo hacerlo —resolló el chico. Cojeó hasta colocarse de nuevo en posición de inicio y se acuclilló—. No dejaré que me gane.

Corrió hacia la barandilla de metal, esta vez en silencio, moviendo los brazos adelante y atrás. Cuando se acercó a la barra, Ryan estiró la mano y saltó. Por el rabillo del ojo vio cómo se elevaban sus piernas. «Lo estoy consiguiendo —pensó—. La he pasado...».

Aterrizó con un fuerte impacto y siguió avanzando durante unos cuantos metros gracias a la inercia.

—Muy bien —aplaudió Pyra.

—¡Sí! —exclamó él mientras intentaba recuperar el aliento—. Ha estado bastante bien, ¿verdad? «Puede que esta cosa no esté tan mal, a fin de cuentas».

Se secó la frente con la manga de la sudadera.

—Antes me has dicho algo sobre la Habilidad. Acerca de que era buena para pelear...

—Y para escapar...

—¿Y para hacer que alguien cambie de opinión? —preguntó Ryan—. Eso es lo próximo que quiero aprender. ¿Cuándo me enseñarás cómo se hace?

—Intentamos evitar manipular a la gente —respondió Pyra—. Genera muchos problemas éticos.

—Claro. Pero me enseñarás a hacerlo en algún momento, ¿verdad?

—Tal vez cuando hayas superado el entrenamiento básico —le dijo ella—. De todas maneras, ¿a quién estás intentando hacer cambiar de opinión?

—Ah, a nadie —contestó el chico.

—Venga... Cuéntamelo, Ryan.

Él se encogió de hombros.

—Hay una chica —dijo—. Antes me gustaba un poco...

Pyra frunció el ceño.

—¿Estás tratando de gustarle?

Ryan bajó la mirada.

—No. La verdad es que no. Solo era curiosidad.

—Jes —dijo Pyra—. Es la chica de la que hablas, ¿verdad?

Ryan notó que se sonrojaba. Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Podría hacer que te echaran de aquí por decir algo así —le espetó Pyra esforzándose por contener su enfado.

—¿Qué? ¿Por qué te pones así? —preguntó él—. De todos modos, tampoco es que yo me crea toda esta bazofia.

Pyra lo fulminó con la mirada y se marchó.

—Busca a otra persona que te entrene.

El Gremio llevaba una hora discutiendo sus planes en privado. Elsa, curiosa, merodeaba por el vestíbulo y de vez en cuando pegaba la oreja a las puertas de roble. No servía para nada. No oía ni una sola palabra. Se encaminó hacia el pasillo adyacente y se detuvo delante de la puerta cerrada con llave que había al final del mismo.

¿De verdad había oído ruidos procedentes de allí la noche anterior? Al fin y al cabo, había sido de madrugada y los edificios emitían todo tipo de crujidos y

gemidos por la noche, cuando se enfriaban y contraían. Al menos aquello era lo que le decían sus padres. Pero lo cierto era que la niña los había despertado tantas veces asegurándoles que había oído fantasmas —y monstruos— en su habitación que probablemente le habrían dicho cualquier cosa para que se callara.

Y lo que había oído la noche anterior no se parecía a nada que hubiera oído antes.

Mientras permanecía allí de pie en silencio, Elsa creyó percibir algo. Un arañazo suave. Pensó que daba la sensación de que procedía del otro lado de la puerta.

Se mantuvo inmóvil. Luego, despacio, se agachó hasta quedar a la altura del agujero de la cerradura.

—Eh, ¿hay alguien ahí dentro? —susurró, y el pulso se le aceleró de inmediato.

Nada. Se acercó más todavía y apoyó ambas manos en la puerta.

De nuevo, un arañazo, un arrastrar de pies. En aquella ocasión más claros. A continuación, otro ruido: un golpecito.

La niña se puso de rodillas e intentó atisbar por debajo de la puerta.

—Creía que te habíamos dicho que no vinieras aquí —dijo Luthan a su espalda.

Elsa ahogó un grito.

—Ah, lo siento... Es solo que... Es que me ha parecido oír algo.

—Probablemente haya sido el suelo de madera. —Le puso una mano en el hombro y la obligó a volverse—. Estás bajo nuestra protección, lo cual quiere decir que vives según nuestras normas. ¿Entendido?

La niña asintió y miró hacia la puerta una última vez.

—Entonces, ¿has estado practicando con la moneda? ¿Crees que podrías estar preparada para hacer el examen dentro de poco?

Elsa hizo un gesto de negación.

—Si Harlan no es capaz de conseguirlo, yo no tengo ninguna oportunidad.

Luthan sonrió y señaló hacia la habitación de Elsa y Jes.

—Todos tus amigos están ahí dentro. Por favor, intenta no deambular por la casa.

—¿Estás bien, Elsa? Pareces confusa —dijo Jes cuando la niña entró en el dormitorio.

—Sí, estoy bien —contestó, aunque seguía pensando en su peculiar encuentro con Luthan—. ¿Qué me he perdido?

—A nuestro amigo favorito —contestó Harlan, que estaba mirando por la ventana—. Mira.

Elsa se colocó a su lado y se asomó. Más abajo, atravesando a toda prisa el césped cubierto de escarcha en dirección a la torre de pisos, estaba Julian.

—¡Julian! —gritó Elsa desde la ventana al tiempo que lo saludaba con la mano.

El miembro del Gremio que estaba de guardia se acercó al chico con aire amenazador.

—¡No pasa nada! —vociferó Elsa colocándose las manos a modo de bocina en torno a la boca—. ¡Es uno de los nuestros!

—Me pregunto qué estará buscando —dijo Jes—. ¿Quiere esto decir que debemos guardarnos las espaldas?

—Conociendo a Julian, probablemente a estas alturas ya esté del lado del Compromiso —comentó Ryan enarcando una ceja.

—Entonces ¿no hay fiesta de bienvenida? —preguntó Julian con los brazos extendidos a lado y lado mientras lo acompañaban a la habitación de los chicos.

—Ni siquiera estábamos seguros de que fueras a volver —dijo Harlan.

—He cambiado de opinión. He venido a haceros una oferta —anunció—. Voy a ir a por el Compromiso.

—¿Para qué? ¿Para vengarte?

Julian sonrió.

—¿Acaso hay algo más noble? Además, ya he tenido unos cuantos encontronazos con cierto joven multimillonario y me ha ofendido sobremanera que piense que puede ser más listo que yo...

—Ya, bueno, pues llegas tarde. —Ryan suspiró y se cruzó de brazos—. Esta panda ya está en ello.

—El Compromiso irá a no sé qué estupidez de ópera mañana por la noche —le explicó Elsa—. ¡Pero el Gremio ya está planeando atacar y tomar un rehén!

—Y no nos permiten participar —rugió Ryan, que dejó caer la cabeza contra la almohada de su cama.

Julian se acercó a la ventana despacio. Con el aliento formó vaho en el cristal y dibujó un garabato con el dedo.

—En la ópera... —dijo lentamente—. Yo digo que nos unamos a ellos.

—Y ¿qué hacemos? —intervino Harlan—. Nos estaremos metiendo en la boca del lobo. Ni siquiera tenemos un plan...

—Habrá una sala llena de gente poderosa e influyente —comentó Julian—. Habrá cámaras. Y, no nos olvidemos, todos nosotros estamos técnicamente desaparecidos. ¿Qué mejor momento o lugar para contarles nuestra historia? Y es imposible que el Compromiso mande a sus matones a por nosotros... No delante de todo el mundo.

—Nos interpondremos en el camino del Gremio —objetó Elsa.

—O ellos en el nuestro —replicó Julian—. Se nos está acabando el tiempo. ¿Quién está conmigo?

Esperó hasta que todos y cada uno de sus compañeros hubieron levantado la mano y luego les dedicó una sonrisa con los labios apretados.

—Entonces vamos —dijo—. Mañana por la noche.

55

Pronto llegó el viernes por la tarde. Después de pasar la mañana practicando la Habilidad bajo la atenta mirada de los miembros del Gremio, por fin el grupo había conseguido juntarse en la habitación de Jes y Elsa para celebrar una reunión secreta. Todos estaban sentados en círculo en el suelo, excepto Julian, que miraba por la ventana moviendo los ojos a uno y otro lado con gran concentración.

—El evento comienza a las seis —informó Ryan—, así que tendremos que salir lo más pronto posible para llegar antes que el resto de la gente. El problema es ¿cómo vamos a entrar? Habrá seguratas.

Elsa miró a Harlan.

—¿No puedes utilizar la Habilidad para hacer que nos dejen entrar?

—¿Te refieres a que los manipule? —El chico negó con la cabeza—. Eso es demasiado avanzado. Solo domino las cosas básicas, como influir en la gravedad.

Julian soltó un gruñido desdeñoso.

—Deposita demasiada confianza en ese rollo y dejarás de utilizar esto —dijo al tiempo que se daba unos golpecitos en la sien con el dedo índice—. Hay una puerta trasera en un callejón contiguo. Si llegamos lo suficientemente pronto, debería estar abierta para el personal. Qué debemos hacer una vez estemos dentro ya es otro asunto.

—Tan solo tenemos que llegar al escenario —intervino Jes—. Podemos anunciarlo en cuanto termine la función. Estoy segura de que habrá cámaras. Entraremos corriendo y le contaremos a todo el público lo que ha ocurrido. Enseguida estará colgado en Internet.

—Pero tendrán mucha seguridad —objetó Ryan—. Nos sacarán de allí antes de que podamos abrir la boca y entonces nos habremos puesto solitos en manos del Compromiso.

—¡Pero tenemos los ibis! —exclamó Elsa—. Un par de nosotros puede mantenerlos a raya hasta que soltemos nuestra historia, ¿no?

—Yo me apunto —dijo Ryan—. Nunca se me dieron bien los discursos. Pero ¿qué podemos decir? ¿Qué hará que nos escuchen?

—Decimos nuestros nombres y la fecha de nuestra desaparición —contestó Harlan—. Hablamos de los que quedan en la cárcel. Aparecerá en todas las noticias. Nuestros padres nos verán...

Miró a Elsa, cuyos ojos se iluminaron al oír aquello. La niña se imaginó el titular: «ADOLESCENTES SECUESTRAN LA ÓPERA». Pero, cuando la prensa se percatara de que todos ellos llevaban varios meses desaparecidos, estaba convencida de que alguien se sentaría y escucharía. Solo haría falta una partida interesada para peinar el bosque, y entonces no tardarían en encontrar la cárcel.

—Se darán cuenta de que decíamos la verdad —aseguró resplandeciente—. Meterán al Compromiso en una celda y tirarán la llave al mar... ¡Y estaremos a salvo! —Miró por la ventana hacia el hombre que hacía guardia abajo—. Supongo que se han imaginado que intentaríamos salir. Ahora solo tenemos que encontrar la forma de burlarlo.

—Tengo una idea —dijo Jes, que comenzó a amontonar las sábanas de las camas—. Venid conmigo.

El grupo bajó sigilosamente la escalera de caracol que llevaba al segundo piso evitando a los miembros del Gremio que estaban ocupados con sus propios planes para el evento. Jes se acercó en silencio a la puerta más cercana y giró la manilla. Se abrió para dar paso a una enorme habitación vacía con el suelo de madera lleno de polvo. La chica hizo un gesto para que los demás se acercaran a la hilera de ventanas que ocupaba la pared trasera del edificio y echaran un vistazo al exterior. Desde aquel piso, la distancia hasta el césped que había debajo era de tan solo unos cinco metros.

Jes ató una sábana a una tubería que había junto a la ventana y tiró de ella para comprobar que era segura. Cogió otra sábana y la ató a la anterior con un nudo firme.

—Espera —advirtió Ryan cuando Jes estaba a punto de soltarlas por la ventana. El centinela del Gremio pasó lentamente justo por debajo de ellos mirando hacia los lados—. ¡Ahora! —exclamó una vez el hombre hubo

desaparecido tras la esquina.

Jes dejó caer la cuerda de sábanas por la ventana y se volvió hacia Julian.

—Vamos.

—No pienso bajar el primero... —Retrocedió y señaló a Elsa para que ella fuera delante.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —masculló la niña casi para sí—. Esta cosa de las sábanas... ¿funciona en la vida real? —preguntó.

—Estamos a punto de descubrirlo —contestó Julian dándole un empujón.

Por suerte para el grupo, funcionó, y pocos minutos después los cinco habían escapado del bloque de pisos y se dirigían a toda prisa hacia la estación de metro más cercana.

56

—La verdad es que la ópera no es lo mío, Alyn —dijo Felix justo antes de ponerse la máscara, una media luna blanca que le daba un aspecto un tanto peculiar a su rostro—. El baile de disfraces ya es bastante como para que encima haya alguien trinándome durante horas.

Alyn trató de ajustarse el esmoquin.

—¿Cuándo habremos terminado? —preguntó, y a continuación aclaró—: Me refiero a nuestro acuerdo.

—Esta noche —respondió Felix—. En cuanto se le comunique a Stephen su expulsión del Compromiso.

El chico se volvió hacia él.

—¿Y liberará a todo el mundo, tal y como me prometió?

El multimillonario guardó silencio durante un segundo.

—Sí —dijo finalmente.

«Más le vale», pensó Alyn mientras lo estudiaba con detenimiento.

—Ha llegado nuestro coche —anunció Felix—. Ve y dile que saldré dentro de cinco minutos. Nos veremos allí.

El muchacho bajó en el ascensor a la planta baja. Salió del vestíbulo, abrió las puertas de cristal de un empujón y bajó las escaleras trotando. La limusina negra estaba aparcada junto al bordillo.

Alyn dio unos golpecitos con los nudillos en la ventanilla del conductor.

—El señor Felix le envía sus disculpas. Tardará unos cuantos minutos más.

—No hay problema —contestó el hombre—. Sube atrás.

Alyn se dirigió hacia la parte trasera del vehículo y, a través de los cristales, distinguió la silueta de una figura solitaria. La ventanilla descendió y un hombre con el pelo negro y bien peinado y unos ojos de mirada intensa clavó la vista en el chico. Llevaba un elegante traje gris oscuro, y aquel color le recordó a Alyn el de su propio uniforme de preso.

—Ah, hola. Soy Alyn, el... ayudante del señor Felix —dijo el joven al tiempo que le tendía la mano con aire educado.

El desconocido se quedó mirando la mano del chico hasta que este la retiró.

—Qué interesante. Yo me llamo Emmanuel. Soy su asesor. Ven, siéntate conmigo.

Obediente, Alyn abrió la portezuela y entró. Sonrió con nerviosismo mientras Emmanuel lo estudiaba y husmeaba el aire de manera casi imperceptible.

—El aprendiz de Felix —reflexionó el hombre—. Me pregunto por qué te habrá elegido a ti precisamente...

—Impresioné al señor Felix durante la entrevista —contestó Alyn a la defensiva. «No me fío lo más mínimo de este tío», pensó. Tenía la impresión de

que una fuerza extraña y siniestra emanaba de él, y Alyn sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Los dos sabemos que eso es mentira —aseguró Emmanuel con frialdad—. Percibo que tienes un gran poder, Alyn.

—No... No sé de qué está hablando. De todos modos, tengo que hablar con el señor Felix —dijo Alyn para evitar aquel tema de conversación.

Un tanto aturdido, tiró de la manilla y abrió la puerta. Salió del coche justo a tiempo para ver a Felix acercarse a él vestido con un esmoquin negro y con una bufanda blanca echada sobre los hombros. Alyn, ansioso, volvió a mirar hacia el coche. La portezuela ya se había cerrado.

—¿Pasa algo? —preguntó Felix—. Pareces estar preocupado por algo.

—Señor Felix, acabo de estar hablando con su asesor —susurró Alyn al tiempo que se lo llevaba a un lado—. Hay algo que no funciona.

—Mi asesor —repitió Felix, que comenzó a caminar de nuevo hacia el coche—. ¿Te refieres a Emmanuel?

—Sí —siseó Alyn. Miró a Felix con intensidad—. Está ahí dentro. No me fío de él...

El hombre le devolvió la mirada con cierta preocupación y abrió la puerta para examinar el interior de la limusina.

—Aquí dentro no hay nadie, Alyn —le aseguró—. El coche es solo para nosotros.

—¿Qué?

Felix se hizo a un lado para que el chico pudiera ver el asiento trasero.

El muchacho se alejó del coche negando despacio con la cabeza. Se acercó a la ventanilla del conductor.

—El hombre que estaba en el coche hace un momento —dijo cada vez más poseído por el pánico con cada segundo que pasaba—. ¿Dónde está? ¿Adónde ha ido?

—Aquí dentro no había nadie más —contestó el chófer con rostro inexpresivo.

—¡Hace un segundo estaba sentado en el asiento trasero!

—Me temo que no sé a qué se refiere, jovencito...

Felix le puso una mano sobre el hombro a Alyn y miró su reloj.

—Olvídalo, Alyn. Tenemos que ponernos en marcha.

Abrió la puerta trasera y le hizo un gesto a un Alyn sin habla para que subiera al coche. Después, él mismo lo siguió.

Pyra, Anton y Luthan avanzaban a través de la lluvia torrencial montados en el deportivo plateado. Los seguía un segundo coche. En lugar de sus habituales vaqueros rasgados y la cazadora de cuero, Pyra llevaba un vestido negro sin tirantes, un abrigo tres cuartos de diseño y tacones. Luthan iba de esmoquin y lucía una faja de seda alrededor de la cintura.

—Tenéis un aspecto bastante convincente —les dijo Anton tras aparcar en una calle tranquila a poca distancia de la ópera.

—Esto tiene que salir a la perfección —afirmó Luthan al tiempo que abría su puerta—. Tenemos media hora después de que termine la ópera y antes de que empiece el baile de máscaras. Habrá un cóctel con bebidas. Será entonces cuando influyamos en Felix para que salga.

—Yo me encargaré de que los demás estén distraídos —lo tranquilizó Pyra—. Me reuniré contigo en el vestíbulo. Dejamos a Felix inconsciente y lo sacamos a la calle fingiendo que ha bebido demasiado.

Anton asintió.

—Y yo os estaré esperando. —Se ajustó la boina mirándose al espejo retrovisor y vio que el segundo vehículo aparcaba al final de la calle—. Ahí están nuestros refuerzos por si algo sale mal.

—Muy bien, estamos listos —dijo Luthan mirando a Pyra.

El líder en funciones del Gremio bajó del coche y dobló el brazo para que su

compañera se lo tomara. La chica lo agarró y ambos echaron a andar hacia la entrada principal de la ópera.

—Lo siento —dijo el portero que esperaba al final de los escalones de mármol. Rápidamente, se colocó delante de ellos para bloquearles la entrada—. Dentro de poco comenzará un espectáculo y después se celebra un baile benéfico...

—Ya lo sabemos —contestó Pyra con falsa dulzura—. Por eso hemos venido.

—Es un evento para vips —repuso el portero con petulancia—. Si no me muestran sus invitaciones, no podré dejarles entrar.

—¿Está seguro de que no nos reconoce? —preguntó Luthan señalándose primero a sí mismo y luego a Pyra.

—No sé quiénes son ninguno de los dos —contestó el hombre impertérrito.

—Ya entramos antes —insistió Luthan—. Debe de haberse olvidado. No es más que un malentendido.

El portero los miró, un poco incrédulo, y concluyó:

—Si no se marchan, tendré que llamar a seguridad.

Desde hacía aproximadamente un minuto, Pyra estaba jugueteando con la ficha de dominó entre los dedos. Una única y solitaria molécula de una de las neuronas del portero provocó que la célula nerviosa generara una acción potencial, lo cual originó una pequeña reacción en cadena de sinapsis crepitantes. En medio de los fuegos artificiales químicos de su cerebro, se formó un recuerdo ilusorio.

—Estoy segura de que no quiere ponerse en ridículo llamando a seguridad —le espetó Pyra.

—No, claro que no. Lo lamento —se disculpó. Tenía la vaga impresión de que ya había visto llegar a aquella pareja.

Pyra y Luthan franquearon la entrada. El interior de la ópera parecía resplandecer con tonos dorados y ocre, con las luces reflejándose en todas y cada una de las pulidas superficies.

—Por aquí —indicó Luthan para guiar a su compañera hacia un pasillo

atestado—. Tenemos que pasar desapercibidos hasta que comience.

Caminaron deprisa, y oyeron sus pasos retumbar contra el mármol brillante.

—Aquí está —dijo Julian cuando el grupo se internó en el callejón.

A pesar de que habían planeado llegar a la ópera lo antes posible, los chicos se habían perdido por completo y se las habían ingeniado para extraviar a Elsa dos veces en una hora. En aquel momento, faltos de tiempo y ansiosos a causa de la anticipación, se habían sumido en un silencio colectivo.

El empedrado de la calle destellaba bajo el resplandor brumoso que brotaba de las farolas.

—¿Se supone que debemos entrar por aquí? —preguntó Ryan al tiempo que señalaba una pequeña puerta de metal con la cabeza. Se acercó a ella y la empujó—. Está cerrada. ¡Maldita sea! Hemos llegado demasiado tarde.

Retrocedió unos cuantos pasos y le asestó una patada.

—¡Ryan, eres idiota! Podrían oírte desde el otro lado —protestó Elsa, y tiró de él para alejarlo de la puertecilla.

—Acabo de localizar otra entrada —farfulló Julian con la mirada fija en una pequeña ventana cuadrada situada algo por encima de sus cabezas.

—¿Pretendes subir ahí? —quiso saber Jes—. Buena suerte, Julian.

—Si uno de nosotros consigue entrar, podrá abrir la puerta desde el interior —explicó el chico—. Que alguien me ayude a trepar...

Harlan se puso de rodillas debajo de la ventana y cruzó los dedos de las manos para formar una especie de estribo. Julian apoyó un pie en él e intentó llegar a la ventana.

—No llego —se quejó. La lluvia le inundaba los ojos.

—Quitaos de ahí —les dijo Ryan, que se apartó varios metros.

Le pasó su ibis a Jes, echó a correr en dirección a la pared y saltó de pie contra ella. Aprovechando la inercia, estiró los brazos y estuvo a punto de rozar la

ventana con las yemas de los dedos. Aterrizó en el suelo sin dificultad.

—Esa tal Pyra o comoquiera que se llame me ha enseñado a hacerlo. — Respiró hondo para serenarse—. Dejadme intentarlo de nuevo.

Volvió a lanzarse contra el muro, saltó y, a la desesperada, trató de aferrarse al estrecho alféizar de la ventana.

—Esto no va a salir bien —dijo Julian—. Terminaremos por llamar la atención de los de seguridad...

—Pensando así no nos serás de gran ayuda —lo interrumpió Harlan—. Vas a gafarlo.

Elsa asintió y se sonrojó un poco al recordar que ella había sido la causante de que su amigo suspendiera la prueba de la moneda.

—Harlan tiene razón. Si todos nos concentramos en ello, tal vez lo ayudemos, ¿no? ¡Vamos, Ryan, puedes hacerlo!

En aquella ocasión el chico se alejó más. Volvió a agacharse y se imaginó a sí mismo agarrando el saliente de la ventana.

—Puedes hacerlo, Ryan —le aseguró Harlan, que cerró los ojos y visualizó el éxito de su compañero.

Ryan cargó contra la pared y saltó. Aquella vez sí consiguió la inercia y tracción necesarias para llegar hasta la ventana. Notó una repentina sensación de hormigueo en la cabeza cuando levantó los brazos y alcanzó la cornisa con los dedos. Se quedó allí suspendido durante un instante mientras los demás lo observaban desde abajo.

—¡Lo tengo! —farfulló asombrado de haberlo logrado.

Soltó un gruñido y trepó para colarse por la ventana hasta que lo único que quedó a la vista de los demás fueron sus piernas bamboleantes.

En la parte trasera del coche, Stephen iba sentado con la máscara de zorro colocada en el asiento de al lado. Sujetaba un ibis entre las manos y no paraba de moverlo a uno y otro lado. Desde el ataque contra su página web, no se había desplazado a ningún sitio sin que lo siguiera una furgoneta llena de matones.

—Pare aquí —ordenó al conductor.

El chófer subió la limusina a la acera. Un vagabundo de aspecto cansado estaba sentado en la puerta de una tienda cerrada, con una gorra harapienta delante de él. Dentro de ella había un par de monedas.

—Eh, tú —gritó Stephen por la ventanilla, y chasqueó los dedos.

El vagabundo se señaló el pecho.

—Sí, tú —dijo el multimillonario—. Venga, no tengo todo el día.

El hombre se puso en pie con dificultad, recogió su gorra y la abrazó. Se tambaleó hasta llegar al coche y se agachó para poder ver el interior de la limusina.

Stephen se sacó un fajo de billetes del bolsillo. El hombre abrió los ojos de par en par.

—¿Habías visto alguna vez esta cantidad de dinero? —preguntó el joven.

El indigente, fascinado ante la visión de todos aquellos billetes, negó con la cabeza.

—No, señor.

—¡Mi papá comenzó a darme esto de paga semanal en cuanto aprendí a andar! —Stephen soltó un gritito de entusiasmo y agitó el dinero ante la cara del vagabundo—. Te lo daré. Pero antes quiero que hagas algo por mí.

—Lo que sea —contestó el hombre—. Haré lo que quiera, señor.

Nover curvó los labios en una sonrisa cruel.

—Finge que eres un perro.

—¿Un perro?

—Sí —contestó él con desdén—. Aquí. En la acera.

El hombre se lo planteó durante apenas un segundo y después se puso de rodillas y comenzó a aullar.

Muerto de risa, Stephen empezó a aplaudir.

—¡Más! —gritó—. ¡Aúlla más alto!

A cuatro patas, el hombre se acercó a una pareja de transeúntes y les ladró. Ellos aceleraron el paso para dejarlo atrás.

El millonario se reía con tantas ganas que las mejillas se le habían puesto coloradas y un único mechón rizado se había escapado de su por lo demás impoluto peinado con raya al lado.

El hombre paró de ladrar, interrumpido por un ataque de tos, y gateó con las rodillas empapadas hasta la ventanilla del coche.

—Señor —dijo—, ¿puedo parar ya?

Stephen cogió la máscara de zorro del asiento y se la colocó sobre la cara.

—Márchate, perrito —dijo—. Ya no quiero jugar más.

El indigente se puso en pie y se lanzó a por el dinero.

Nover lo apuntó con el ibis a través de la ventana y disparó. El hombre cayó de espaldas a cierta distancia y aterrizó en un charco. Stephen sacó la mano por la ventanilla y soltó el dinero. La mayor parte de los billetes se coló por la cloaca que había junto al bordillo y el agua de la lluvia los arrastró casi de inmediato. El resto se esparció bajo el viento y la lluvia.

El móvil de Stephen comenzó a sonar e interrumpió el ataque de risa de su propietario.

—Me está molestando en medio de algo importante, así que más le vale que merezca la pena o tendré que...

—Ponga las noticias —dijo Susannah.

Nover encendió la televisión encastrada en el asiento trasero y cambió de canal hasta dar con uno que emitía un informativo.

—Estoy esperando —protestó con impaciencia.

—Ahora —contestó la mujer al otro lado de la línea.

Stephen ahogó un grito y comenzó a acariciar el asiento de cuero con sus suaves manos blancas mientras la pantalla mostraba una imagen del logo de la empresa de Felix acompañado de un titular.

—Vaya, esto es maravilloso, señorita Dion. ¡Simplemente maravilloso!

Le hizo un gesto al conductor para que arrancara y la limusina negra se alejó del bordillo para dirigirse hacia la ópera.

57

Ryan cayó al otro lado de la ventana y aterrizó sobre un carro enorme lleno de fardos de telas de colores. Después de comprobar que no había nadie cerca, salió de él con cautela y abrió la puerta para dejar entrar a los demás.

—Ahora solo tenemos que encontrar un modo de llegar al escenario —dijo mirando a derecha e izquierda por el pasillo.

De pronto, todos se quedaron paralizados al oír el ruido de unos pasos que se acercaban.

—Aquí dentro —dijo Jes, y tiró de Harlan hacia un cuarto de la limpieza.

Julian, Ryan y Elsa se metieron de un salto en el carro y se taparon con las telas.

—Este lote debe ir al escenario —oyeron que decía una voz—. Intenta darte prisa, se nos está haciendo tarde.

—Sí, señor —contestó otra voz.

El hombre agarró las asas del carro y, con un esfuerzo considerable, se las ingenió para ponerlo en movimiento.

El carrito recorrió todo el pasillo traqueteando.

—¡Hemos perdido a Jes y a Harlan! —susurró Elsa—. Tendremos que volver a por ellos.

—No vamos a ir a ningún sitio, ya nos alcanzarán ellos —replicó Julian en voz baja—. Esto va a llevarnos justo adonde necesitamos estar.

Aparcaron el carro detrás del escenario. Los tres muchachos esperaron a que los atareados tramoyistas pasaran ante ellos y a continuación salieron de su escondite y escudriñaron el casi desierto auditorio. Las paredes estaban decoradas con conchas, figuras y flores talladas que destellaban como el coral a través de las sombras.

—¿Llevas el ibis? —le preguntó Elsa a Ryan en un susurro.

Guardaron silencio cuando apareció un grupo de ayudantes charlatanes, pero estos pronto pasaron ante ellos sin prestarles ninguna atención a los tres intrusos.

—No. Se lo di a Jes para que me lo sujetara. Supongo que eso se carga nuestro plan. Tenemos que buscar algún sitio donde escondernos —dijo mientras trataba de localizar un lugar adecuado para el propósito. Entró en el escenario y se fijó en unos cables que venían de la parte inferior del mismo—. Mirad, podemos bajar y esperar el momento apropiado —señaló.

Sin embargo, antes de que tuvieran la oportunidad de hacerlo, un hombre alto, vestido de traje y con gafas y aspecto de estar muy estresado, se acercó a ellos a toda prisa. Les hizo gestos con una hoja de papel enrollada, haciéndola girar como si fuera una batuta.

—¡Ahí están los extras que nos faltaban! ¡Os hemos estado buscando por todas partes!

—¿Extras? —Repitió Elsa atónita—. Pero si nosotros no somos...

—El director se ha puesto enfermo hace un rato, así que ahora estáis a mi cargo. ¿A qué estáis jugando vosotros tres? ¡El espectáculo empieza dentro de menos de media hora!

Julian, Ryan y Elsa se miraron entre sí.

—Lo sentimos mucho —se disculpó Julian improvisando—. Es que

estábamos buscando nuestros trajes...

El hombre les lanzó una mirada furibunda y despectiva. Se acercó al carro a grandes zancadas, metió la mano dentro y sacó tres uniformes escolares andrajosos y llenos de parches.

—Poneos los trajes y preparaos.

A regañadientes, cada uno de ellos cogió un uniforme y a continuación recibió un empujón hacia los bastidores del escenario.

—Ni de loco —siseó Ryan tras ponerse su disfraz. Los pantalones cortos eran varias tallas más pequeños de lo necesario y la harapienta camisa de retales apenas lograba rodearle el pecho ancho—. No voy a hacerlo. No voy a seguir adelante.

Julian apareció a su lado vestido con unos pantalones cortos parecidos a los suyos, unos calcetines subidos hasta las rodillas y una gorra de escolar que mantenía un precario equilibrio sobre la cabeza. Elsa estalló en carcajadas al ver a la pareja. Se reía tanto que tuvo que agarrarse el estómago.

Julian la fulminó con la mirada.

—Me alegra que te divierta tanto. Al menos no hay nadie más por aquí para ver este fiasco. —Apenas un segundo después de que hubiera pronunciado aquellas palabras, apareció uno de los tramoyistas enfocándolos con una cámara.

—Ni se te ocurra —lo amenazó Ryan, pero no antes de que estallara un flash.

Ryan se abalanzó sobre él y le arrebató la cámara de las manos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó el joven mientras trataba de recuperar el aparato—. ¿No queréis una foto?

—No —rugió Ryan.

—No —confirmó Julian—. Nada de fotos. —Pasó junto al hombre de la cámara—. Acabemos con todo esto de una vez.

—Se han llevado el carro por ese pasillo —dijo Jes cuando abrió la puerta del

cuarto de la limpieza.

Harlan salió tras ella y ambos recorrieron el serpenteante pasadizo que los guio a través de un recargado laberinto de beis y dorado.

La chica echó un vistazo tras una puerta situada al final del mismo y se encontró con una sala llena de jóvenes actores en plena ebullición.

—Retrocede —le dijo a su compañero—. No podemos entrar ahí.

Con el ibis sujeto bajo la manga del abrigo, Harlan trepó a toda prisa por una escalera que salía del pasillo. Una vez arriba, se detuvo para esperar a Jes.

La chica subió apoyándose en la barandilla y después se llevó la mano al costado.

—Por aquí está despejado —afirmó Harlan, que pisó la mullida alfombra roja con sumo cuidado.

Se escondieron en la habitación más cercana. A lo largo de toda una enorme pared había tres mesas rectangulares llenas de hileras de copas de champán y cubiteras de plata.

Dos camareros, un chico y una chica que llevaban camisas negras, servían champán en las esbeltas copas. Ambos levantaron la mirada hacia Jes y Harlan.

—¿Quiénes sois? —les preguntó el chico—. Esto es una zona privada.

—Hemos venido a ayudar —mintió Harlan—. Somos... somos los nuevos empleados.

—¿Empleados nuevos? No sé nada de eso. ¿Habéis pasado los controles de seguridad? —quiso saber la chica—. Se espera a gente muy importante en esta sala dentro de poco.

—Ya lo sabemos —dijo Jes.

—Dejadme ver vuestros pases —exigió la camarera.

—Eh... ¿Nos los hemos olvidado? —aventuró Jes sin mucho éxito.

La chica dejó la botella de champán negra y dorada que tenía en las manos y se acercó de prisa al teléfono que había en la pared.

—Se supone que no debéis estar aquí —dijo—. Voy a llamar a seguridad.

En cuanto levantó el auricular, Harlan se sacó el ibis del abrigo y disparó. La chica se estrelló contra la pared y se derrumbó sobre el suelo. Su compañero levantó las manos temblorosas en señal de derrota, pero Harlan lo tiró al suelo con otra descarga del ibis.

—Lo siento —dijo dirigiéndose a la pareja. Luego se volvió hacia Jes—. Tenemos que ocultarlos en algún sitio.

Jes miró a su alrededor y se fijó en una cortina de terciopelo granate. La retiró y descubrió la puerta de un armario; dentro había una mopa, un par de rollos de papel de cocina y varias camisas negras de sobra colgadas de un gancho. Las cogió y las lanzó hacia fuera.

—¡Aquí dentro! —exclamó.

Harlan arrastró al chico hasta el armario y le metió los brazos dentro empujándoselos con un pie. Entre los dos cogieron a la chica y la ocultaron en el mismo sitio, colocándola junto a su compañero. Aliviados, cerraron la puerta tras ellos y volvieron a echar la cortina para esconderla.

—Deberíamos sacarles provecho a estos uniformes... Si alguien nos pregunta, podemos decir que somos los camareros —sugirió Harlan, que se quitó el abrigo y la camiseta. Miró a Jes, que, incómoda, se había quedado inmóvil con el abrigo sujeto entre las manos. El chico le dedicó una sonrisa avergonzada y le dio la espalda—. Ahora podremos bajar al escenario y buscar a los demás.

Jes se quitó el jersey a toda prisa y se puso la camisa negra con nerviosismo.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre con sobrepeso vestido de esmoquin. Varias manchas de sudor le mojaban la camisa blanca. Se secó la cara con un pañuelo.

—Algunos de los invitados han empezado a llegar ya —anunció—. No es necesario que os recuerde lo importantes que son.

—Sí, señor —contestaron unos cautelosos Jes y Harlan al unísono.

—Por el amor de Dios, ¿qué demonios pasa con vosotros? —dijo el hombre. Se aproximó a Jes y le señaló los botones de la camisa—. ¡Vas hecha un desastre, muchacha! La camisa no es de tu talla y la llevas por fuera... ¡Y con vaqueros! ¡Os dijeron que traerais pantalones de vestir negros!

—Lo siento, señor —se disculpó Jes.

Entonces el corpulento desconocido se fijó en Harlan.

—Y tú vas igual de mal. Poneos presentables de inmediato. Y ¿dónde están vuestras máscaras?

Jes echó un vistazo a su alrededor y divisó dos antifaces —uno blanco y otro negro— sobre la mesa.

—Aquí —contestó, y le pasó uno a Harlan. Después, se puso el suyo.

—Así está mejor. Y ahora intentad mostrar un poco de entusiasmo o encontraré a otros que sean capaces de hacerlo.

Sin más, el hombre giró sobre sus tacones brillantados y se marchó dando zancadas.

—Ha estado a punto de pillarnos —dijo Harlan con una gran sonrisa dibujada en la cara, y escondió el ibis.

Fuera, el ruido de varios cientos de pares de pies atronaba el pasillo.

58

En el piso de abajo, Pyra y Luthan observaban con atención la avalancha de invitados con esmoquin que llegaba al grandioso vestíbulo de entrada, un tranquilo enjambre de seda y lentejuelas.

—Ahí está Stephen —murmuró ella, que apartó la mirada cuando el millonario pasó a su lado.

—Y Blythe —Luthan lo señaló con un gesto de los ojos.

Pyra volvió la cabeza para mirarlo justo cuando el aristócrata del bigote y la cara roja irrumpía en el vestíbulo como un elefante en una cacharrería y casi derriba a una mujer de aspecto delicado y pelo blanco.

—Parece que ya esté borracho —comentó con una mueca.

—Probablemente así sea. ¿Dónde demonios está Felix?

La chica lo buscó con ansiedad por encima del hombro de Luthan.

Un hombre vivaracho de facciones aguileñas se encaramó de un salto a la escalera y le dio unos ligeros golpecitos con una cuchara a su copa de vino. Los murmullos se apagaron.

—Damas y caballeros, es un honor que hayan podido acudir esta noche a este espectáculo tan especial, que comenzará en breve. Y después, como bien saben, nos retiraremos al salón de baile para celebrar una mascarada. —Guardó silencio y entrelazó las manos a la altura del ombligo—. Quiero ofrecerle mi más sincero agradecimiento al joven Stephen Nover por todas sus generosas contribuciones a este evento. Creo que se merece un aplauso.

La sala estalló en una ovación, y Stephen, con una sonrisa de oreja a oreja, hizo una reverencia.

Pyra se cruzó de brazos. Se negaba a aplaudir.

—No seas tan descarada —le susurró Luthan mientras entrechocaba las manos con suavidad.

El anfitrión extendió la mano hacia un lado e hizo un gesto para que los asistentes subieran por la escalera. Pyra y Luthan siguieron a la muchedumbre hacia la sala VIP.

—¿Champán? —preguntó Harlan oculto tras su máscara blanca.

Le tendió una copa a una dama rubia que lucía un abrigo de piel.

—Pregúntale que si «le apetecería un poco de champán» —le espetó al oído el obeso organizador de eventos—. Por el amor de Dios, ¿de dónde os han sacado?

Harlan lanzó una mirada en dirección a una inquieta Jes, que intentaba proporcionarle la mayor cantidad posible de copas a una multitud de invitados impacientes.

El enfurruñado organizador se apresuró a llegar hasta ella para enseñarle cómo debía ofrecer las bebidas.

—Las copas están encima de la mesa —gruñó ella por lo bajo—. No entiendo por qué no pueden estirar la mano y cogerlas ellos mismos...

—Porque a ti te pagan para que estires la mano y se las cojas —le espetó el hombre, y a continuación sonrió con dulzura cuando un tambaleante millonario ruso con unas gafas casi tan grandes como su cara se marchó dando tumbos con la copa que tenía en la mano.

—Tenemos que largarnos de aquí y encontrar a los demás —le susurró Harlan a su amiga—. Si van a plantarse en el escenario y contarlos, tal como planeamos, tendremos que estar todos allí o...

—Nos detendrán antes incluso de que empecemos —concluyó Jes con la mirada clavada en el personal de seguridad.

Cuando Harlan desvió la mirada, localizó a Pyra y a Luthan en el extremo opuesto de la habitación.

—Jes —llamó con disimulo—. Mira.

La chica levantó la vista y tardó uno o dos segundos en reconocer a Pyra con aquel vestido negro.

Cuchicheando entre ellos, Pyra y Luthan se acercaron a la mesa.

—Señora... Señor... —saludó Harlan con educación—, ¿puedo ofrecerles una copa de champán?

—Preferiría una cerveza —protestó Pyra—. No soporto estos rollos.

El chico se levantó la máscara subrepticamente, lo justo para que Pyra se diera cuenta de con quién estaba hablando.

—¡Tú! Os dijimos que os quedarais en el bloque de apartamentos —lo

reprendió—. ¡Nunca escucháis!

—Puede que si empezaraís a contar con nosotros lo hiciéramos —contestó Harlan en un susurro—. Y, además, tenemos una oportunidad mejor que vosotros.

—¿Una oportunidad mejor de hacer qué, exactamente?

—De ayudaros. —Miró a Stephen, que estaba a cierta distancia de ellos, con los ojos entornados—. Seguíis queriendo acabar con el Compromiso, ¿verdad? Bueno, pues nosotros también, y tenemos un plan.

Luthan negó con la cabeza.

—Tenéis que largaros de aquí los dos, antes de que lo fastidiéis todo.

Después les lanzó una mirada seria a ambos, devolvió su copa a la mesa y se marchó en compañía de Pyra.

—Tal vez debiéramos informar a seguridad —propuso Pyra—. Los echarían de aquí antes de que se metieran en ningún lío.

—Quizá deberíamos dejar que se queden —reflexionó Luthan mientras observaba la cola que se estaba formando en torno a la aturdida pareja—. No sé en qué puede consistir ese plan suyo... Ni siquiera estoy seguro de querer saberlo... Pero puede que una distracción sea precisamente lo que necesitamos para ayudarnos a llegar hasta nuestro objetivo.

Pyra lo miró con los ojos entrecerrados.

—Vas a dejar que la fastidien para que los pillen. Para serte sincera, me parece un tanto despiadado, Luthan.

—Entonces esperemos no tener que llegar a eso —contestó él con frialdad.

«Supongo que esta es la razón por la que Henry te eligió para ser el líder durante su ausencia», pensó la joven, pero no dijo nada.

—Damas y caballeros —anunció el anfitrión entre los murmullos al cabo de unos minutos—. El espectáculo está a punto de comenzar. Por favor, ocupen sus asientos en el palco...

Los invitados formaron una fila y comenzaron a salir de la habitación.

—Yo no voy a ningún sitio que no sea a buscar a los demás —le aseguró Jes a Harlan en un susurro—. En cuanto comience el espectáculo, bajaremos al escenario y los encontraremos.

59

Luthan observó a Stephen mientras este acariciaba la máscara de zorro que descansaba sobre su regazo.

—Al menos sabemos qué llevará puesto Nover más tarde —masculló—. Si Felix no llega, deberíamos centrarnos en Nover.

Pyra asintió.

—De acuerdo. —Se fijaron en que los actores ocupaban rápidamente sus posiciones sobre el escenario—. Ya estoy aburrida —dijo—. Que llegue el baile de máscaras para poder coger a nuestro rehén y largarnos de aquí.

—Calla y disfruta del espectáculo —susurró Luthan sin apartar la mirada de Stephen—. Además, un poco de cultura no te hará daño.

—¿Llamas a esto cultura? —replicó ella—. A varios de esos actores parecen haberlos arrastrado hasta aquí directamente desde las calles. Espera un segundo...

—¿Qué pasa?

Pyra se enderezó en su asiento y cogió los binoculares del sillón que tenía delante.

—¿Esos son... Ryan y Elsa... y Julian? ¿A qué están jugando?

Luthan cogió sus propios binoculares. Confirmó las sospechas de su compañera con un suspiro y volvió a dejar los binoculares.

—Ryan no sería capaz de actuar ni aunque le fuera la vida en ello —

murmuró Pyra—. Míralo, no tiene ni idea de lo que está pasando. Y Elsa no para de balancear la cabeza como si le pasara algo. Cree que está en una obra del colegio...

Luthan susurró con tono de desesperación:

—Sus habilidades interpretativas dan igual. Están llamando demasiado la atención.

Se levantó de su asiento, provocando un coro de chasquidos desaprobatorios, y Pyra lo siguió hasta la desierta zona VIP.

—¿Ya habéis vuelto? —preguntó Jes, que llevaba la máscara negra colocada sobre la frente.

—¿Habéis visto quiénes están en el escenario? —preguntó a su vez Pyra, que señaló hacia la ventana.

Jes y Harlan se levantaron y miraron a través del cristal. Al parecer, Ryan se había dado totalmente por vencido y se había sentado cómicamente sobre un barril. Había apoyado la cabeza entre las manos y el director, frenético, no paraba de hacerle gestos desde los laterales del escenario. Elsa se movía adelante y atrás.

—Sé que dijimos que íbamos a interrumpir el espectáculo, pero no pensé que lo haríamos así —dijo Jes.

—¡Un segundo! —exclamó Pyra—. ¿A qué te refieres con lo de que ibais a «interrumpir el espectáculo»?

—Íbamos a contarle a los espectadores lo que nos ha pasado —explicó Harlan—. ¡Íbamos a poner en evidencia al Compromiso!

—Así que ese era vuestro plan. —Pyra suspiró e hizo un gesto de negación con la cabeza.

Harlan se dio la vuelta y se encontró con el organizador de eventos estudiándolo con detenimiento. El hombre reparó en el ibis que Jes sujetaba amenazadoramente entre las manos y luego miró uno por uno a todos los componentes del grupo.

—¿Qué está pasando aquí?

—Un simple malentendido —contestó Luthan—. Le aseguro que estábamos...

—Puede explicárselo a los vigilantes de seguridad mientras les acompañan al exterior.

El hombre se abalanzó con inquietud sobre el teléfono.

Pyra le arrancó el ibis de las manos a Jes, apuntó y disparó antes de que el organizador pudiera descolgar el auricular.

—Aquí dentro —dijo Harlan, y descorrió la cortina de terciopelo que escondía el armario.

Con ayuda de Luthan, metió allí al hombre con los otros dos cuerpos inconscientes.

—¿Es que habéis empezado una colección o algo así? —bromeó Pyra.

—Será mejor que volvamos —sugirió Luthan, que cogió el ibis y se lo guardó en el interior del esmoquin—. Tenemos que mantener vigilado al Compromiso. Reuníos con nosotros más tarde en el salón de baile. Felix no ha venido, así que nuestro objetivo tendrá que ser Stephen.

60

Alyn salió del coche y le abrió la puerta a Felix. Subieron los escalones de mármol, el millonario ajustándose la bufanda blanca, y franquearon las puertas principales. Un acomodador sorprendido se acercó a saludarlos a toda prisa.

—Señor Felix, lo lamento, pero se ha perdido la mayor parte del espectáculo. Si hubiera sabido que iba a llegar tarde, habría...

—Tonterías. Nunca me han gustado estas cosas. Mi ayudante y yo hemos venido por la fiesta.

—Entonces déjenme acompañarlos a la sala VIP. Puedo ofrecerles una

copa...

—No, gracias. Tengo previsto reunirme con unos colegas en la sala de banquetes —contestó Felix, que le dedicó una sonrisa cómplice a Alyn y comprobó la hora en su reluciente reloj de pulsera.

—Buena suerte —le deseó Alyn.

Si Stephen era tan malo como Felix aseguraba, iba a necesitarla.

—Gracias, Alyn —contestó el hombre ya de camino a las escaleras—. Espero no tardar demasiado.

El chico se acomodó en un banco del vestíbulo y se cruzó de brazos. No había ni rastro de Emmanuel por ningún sitio. Alyn no podía evitar sentir que, de momento, probablemente aquello fuera buena señal.

En el interior del auditorio, un Stephen aburrido bajó la vista hacia su reloj. Se aclaró la garganta y, educadamente, salió por el pasillo. Blythe aguardó un momento y después también se marchó, seguido por Antonia escasos minutos después.

Al cabo de un momento, Stephen, Antonia y Blythe entraron en la sala de banquetes del segundo piso. Se acercaron a la mesa del centro. Felix esperó hasta que Antonia y Blythe tomaron asiento.

—*Semper ad meliora* —comenzó.

—*Semper ad meliora* —repitieron todos menos Stephen.

—Declaro iniciada esta reunión del Compromiso.

—Sí, sí, venga —dijo Stephen con un bostezo—. Tengo que terminar de ver un espectáculo tremendamente estúpido. Aunque solo por ver a los imbéciles de los extras ha merecido la pena.

—Creo que estaban borrachos —rio Blythe.

—Piensas lo mismo de todo el mundo, viejo tarado —se mofó Stephen—. No todo el mundo es como tú.

—Basta ya —intervino Felix—. No estamos aquí para insultarnos unos a otros.

—Entonces tal vez deberías decirnos por qué estamos aquí exactamente —replicó Nover—. Al fin y al cabo, has sido tú quien ha convocado esta reunión de emergencia.

—Sí —contestó Felix. Se percató de que le estaba temblando la mano. Miró a Stephen—. Tiene que ver contigo.

—Vaya, como siempre...

—Iré directo al grano —continuó el líder.

Felix miró a Blythe y Antonia en busca de su apoyo. Ambos le hicieron un gesto apenas perceptible para que continuara.

—Tengo el gran honor, Stephen, de decirte que trabajar contigo para poner el proyecto en marcha a lo largo del último par de años ha sido profundamente desagradable. Eres un pequeño monstruo repugnante, egoísta, cruel y mimado hasta la médula y... —se detuvo para coger aire— los tres hemos alcanzado un acuerdo. ¿Puedo pedirlos a ambos que manifestéis vuestra posición?

—Tienes mi respaldo, James —contestó Antonia, y le lanzó una mirada desaprobatoria a Nover.

—Y también cuentas con el voto de este «viejo tarado» —añadió Blythe. Se inclinó hacia Stephen y le dio unas palmaditas consolatorias en el hombro—. Lo siento mucho, muchacho.

—Esto lo confirma —concluyó Felix—. Ya no perteneces al Compromiso, Stephen. Has perdido los privilegios relativos al proyecto. Tienes cuarenta y ocho horas para devolver tu llave. Estás acabado.

Felix pronunció las últimas palabras con tanta rabia que unas finas gotas de saliva salieron despedidas de sus labios y salpicaron la mesa.

Stephen lo observaba impasible, inmóvil.

—*Semper ad meliora* —recitó Felix—. Declaro esta reunión clausurada.

Se encaminó hacia la puerta, pero entonces Stephen habló.

—No hay ninguna regla respecto a votar para expulsar a otro miembro, Felix.

—¡Pero te estás olvidando de la regla más importante! —repuso él—. El que sea más rico manda... Y el que manda es el que define las normas.

Stephen frunció el ceño y se llevó un dedo a los labios.

—Pero es que ahí es donde tu plan se desmorona —aseguró—. Porque tú no eres el más rico.

Felix se volvió hacia Antonia y Blythe y se rio con ganas.

—Justo antes de las seis de esta tarde te he desbancado —continuó Stephen.

—Tonterías —dijo Felix sin parar de reír.

—¿Por qué no llamas a alguien? Estoy seguro de que te lo podrían confirmar.

Felix se sacó el móvil del bolsillo y vio que tenía varias llamadas perdidas de su ayudante. Marcó su número.

—¿Qué pasa? —dijo ya al teléfono.

—Lo siento, James —fue la respuesta. El volumen era lo bastante alto para que los demás lo oyeran—. Ha habido un pequeño problema. Un efecto mariposa... Estamos haciendo todo lo posible por resolverlo...

—¿Hablas de la empresa?

—Sí, James. Nadie podría haber previsto que iba a suceder algo así.

La voz de Felix perdió sonoridad.

—¿Por qué... por qué no me lo ha dicho nadie?

—Hemos estado intentando ponernos en contacto contigo, pero ha sido imposible... Te hemos enviado correos electrónicos, te hemos dejado mensajes y...

¿James? James, ¿sigues ahí?

Felix cortó la llamada y bajó el teléfono. Se quedó mirando a Nover durante varios segundos.

—Bien —dijo Stephen con las manos cruzadas detrás de la nuca—, esto me sitúa en una posición bastante admirable, ¿no es así?

—Blythe, Antonia —suplicó Felix—. Todavía podemos combatirlo.

—¿No lo entiendes, viejo? —prosiguió Stephen—. ¡Susannah ha estado trabajando para mí todo este tiempo desde la cárcel! —Miró a los otros dos miembros del Compromiso—. Si puedo acabar con la fortuna de Felix, puedo hacer lo mismo con vosotros dos. Así que elegid vuestro bando con inteligencia.

—Está mintiendo —dijo Felix—. No lo hagáis. No lo escuchéis.

—¿Antonia? —preguntó Stephen, que estaba disfrutando con el nerviosismo de Felix—. ¿Blythe?

El aristócrata lo pensó un momento y miró a Felix con compasión.

—Lo siento muchísimo, viejo amigo..., pero creo que sabes lo que tenemos que hacer.

—Por el bien común —agregó Antonia—. Se suponía que de eso se trataba todo esto, ¿no?

—Sí, pero...

—De eso es precisamente de lo que se trata —aclaró Stephen—. Del bien común. Y no del agonizante ego de un viejo patético y trastornado. ¡Larga vida al Compromiso!

Felix parecía haber envejecido una década en solo unos minutos. Asintió levemente con la cabeza, fulminó con la mirada al sonriente Stephen y salió de la habitación caminando lenta y calladamente.

Alyn estaba todavía esperando en el vestíbulo cuando las puertas del auditorio se abrieron y una muchedumbre de invitados comenzó a inundar la habitación. Se puso de pie y se mezcló entre la gente intentando no perder de vista

a Felix, que acababa de salir del salón de banquetes con aspecto de estar aturdido y destrozado.

—¡Señor Felix! —lo llamó, pero el hombre lo ignoró. «¿Qué ha pasado ahí arriba?».

—¡James! —exclamó un señor que le pasó un brazo por encima de los hombros—. Acabo de enterarme de lo que ha ocurrido, yo...

Felix se zafó de su abrazo y bajó las escaleras.

—Algo ha debido de asustar a los accionistas —murmuró otro invitado que se cubría la boca con la mano.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alyn tras volverse hacia el hombre que acababa de hablar.

—JF Industries se ha dado un batacazo tremendo —contestó el invitado—. Su empresa se está arruinando.

Alyn se abrió camino entre la multitud y llegó a las puertas principales justo cuando Felix se marchaba.

—¡Señor Felix! —volvió a llamarlo.

Él volvió la cabeza despacio.

—Lo siento, Alyn. Lo siento. Necesito estar a solas.

61

—Menos mal que se ha terminado esa humillación —dijo Julian.

—Espero que estéis orgullosos —gritó el furioso y congestionado director mientras se abría camino hasta ellos—. Nos habéis convertido a mí, al resto del reparto y a esta ópera en un hazmerreír.

—Bien, si ya ha terminado... —dijo Julian con frialdad, y se marchó rodeando al hombre y haciéndoles un gesto a sus compañeros para que lo siguieran.

—Yo no lo he hecho tan mal, ¿verdad, señor? —quiso saber una preocupada Elsa.

El director se agachó para poder mirarla directamente a los ojos.

—Tú —le dijo en voz baja— has sido la peor niña pequeña que he visto en mi vida. Y, si alguna vez consigues cantar una sola nota afinada, será poco menos que un milagro.

—Eh, déjela en paz —intervino Ryan—. Venga, Elsa.

Tiró de la niña hacia él y le revolvió el pelo a modo de gesto protector.

Ella se encogió de hombros.

—De todas maneras, nunca me ha gustado cantar.

Elsa, Julian y Ryan se alejaron del escenario y encontraron su ropa hecha un ovillo en un lateral.

—Y ahora ¿qué hacemos? Hemos perdido nuestra oportunidad —señaló Elsa.

—Tendremos otra —repuso Julian.

Por la escalera, miró hacia las recargadas puertas del salón de baile, ante las que merodeaban dos camareros cargados con bandejas de bebidas.

—Están todos ahí dentro —dijo—. Deberíamos esperar hasta que esos dos camareros hayan entrado.

—Estoy harto de esperar —gruñó Ryan—. Voy a entrar a buscarlos.

Dentro del salón de baile, un cuarteto de cuerda estalló en una frenética obertura. Con la mirada clavada en Stephen, Pyra se deslizó entre los invitados hasta colocarse en una esquina de la habitación.

«Stephen debe salir solo del salón», dijo en voz muy baja para dejar clara su intención mientras volteaba la ficha de dominó entre los dedos. Cerró los ojos y notó una sensación crepitante, un burbujeo, en algún lugar de su mente.

En aquel momento, una mujer que estaba de pie junto a Nover sintió una punzada en la pantorrilla, el comienzo de un calambre, y dio un paso atrás. Al hacerlo, impactó contra una anciana que se estaba echando perfume en las muñecas. Desviada de su trayectoria, una nube de perfume minúscula, casi insignificante, penetró en la nariz de un hombre alto que se estaba colocando el antifaz. Un par de segundos después, el hombre echó la cabeza hacia atrás y estornudó. Stephen, que estaba bailando con una cantante de ópera entrada en años, se apartó con rapidez para esquivar el estornudo y chocó contra un camarero.

La copa de vino que llevaba el camarero salió despedida y dejó una salpicadura carmesí en la inmaculada camisa blanca de Nover.

—Oh, señor Nover —dijo—. Lo siento mucho, yo...

—Un accidente —repuso Stephen desde detrás de su máscara de zorro feroz, tratando de no perder los nervios. Miró a su compañera de baile y le dedicó una sonrisa falsa—. Discúlpeme mientras me limpio.

Sin más, avanzó con elegancia entre la multitud de camino a las puertas.

Desde las escaleras que había fuera del salón de baile, Luthan vio que Stephen entraba en el lavabo. Se aseguró de que nadie lo estaba observando y se sacó el ibis del interior del esmoquin.

Esperó unos segundos más y luego abrió la puerta con cuidado para echar un vistazo al interior, donde Nover se estaba ajustando la máscara de zorro frente al espejo del baño.

—Te pillé —rugió Luthan—. Y ni se te ocurra intentar moverte.

Stephen se volvió con lentitud. La máscara de zorro era siniestra, burlona.

—El Compromiso está acabado, Stephen —dijo—. Todo acaba aquí.

Nover levantó las manos para parodiar su derrota.

—Te estás equi...

Luthan disparó y el cuerpo de Stephen salió disparado de espaldas contra el lavabo y después se derrumbó. El líder del Gremio corrió hacia él y se echó al joven inconsciente sobre el hombro.

—¡Luthan! —gritó Pyra desde el exterior de los servicios—. ¿Está hecho?

—Está hecho. ¿Puedo sacarlo?

La chica esperó a que dos hombres vestidos de traje que caminaban por el pasillo pasaran por delante de los baños.

—Ahora —siseó.

Cauteloso, Luthan franqueó la puerta de espaldas con un Stephen desmadejado cargado sobre los hombros como un fardo.

—Toma —dijo, y le lanzó el ibis a su compañera.

Pyra lo cogió con ambas manos. Echó a correr hacia las puertas del salón de baile y cogió uno de los colgadores de latón. Lo introdujo entre las manillas y dejó encerrados en el interior a los invitados y a los miembros del personal.

Se quitó los tacones y bajó las escaleras enmoquetadas a toda velocidad. Al final de las mismas, dándole la espalda, había un guardia de seguridad. Le apuntó con el ibis a la nuca y disparó.

—Despejado —dijo gesticulando en dirección a Luthan—. Venga.

Saltó por encima del hombre inconsciente solo para toparse con otro vigilante de seguridad que acababa de aparecer tras la esquina.

—¡Deténgase! —gritó el guardia.

Con la mirada clavada en el ibis, intentó coger la radio que llevaba en el cinturón. Pyra volvió a apretar el gatillo y el hombre salió despedido contra la pared.

La joven abrió las puertas dobles que daban a la fachada de la ópera y trató de divisar su coche de apoyo a través de la lluvia brumosa. Comenzó a saltar

sacudiendo los brazos. Anton la vio y puso el motor en marcha.

Luthan se detuvo en medio de los escalones de mármol para recolocarse a Stephen sobre los hombros, pues se le estaba resbalando. Después se dirigió hacia el coche. El viento era salvaje, le azotaba las orejas y silbaba con furia. El agotamiento hacía que de su boca brotara vapor.

Pyra, descalza, cojeaba sobre la acera de piedra helada y empapada por la lluvia. Llegó al vehículo a toda prisa y abrió la puerta trasera.

Luthan dejó caer a Stephen sobre el asiento y le hizo un gesto a Pyra para que le devolviera el ibis.

—Yo me iré con Anton —jadeó al tiempo que miraba hacia atrás para ver si los seguían—. Alguien tiene que encargarse de que este no se despierte.

—Yo volveré y sacaré a los chicos —replicó Pyra—. Siguen ahí dentro.

Dio media vuelta y regresó a toda prisa a la entrada subiendo los escalones congelados.

—Esto es muy raro, parece que no puedo abrir la puerta —dijo uno de los invitados con máscara mientras forcejeaba con las manillas de latón de las puertas del salón de baile—. ¡Estamos encerrados!

Jes observaba la conmoción.

—Supongo que eso quiere decir que el Gremio ha cogido a Stephen —le dijo a Elsa. A continuación, se quitó la máscara—. Ahora es nuestro turno. Ayúdame a reunir a los demás. Ya es hora de que le contemos la verdad a todo el mundo.

La niña se dio la vuelta para buscar al resto. Atisbó a Ryan de pie junto a la pared.

—¡Ryan! —gritó sacudiendo un brazo.

Harlan la vio, tiró su máscara al suelo y se sumó al grupo. El último en verlos fue Julian, que se sacó el ibis de la pernera del pantalón y se encaminó hacia ellos.

Una pequeña multitud de invitados había comenzado a congregarse ante las

puertas cerradas. Los cinco adolescentes cogieron una de las mesas de las bebidas y la volcaron. Las copas y botellas de champán cayeron y se estrellaron contra el suelo con gran estrépito. Toda la sala se volvió para ver de dónde procedía el escándalo.

Jes se encaramó a la mesa vacía y Harlan y Elsa la siguieron. Ryan recuperó el ibis que le había dejado a Jes y se colocó junto a Julian, ambos con las armas en la mano.

—¡Tenemos que anunciar algo! —vociferó Jes tratando de hacerse oír por encima de la confusión—. ¡Presten atención!

Un pequeño número de invitados se detuvo y los miró, mientras que los que estaban cerca de las puertas continuaron intentando liberarse, cada vez más frustrados. Harlan vio a un vigilante de seguridad hablando por el intercomunicador.

—¡Por favor, silencio! —Jes gritó tanto que comenzó a dolerle la garganta—. Tenemos algo importante que decir... ¡Tienen que escucharnos!

—¡Nos robaron de nuestras casas! ¡Nos secuestraron! —chilló Elsa.

Varias personas más se pararon a escuchar.

—¡Fue el Compromiso! Las personas más ricas del país. ¡Fueron ellos! ¡Tienen que ayudarnos!

—Recuerdo haberte visto en el escenario durante el espectáculo —dijo un hombre situado a la cabecera del grupo señalando a Elsa. Luego movió el dedo hacia Ryan—. ¡Y a ti! ¿Es una especie de broma?

—Estamos diciendo la verdad, se lo juro —respondió Ryan—. ¡No tiene ni idea de lo que hemos pasado!

Los espectadores rieron educadamente y comenzaron a hablar entre ellos hasta que el salón de baile volvió a llenarse de ruido.

—¡Esto es muy divertido! —oyó Elsa decir a una mujer entre carcajadas—. Debe de formar parte del espectáculo...

—Ridículo en mi opinión —repuso otra que comenzó a abrirse camino hacia

las puertas del salón para investigar el bloqueo.

—Esto no va bien. ¡No nos creen! —exclamó Elsa mientras tiraba con fuerza del brazo de Jes.

Julian levantó su ibis y disparó contra la lámpara de araña. La descarga resonó en el aire y la araña chirrió bamboleándose de un lado a otro. Los invitados ahogaron un grito y toda la habitación se sumió en el silencio.

—Hemos venido aquí a denunciar a algunas personas muy poderosas que se encuentran justo en esta habitación —dijo Julian con el ibis en el aire—. Si no nos escuchan, ¡nuestro destino y el de todos los demás recaerán sobre sus conciencias!

—Tonterías —replicó alguien con desdén.

Jes, Elsa y Harlan observaron a los invitados que se echaban a reír y retomaban sus conversaciones.

—No ha funcionado —constató Jes—. ¡Ahora no parecemos más que unos idiotas! ¿Nos creerá alguien alguna vez?

Rodeó a Elsa con el brazo, porque la niña parecía estar a punto de echarse a llorar.

62

Alyn había dedicado varios minutos a buscar a James Felix sin lograrlo. Se protegió los ojos con la mano y escudriñó el callejón que había en un lateral de la ópera. Casi se esperaba encontrarse con el devastado multimillonario desplomado contra la pared.

«Si le ocurre algo no podrá cumplir su promesa», pensó Alyn mientras el viento impulsaba la lluvia lacerante en su dirección y agitaba su esmoquin. Sus amigos seguirían estando en peligro, los otros chicos que aún estaban en la cárcel no serían liberados y Stephen, el más peligroso de todos ellos, estaría al mando.

Se apartó el pelo de los ojos y volvió a entrar en la ópera a la carrera. Delante

de él vio a una chica con un vestido negro y sin zapatos subiendo las escaleras a toda velocidad. La joven miró a ambos lados, corrió hacia las puertas del salón de baile y quitó el poste de latón que las mantenía cerradas.

«¿Pyra?», pensó Alyn. La llamó por su nombre, pero ya había sido devorada por una masa de vestidos de lentejuelas y esmóquines. El chico se abrió camino a empujones entre la multitud y entró en la sala, donde la mayor parte de los invitados aún estaban de pie. En la esquina, los músicos se miraron los unos a los otros, se encogieron de hombros y atacaron una entusiasta interpretación de la obertura de *Las bodas de Fígaro* de Mozart.

—¡Pyra! —voceó. Se quitó la máscara y la tiró al suelo—. ¿Qué está pasando? ¿Qué estás haciendo aquí?

A la joven le costó unos segundos reconocerlo. Luego le dijo:

—Nos largamos, Alyn. —Le hizo un gesto para que la siguiera—. Todos tus amigos están aquí: Harlan, Ryan, Elsa, Jes...

—¿Jes? —repitió inseguro—. ¿Jes está aquí? «No está muerta... ¡Felix me mintió!».

Tras su infructuoso intento de convencer a los invitados de su encarcelamiento, la pandilla se retiró al fondo del salón para discutir qué debían hacer a continuación. Jes recorrió la multitud con la mirada en busca del Compromiso y se topó con un rostro conocido que avanzaba a empujones entre los invitados.

—¿Alyn? —dijo—. ¡Está aquí!

Echó a correr hacia él, pero Elsa se interpuso en su camino.

—Elsa, ¿qué estás haciendo? Suéltame...

—Para, Jes —le rogó Elsa, aún sujetándola—. ¡Está del lado de Felix!

—¿Del lado de Felix? Imposible. Estás loca, Elsa. —Jes intentó librarse de la niña—. Quítate...

—Elsa tiene razón —intervino Harlan—. No puedes confiar en él, Jes. No lo hagas.

—¡Hace días que lo vi con Felix y Blythe! —insistió la pequeña—. Te lo juro, Jes, lo juro... ¡Está con ellos! Tienes que creerme. ¡Está con el Compromiso!

Blythe había contemplado divertido la tentativa de denuncia del grupo. Se acercó a ellos con una sonrisa repugnante en el rostro rubicundo y aplaudiendo con parsimonia.

—Bueno, bueno, granujillas traviesos, qué alegría veros aquí —dijo mirándolos uno por uno—. Creo que no nos han presentado formalmente...

Elsa dio un respingo y se escondió detrás de Ryan a toda velocidad.

—Nuestros hombres os han estado buscando por todas partes —dijo al tiempo que se sacaba el teléfono de un bolsillo y comenzaba a marcar un número.

Ryan se acercó a él y le escupió en la cara.

Blythe se limpió los restos de saliva del bigote con una manga.

—Encantador —dijo.

—Estás acabado, Blythe —le espetó Harlan—. No tienes ni idea de lo que somos capaces de hacer.

—Vaya, pues no parece que podáis hacerme mucho daño. No sois más que carne de cañón. Una herramienta. Hay muchos más con vuestras características. Todos y cada uno de vosotros sois prescindibles.

Ryan preparó una segunda carga de saliva.

—Ahórratela, chaval —dijo Blythe entre risas y negando con la cabeza.

Después se marchó con el móvil pegado a la oreja.

—¡El Gremio ha cogido a Stephen! —le gritó Harlan desde lejos—. El proyecto está acabado. Tú y el resto de los miembros del Compromiso estáis acabados.

Blythe le dedicó al grupo una prolongada mirada de desprecio y desapareció entre los invitados.

—Si está pidiendo ayuda, será mejor que encontremos una forma de salir de aquí —sugirió Jes, presa del pánico.

—¡Quítense de en medio! —les espetaba Alyn a los invitados mientras trataba de llegar hasta Jes.

Se dio la vuelta y entonces un mareo lo cogió por sorpresa. Se derrumbó y cayó de rodillas. «¿Qué me está pasando?». Se agarró la cabeza e intentó enfocar la mirada.

Levantó la mirada y vio a Pyra gritándoles a sus amigos:

—¡Venga, chicos, tenemos que largarnos! ¡Moveos!

Aún incapaz de ponerse en pie, Alyn se arrastró a cuatro patas hasta la pared. Cuando levantó la mirada, vio que alguien empujaba a Pyra con fuerza y la tiraba al suelo.

Detrás de ella había un grupo de hombres musculosos y vestidos de negro. Todos y cada uno de ellos blandían un ibis.

—¿Dónde están? —vociferó el hombre que encabezaba la partida.

—Por allí —gruñó Blythe señalando a los adolescentes.

Los hombres irrumpieron en el salón de baile y cerraron las puertas tras ellos. Uno se quedó vigilando la puerta, y amenazaba con el ibis a cualquiera que se atreviese a acercarse.

—¡Estamos atrapados! —dijo Elsa al tiempo que retrocedía.

—¿Qué puñetas está pasando? —preguntó un hombre atónito entre la multitud—. ¿Esto es un robo?

—Todo va bien —le contestó uno de los del traje negro—. No se acordará de nada...

«No pueden cogernos si no pueden vernos», pensó Julian, que había estado observándolo todo desde su puesto junto a la pared. Cogió un extintor, le quitó la boquilla y disparó hacia uno y otro lado hasta que la habitación y los invitados quedaron medio escondidos en un mar de espuma. Los espectadores asustados

comenzaron a corretear por el salón.

Uno de los miembros del grupo de hombres armados se acercó a Julian como si no pasara nada, le arrebató el extintor de las manos y lo apuntó con el ibis. El chico recibió el impacto en el pecho y cayó inconsciente contra la pared.

—¡No! —gritó Elsa.

Ryan cargó contra uno de ellos, lo tiró al suelo y comenzó a asestarle puñetazos como un loco.

—¡Voy a matarte! —gritó furioso y frenético—. Juro que voy a...

Una descarga de ibis lo silenció. Se derrumbó y quedó cubierto por la espuma.

Elsa se abrazó a Jes.

—Tengo miedo —gimoteó—. No quiero volver a ese sitio, ¡no quiero!

—No vamos a volver —le aseguró su amiga—. Vamos a necesitar fuego. Harlan, ¿crees que puedes provocarlo?

—Lo intentaré —contestó el chico y, tras agacharse tras una mesa para protegerse, cerró los ojos.

Jes le dedicó la mejor sonrisa que fue capaz de esbozar a la asustada Elsa y comenzó a arrojar al suelo las botellas de licor de la mesa más cercana. Cuando se estrellaron contra el suelo su contenido se derramó y se extendió por la sala.

—¡Date prisa, Harlan! —gritó la chica tras esquivar un impacto de ibis por solo unos centímetros.

Profundamente concentrado, Harlan percibió la ya familiar sensación de hormigueo que indicaba que la Habilidad estaba empezando a funcionar. Solo unos segundos después, un disparo perdido de ibis derribó una vela encendida de un candelabro de pared. La llama no se apagó y la vela rodó hasta el licor derramado.

El suelo estalló rápidamente en unas llamas que siguieron el sendero del líquido y se extendieron y retorcieron hasta que varias zonas del salón comenzaron

a arder.

Los invitados huyeron del fuego, dando empujones y gritando, y empezaron a aporrear las puertas como una estampida hasta tirar al suelo al hombre que las vigilaba.

El líder de los matones apuntó a Jes con su ibis. Fue un impacto directo, así que la chica salió despedida y cayó a escasos centímetros del sendero de fuego.

Elsa se escabulló hacia el otro extremo de la habitación esquivando de milagro los disparos de ibis. Vio que uno de los hombres volvía a apuntar hacia ella y cerró los ojos con fuerza. «Si va a funcionar alguna vez, este sería un buen momento», pensó desesperada.

—Elefante azul, elefante azul.

Repitió su ancla entre susurros una y otra vez, intentando que la ayudara a concentrarse.

Una solitaria perla de un collar roto rodó y se interpuso en la trayectoria del hombre que se acercaba a ella. Al apoyar la bota en el suelo, se resbaló y perdió el equilibrio. Elsa no abrió los ojos hasta que oyó el golpe seco contra el suelo. ¡Había funcionado!

Pyra, que se movía a cuatro patas entre la espuma y las llamas, saltó sobre la espalda de uno de los hombres enmascarados y le rodeó la garganta con los antebrazos para cortarle la respiración. Apretó con más fuerza y al final su víctima cayó inconsciente contra una mesa. Una bandeja llena de copas se estrelló contra el suelo con un tremendo estrépito.

Pyra se hizo con el ibis del hombre y empezó a disparar a lo loco, sin molestarse en apuntar a ninguna de las siluetas que se insinuaban entre el humo.

Harlan corrió hacia Jes y la apartó del fuego. Después se acercó a Ryan y lo arrastró hasta Jes tirándole de las piernas.

—Que alguien compruebe que Julian está... —gritó.

Pero antes de que pudiera terminar la frase, un ibis lo lanzó por los aires. Pasó de espaldas por encima de la mesa y cayó en silencio.

«Soy la única que queda», pensó Elsa muerta de miedo. Se dio cuenta de que estaba sola en una sala llena de invitados despavoridos y hombres enmascarados que estaban allí con la única intención de capturarla a ella. Echó a correr hacia el fondo de la habitación y se escondió detrás de una mesa.

Al ver todo esto, Alyn se agarró a la pared para mantener el equilibrio. Levantó la mirada hacia los hombres, que estaban en círculo, de pie en el centro del salón, rodeados por una llama serpenteante.

«Van a volver a llevárselos a la cárcel —pensó mientras observaba el caos que se había desatado a su alrededor—. Creo... creo que soy capaz de hacerlo. Puedo salvarlos».

El chico cerró los ojos y visualizó a los hombres enmascarados tirados en el suelo, inertes e inmóviles. Después, mentalmente, vio que la imagen se disolvía y se convertía en otra cosa. Una forma. Una mariposa con las alas en llamas.

—Puedo salvarlos —repitió en voz alta.

Se enderezó despacio. La mariposa imaginaria que había evocado como ancla ascendió hacia la parte alta de la inmensa lámpara de araña de latón, la pieza central del salón de baile. Una vez allí, entre los cables y cordones, el viejo y defectuoso sistema eléctrico se prendió con la llama de las alas de la mariposa y estalló. El yeso comenzó a agrietarse y abultarse a causa del calor y la araña emitió un crujido y descendió un centímetro.

Alyn se irguió más y levantó las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta. Sintió que una energía sutil emanaba de su cuerpo. La lámpara se separó del techo y se desplomó sobre el grupo de matones. Aplastó a tres en el acto. Otros dos perdieron la conciencia, y el líder cayó al suelo con el hombro destrozado y quedó atrapado bajo la araña.

Pyra levantó la vista.

—¡Ostras! —exclamó sin dejar de mirar al chico y la lámpara alternativamente—. Alyn, ¿qué has...?

—No lo sé —murmuró él con la vista clavada en sus manos. «No lo sé».

Segundos después, las puertas se abrieron de golpe y entraron otros dos miembros del Gremio, que tuvieron que abrirse paso entre la oleada de invitados a

la fuga.

—Por allí —jadeó Pyra al tiempo que señalaba a los muchachos inconscientes.

Ambos entraron a la carrera saltando por encima de las llamas y recogieron los cuerpos aparentemente sin vida de los adolescentes.

—¡No os olvidéis de Julian! —gritó Elsa dando saltitos sobre uno y otro pie, sin saber muy bien qué hacer.

Pyra se arrodilló y se echó a Ryan sobre los hombros. Después atravesó el salón lentamente y con esfuerzo.

—Vámonos —dijo, y agarró a Elsa de la mano.

63

—Me pregunto si Pyra se las habrá ingeniado para sacar de allí a los demás —murmuró Anton tras reducir la marcha ante un semáforo.

—No he sabido nada de ella —le informó Luthan, que miraba hacia el exterior por la ventanilla—. Dijo que me llamaría...

Se sacó el móvil del bolsillo y le echó un vistazo a la pantalla.

—Entonces, ¿cuál es el plan ahora? —preguntó Anton, que hizo un leve gesto con la cabeza en dirección a Stephen. Nover seguía inconsciente.

—Ya se me ocurrirá algo. —Luthan estiró la mano y tocó la máscara de zorro. Entonces se dio cuenta de algo—. ¡No! —gritó.

—¿Qué ocurre?

Luthan abrió la chaqueta del esmoquin del hombre que llevaba al lado. Ni rastro del vino derramado. Le quitó la máscara de zorro. Debajo de ella no estaba Stephen, sino un chico pecoso y delgado con el pelo rubio ensortijado.

—Nos ha engañado —rugió Luthan.

64

Stephen, que había pasado la última media hora pacientemente escondido en uno de los cubículos del baño, contemplaba el salón de baile vacío y devastado mientras las sirenas ululaban a lo lejos. Blythe y Antonia estaban a su lado, incapaces de pronunciar una sola palabra.

El suelo estaba lleno de yeso y cristales rotos; las mesas estaban del revés y astilladas. Los regueros de fuego se habían consumido hasta convertirse en poco más que hilillos incandescentes, pero la sala olía a humo y polvo. En el centro de la misma, varios de los mercenarios de Stephen yacían muertos, inconscientes o heridos bajo la gran araña de latón.

—¡Por favor! —gritó el único hombre consciente atrapado bajo la lámpara—. No... No puedo moverme. Ayúdenme, por favor...

Stephen estaba a punto de hablar, pero se percató de la presencia de Emmanuel junto a las puertas.

—Gracias por el aviso —le dijo Nover con una sonrisa—. ¡Una pena que haya tenido que terminar así!

Emmanuel miró por encima del hombro para ver a Felix, derrotado y empapado por la lluvia, entrar en la habitación.

—Os creéis todos muy listos, ¿verdad? —gruñó.

—Ah —contestó Stephen tras entrelazar las manos detrás de su espalda—. Me preguntaba cuándo aparecerías de nuevo. Pareces un poco desorientado, viejo. ¿Quieres sentarte?

Felix ignoró a Nover y miró a Blythe y Antonia.

—Cobardes —les espetó—. Los dos. No sois más que unos cobardes.

—Cobardes que aún conservan un puesto en el Compromiso. ¡Cobardes que aún conservan sus fortunas! —repuso Blythe.

Felix miró más allá de sus antiguos compañeros del Compromiso hacia Emmanuel.

—Y en cuanto a ti... Se suponía que estabas de mi lado. Eres un mentiroso... Un manipulador... Una víbora.

—Cuidado, Felix —le advirtió su asesor.

El hombre se volvió de nuevo hacia Stephen.

—Eres idiota si crees que puedes confiar en él —dijo señalando a Emmanuel—. Os enfrentará a unos contra otros... Os destruirá a todos.

—¿Has terminado de insultar a mi asesor? —preguntó Stephen con tono de hastío—. Discúlpame, Felix, pero tengo cosas que hacer.

Stephen se dio la vuelta y se encaminó hacia las puertas, seguido de Antonia y Blythe. Felix se metió la mano en el bolsillo y sacó un teléfono móvil.

—Tenía grandes expectativas para el Compromiso —comenzó—. Pero siempre sentí cierta desazón en algún rincón de mi mente... Era algo que me decía que no confiara en vosotros, en ninguno de vosotros. Por eso concerté una pequeña... póliza de seguros a lo largo de estos años.

Impaciente, Stephen observó a Felix con una ceja enarcada.

—Todas las reuniones —prosiguió Felix—. Todas las conversaciones. Todas las sombras que todos y cada uno de nosotros, incluido yo, hemos proyectado durante los dos últimos años están grabadas. —Levantó el teléfono—. Todo. Hay material suficiente para que todos paséis entre rejas el resto de vuestras vidas. Este material os destruirá.

—Y a ti también, James —concluyó Antonia.

—Y a mí también, Antonia. Sí. Pero es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer. Al fin y al cabo, ya no tengo nada que perder, ¿no es así?

Stephen esbozó una sonrisa despectiva.

— Es un farol. Este viejo tonto no dispone de ningún apoyo.

Felix pulsó un botón del móvil y después conectó el altavoz.

— Esos datos — dijo —, ¿los tienes a mano en estos momentos?

— Sí, señor — contestó la voz del otro extremo de la línea —. Los cien gigas. ¿Quiere que haga lo que dijimos?

Stephen, por primera vez, mostró sorpresa al oír aquellas palabras.

Felix esbozó una gran sonrisa. Empezó a reírse, deleitándose con la preocupación que teñía los rostros del nuevo Compromiso.

— Señor — dijo el hombre —. Tan solo tiene que decirlo y se hará público de inmediato. Tal como pidió...

— Felix — dijo Stephen al tiempo que daba un paso hacia él —, piénsalo con mucho detenimiento...

El hombre retrocedió sin dejar de reírse. Levantó aún más el teléfono en el aire.

¡Felix! — gritó Blythe —. Si dices una sola palabra, te juro que te estrangularé con mis propias manos...

— ¿Señor? ¿Qué quiere que haga?

— James — suplicó Antonia —. Tengo que pensar en mi familia...

— James — repitió Stephen con más suavidad, acercándose con cuidado —. No lo hagas. *Semper ad meliora*. Hacia cosas mejores...

Felix, temblando de la risa, acercó la boca al teléfono.

Hasta aquel momento, Emmanuel había estado contemplando con calma el desarrollo de la escena. Cerró los ojos, levantó los puños en el aire y poco a poco fue estirando los dedos en dirección a Felix.

El hombre abrió la boca para darle la orden a su ayudante, pero se trabó. Se llevó las manos al pecho y dejó caer el teléfono, que aterrizó sobre la maraña de un

mantel.

Emmanuel caminó hacia él. Felix cayó de rodillas, resollando y agarrándose de la camisa. Se le había puesto la cara pálida y el sudor le empapaba la frente.

—No... No puedo respirar —masculló—. El pecho... Por favor, ayudadme.

Emmanuel volvió a cerrar los dedos en un puño y Felix soltó un grito repentino y agudo. Después, quedó tumbado en el suelo totalmente inmóvil. Sus ojos azules estaban húmedos y aterrorizados y la boca le había quedado colgando a medio cerrar.

Emmanuel se agachó y cogió el teléfono.

—He cambiado de opinión —dijo—. Destruyelo. Todo.

—Sí..., señor —contestó la voz después de una ligera pausa—. Enseguida.

—O sea que también tiene la Habilidad —dijo Stephen cuando Emmanuel pasó a su lado.

—Para creerse tan inteligentes, me sorprende que no lo hubieran adivinado ya.

Emmanuel lanzó una mirada al grupo de rostros perplejos y se marchó.

65

Alyn había estado escondido detrás de una mesa caída. Esperó a que el Compromiso se marchara y atravesó el salón a toda prisa. Inmóvil en el centro de la habitación estaba James Felix.

—¡Señor Felix! —gritó Alyn mientras se acercaba a él a toda prisa.

Se agachó y le dio unos golpecitos en la cara al hombre para tratar de devolverle la conciencia. Cuando se dio cuenta de que aquello no funcionaba, entrelazó los dedos sobre el pecho de Felix. Comenzó a presionar con energía,

deseando que se despertara tosiendo con fuerza, como había visto que sucedía en incontables películas. Le aplicó a Felix una última y fútil presión y cerró los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

El chico se apartó el pelo de los ojos y miró la lámpara de araña rota y los hombres que, atrapados debajo de ella, también estaban paralizados. Los había aplastado. «¿De verdad he sido yo quien lo ha hecho?», pensó Alyn, y se preguntó si debería experimentar algún tipo de emoción, porque no sentía nada en absoluto, solo una capa de aturdimiento. Apartó de inmediato la mirada de la lámpara y volvió a fijarse en Felix. Entonces descubrió algo que sobresalía del bolsillo del empresario. Estiró la mano y lo cogió.

Una llave de latón. Alyn la estudió por delante y por detrás. Tenía unos veinte centímetros de largo y un mango decorativo. «Me pregunto para qué será».

Examinó el mango, que parecía estar cerrado a rosca. Lo desenroscó y miró el hueco de la llave. Encontró un trozo de papel enrollado. Le dio la vuelta a la llave, le asestó unos cuantos golpecitos y el rollo de papel cayó al suelo. Alyn lo recogió y lo abrió.

51.51

«¿Qué quiere decir esto?». Le dio varias veces la vuelta al papel con la esperanza de encontrar alguna otra pista.

Alyn tardó varios segundos en darse cuenta de que un camión de bomberos y una ambulancia habían llegado a la entrada de la ópera. Se guardó la llave y el trozo de papel en el bolsillo y salió corriendo del salón de baile.

66

La luz de la mañana entraba a través de las ventanas del bloque de pisos.

—Me siento como si tuviera la peor resaca del mundo —dijo Ryan, y se dio la vuelta en la cama.

—Eres demasiado joven para saber cómo se siente alguien cuando tiene resaca —objetó Pyra—. ¿No es así, Ryan?

—Sí. Claro. —Se incorporó hasta quedar sentado y comenzó a frotarse los ojos—. Recuerdo la ópera... Recuerdo el salón de baile...

—Y ¿no te acuerdas de tu papel estelar en el escenario?

Ryan se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

—Mierda. Me había olvidado de eso. Pero ¿dónde están los demás? —preguntó con intención de cambiar el tema de conversación—. ¿Dónde está Jes? ¿Está bien?

—Sí, está bien. Todos lo están. Elsa fue la única que quedó en pie.

—Porque es tan pequeña que nadie pudo acertar a darle.

—Excusas, excusas —replicó la joven—. Venga, te están esperando.

Ryan se levantó de la cama y recorrió el pasillo tambaleándose. Al pasar por delante de la habitación cerrada con llave, se detuvo, pues creyó oír un débil gemido que procedía del interior.

—¿Hola? —dijo, y esperó respuesta.

Al final hizo un gesto de indiferencia y entró en la sala de estar.

—Vaya, un *déjà vu* —comentó al verlos a todos sentados en torno a la mesa con Luthan, Anton y Pyra.

Otros cuantos miembros del Gremio estaban de pie en el extremo más lejano de la habitación, entre ellos los dos hombres que habían ayudado a salvarlos de entre las llamas la noche anterior.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Luthan.

—Nada —gruñó el chico—. Solo que... Nada. Por Dios. «No puedo abrir la boca sin que me saltéis todos a la yugular».

Se sentó en una silla al lado de Jes, que parecía estar medio dormida. Elsa no

paraba de dar saltos de un lado a otro, entusiasmada.

—Eh, Ryan, ¿quieres ver...?

—¿Un juego de magia? Ya te he dicho que no me gustan. Ya lo sabes.

—Estaba a punto de preguntarte que si querías ver el periódico, idiota. —
Lanzó un diario en su dirección—. Mira.

—«El anterior hombre más rico del país muere en el incendio de un salón de baile» —leyó—. ¿Felix está muerto?

—Sí. Están diciendo que sufrió un ataque al corazón después de prender fuego al salón de baile.

—¿No hay grabaciones de seguridad?

Anton negó con la cabeza.

—Me apuesto lo que quieras a que el Compromiso ha tenido algo que ver con eso.

—Aunque a nosotros también nos va de maravilla —añadió Luthan—. Si no, tal vez Pyra y yo tuviéramos que enfrentarnos a cargos por secuestro.

Ryan volvió a lanzarle el periódico a Elsa.

—Entonces, ¿conseguisteis coger al tal Stephen? ¿Dónde está?

—Nos equivocamos de hombre —contestó Luthan—. Esa pequeña víbora intuyó que estaba pasando algo y le dio su máscara a otra persona. Puede que el Compromiso ya no cuente con Felix, pero Nover sigue ahí fuera, y él es más peligroso. El proyecto sigue su curso.

—Y ahora ¿qué? —quiso saber Jes.

—Podéis quedaros aquí con nosotros —respondió el líder en funciones del Gremio—. Todos. Os entrenaremos como es debido para que podáis sumaros a nosotros. Y ayudarnos a derrotarlos. Si es que eso es lo que queréis.

—A mí no me interesa aprender la Habilidad —intervino Julian, que estaba

sentado en una silla apartado de todos los demás. Era la primera vez que decía algo en toda la mañana—. No la quiero. No la necesito. ¿Sabéis cuál es la verdadera habilidad? La inteligencia. La versatilidad. La planificación.

Pyra lo estudió con cierto interés antes de preguntarle:

—¿Por qué volviste, Julian?

—Para ayudaros a vencer al Compromiso —contestó tras formar una pirámide juntando las yemas de los dedos—. Y todavía podría seguir colaborando, siempre y cuando ellos no me convenzan de lo contrario, claro está.

Esbozó una ligerísima sonrisa para dar a entender que estaba de broma y se volvió hacia la ventana.

Luthan se levantó, se aproximó a Pyra y se agachó para hablarle al oído:

—¿Puedo hablar contigo un momento? En privado.

Ella asintió y lo siguió hasta el exterior de la habitación. Cuando estuvo seguro de que nadie podía oírlos, Luthan dijo:

—No me has contado qué les ocurrió a aquellos mercenarios.

—Sí lo he hecho: una lámpara de araña les cayó encima.

—Pero algo, o alguien, provocó la caída. Sabes tan bien como yo que algo así queda fuera del alcance de cualquiera de nuestros poderes. ¿Quién fue el responsable?

—Alyn.

Luthan se rascó la barbilla.

—¿Crees que lo han manipulado? Podría ser un activo poderoso.

—No es una simple herramienta para tu uso, Luthan. Es una persona. Un chico de dieciséis años.

—Por supuesto —repuso él con una sonrisa—. Pero también es un arma. Tenemos que encontrarlo lo antes posible. Si queremos lograr nuestro objetivo, lo

necesitamos de nuestra parte.

—¿Y Henry?

—Sin Stephen como moneda de cambio, Henry tendrá que quedarse en Sin Lugar de momento. Era consciente de los riesgos que corría cuando decidió ir allí.

—En otras palabras, no tienes ningún plan.

—Todavía no —reconoció Luthan—. Pero no pasé veinte años en el ejército para nada.

—De todas formas, los chicos lo hicieron bien ayer por la noche —señaló Pyra—. Quizá deberíamos darles algo más de libertad.

Luthan lo meditó.

—Tal vez —dijo—, pero de momento todavía tienen que superar una prueba más.

67

Susannah esperaba a Stephen en la entrada de la prisión. Nover llevaba un anorak con capucha de marca y una bufanda que le tapaba la parte baja de la cara.

—Viene a visitarme a mí —le dijo la mujer al guardia, que asintió y se hizo a un lado.

Susannah y Stephen franquearon las puertas y caminaron con esfuerzo por el desierto patio de ejercicios.

—Oh, sí, el aire parece diferente aquí —dijo Nover, que había estirado la mano como si quisiera comprobar que no estaba lloviendo—. ¿Usted no lo siente, señorita Dion?

Entonces comenzó a mover los dedos con delicadeza, como si estuviera tañendo un arpa invisible.

Pronto llegaron al despacho de la mujer, que estaba lleno de rollos de película amontonados y cajas de cartón. Un proyector mantenía el equilibrio precariamente sobre una torre de libros de tapa dura.

Stephen tomó asiento y se quitó la capucha.

—Puede que Felix tuviera una idea más relajada del proyecto, pero ahora yo estoy al mando del Compromiso y dirijo las cosas de manera distinta. Tengo entendido que desde que comenzó el proyecto ha estado realizando tres manipulaciones de poca envergadura a la semana.

Susannah asintió.

—Sin contar el trabajo extra que he estado llevando a cabo para usted con el objetivo de arruinar la empresa de Felix.

Nover ignoró el comentario y se sacó una libreta y una pluma del interior del anorak.

—Dígame cómo es una semana normal. A modo de ejemplo.

—Las amenazas terroristas planificadas. Les mostramos a los sujetos una imagen ensamblada de una bomba que no funcionaba...

—Y funcionó. El ataque no salió como estaba previsto.

—Sí, señor.

Stephen apuntó algo, se lamió el dedo y pasó la página.

—Y ¿qué más?

—Hemos estado estimulando la economía gradualmente todas las semanas...

—Sí —dijo él con un suspiro, y garabateó otra cosa—. Y ¿qué más?

—Relaciones internacionales —añadió Susannah—. Sabe que el acuerdo con el...

—¿Qué más?

—El discurso del alcalde en el Ayuntamiento. Los manifestantes amenazaban con montar una escena. Fuimos capaces de manipular la Habilidad para calmar un poco las cosas.

Stephen se planteó tomar nota, pero al final cerró la pluma y se volvió a guardar la libreta en el interior del abrigo.

—Es poco menos que un milagro que Felix llegara hasta donde lo hizo y durase tanto como lo hizo —comentó—. ¿Detener disturbios parlamentarios? ¡Yo, si acaso, los defiendo! Si las cosas se ponen feas y terminan en lo peor, ¡el resultado no sería más que un político entrometido menos! —Se levantó de la silla—. Dirigir un país es como dirigir una empresa. Ahora yo soy el empresario de mayor éxito del país, así que es justo que también lo dirija.

—Entiendo —dijo Susannah incómoda.

—Y todo ese rollo de «estimular la economía»... ¿Qué están haciendo en realidad? ¿Añadir otro cero a la hoja de cálculo de algún pequeño economista espantoso? ¡Tonterías! Desde mi punto de vista, el problema del país es simplemente que hay demasiadas personas disputándose demasiados pocos recursos. Y ¿qué ocurre? Que la gente no deja de reproducirse, y reproducirse...

Nover se sentó sobre el escritorio de la mujer y entrelazó las manos.

—No es que usted sepa nada al respecto, señorita Dion, pero cuando una empresa tiene problemas comenzamos por hacer despidos. Por reducir la plantilla. Eso es exactamente lo que debemos hacer por el bien del país. Con menos gente tenemos más recursos, más empleos. Más potencial para el crecimiento. ¡Siempre hay mucho sitio en la utopía!

—¿Quiere que manipule la Habilidad de los chicos para... eliminar a parte de la población?

—Sí —contestó él con una risita—, eso es justo lo que quiero que haga.

—¡Eso sería asesinato en masa! —exclamó Susannah atónita.

Stephen no le prestó atención y continuó:

—Hay... ¿qué?, ¿setenta millones de personas en el país? Comencemos con más o menos un tercio de esa cantidad. ¡Veinte millones! —graznó—. Podría ser un

virus, algo relacionado con el clima, me da igual. Estoy seguro de que no le costará pensar en algo...

Susannah negó con la cabeza.

—No, Stephen. No puedo hacerlo.

Se puso en pie, pero Nover la agarró del brazo.

—Mami y papi me han dado siempre todo lo que he querido. Estoy acostumbrado a salirme con la mía y nadie se interpone en mi camino... Ni el Compromiso, ni Felix ¡ni usted, señorita Dion!

—No, Stephen —repitió ella—. Eso es asesinato.

—¡Es por el bien común! ¿No lo entiende, mujer? —La zarandé—. Si no hace lo que le pido, me encargaré de que la primera cabeza en rodar sea la suya.

Susannah se cubrió los ojos con la mano y comenzó a sollozar.

El joven la soltó, la señaló con un dedo y comenzó a dar gritos de alegría.

—¡La he hecho llorar! —vociferó con los ojos abiertos como platos, infantil y emocionado—. Lo hará usted, señorita Dion, o encontraré a otra persona que se encargue.

Como un crío travieso, Stephen salió del despacho tapándose la boca con la mano para sofocar sus risitas y corrió sobre la nieve del exterior.

Se arrodilló junto a la puerta del patio, hizo una bola de nieve y se la lanzó a uno de los desprevenidos guardias. Se rio hasta que tuvo que sujetarse los costados y apenas podía respirar.

Epílogo

Alyn vagabundeaba por las calles heladas tratando de apartarse de la trayectoria de los acelerados transeúntes. En su cabeza veía la caída de la lámpara de araña entre el humo y el fuego; oía el crujir del yeso que se partía y luego los gritos de los hombres enmascarados que había debajo.

Sintió que se quedaba sin respiración como si estuviera a punto de ahogarse y volvió en sí. Estaba solo en una calle abarrotada. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Se sacó la llave de Felix del bolsillo. «Y ahora ¿qué?», pensó.

—Quítate de en medio —gruñó alguien que lo empujó para poder pasar a su lado.

Alyn se metió en la entrada de una tienda y se llevó la mano a la cabeza. Cerró los ojos, pero la escena se repitió de nuevo.

Dio un respingo cuando cayó la araña y levantó la vista para encontrarse con una mano que le tocaba el hombro.

—Tú —siseó el joven.

Emmanuel se metió las manos en los bolsillos del abrigo.

—Felix está muerto —dijo Alyn—. Dicen que fue un ataque al corazón, pero yo sé que no fue así. Sé que lo asesinaron.

—Esa es una acusación importante, Alyn. Espero que dispongas de pruebas.

—Las encontraré —replicó él. Retrocedió y clavó la mirada en Emmanuel—. ¿Qué quieres? Y ¿quién eres?

—Quien sea yo es irrelevante. Estoy poniendo algo en marcha, Alyn. Algo grande... y maravilloso. Algo con lo que nadie podría haber soñado jamás.

—El Compromiso dice más o menos lo mismo —rugió Alyn.

—El Compromiso no tiene ni idea de lo que yo soy capaz de hacer, ni de lo que tú eres capaz de hacer. Quiero que te unas a mí —anunció el hombre—. Y no

tendrás ningún motivo para estar asustado.

—¿Unirme a ti?

—El Compromiso cree que manipulando la Habilidad a través de ti y del resto de los prisioneros puede salvar el país. Sin embargo, lo único que están consiguiendo es colocar una venda sobre una herida que jamás sanará. Hay que destruirlo todo, Alyn. Hay que incinerarlo. Para que podamos construir una nueva era a partir de las cenizas.

—Y ¿cómo piensas hacerlo exactamente?

—No pienso hacer nada. Ya ha comenzado. Únete a mí, Alyn.

Le tendió una mano al muchacho. Alyn bajó la mirada para contemplarla y luego volvió a levantarla hacia Emmanuel, que estaba sonriendo.

Agradecimientos

A falta de tan solo unas semanas para que se publicara *Sin lugar*, una versión muy nerviosa y entusiasmada de mí cometió el error de decir «¡Vaya! ¡Así debe de ser como se sienten las mujeres embarazadas!» en una habitación llena de mujeres, muchas de las cuales tenían hijos. No les sentó muy bien. Mirándolo en retrospectiva, me equivoqué al pronunciar aquellas palabras, y no solo porque fuera el típico comentario masculino que trivializa el dolor del parto, sino porque la creación de una novela no es en absoluto un esfuerzo individual. Es una colaboración.

Y por ese motivo me gustaría ofrecerles mi más sincero agradecimiento a todas las personas de Puffin Books que ya mencioné en otra ocasión, por sus maravillosas contribuciones, su orientación y su apoyo. Soy tremendamente afortunado por formar parte de la familia y doy gracias por ello cada día.

También, de nuevo un agradecimiento enorme a mi fantástica agente Claire Wilson y a todos los demás miembros de RCW, y a Bella Pearson por toda su ayuda editorial con este libro. (Ah, y a Sarah, que probablemente me mataría si no la mencionase).